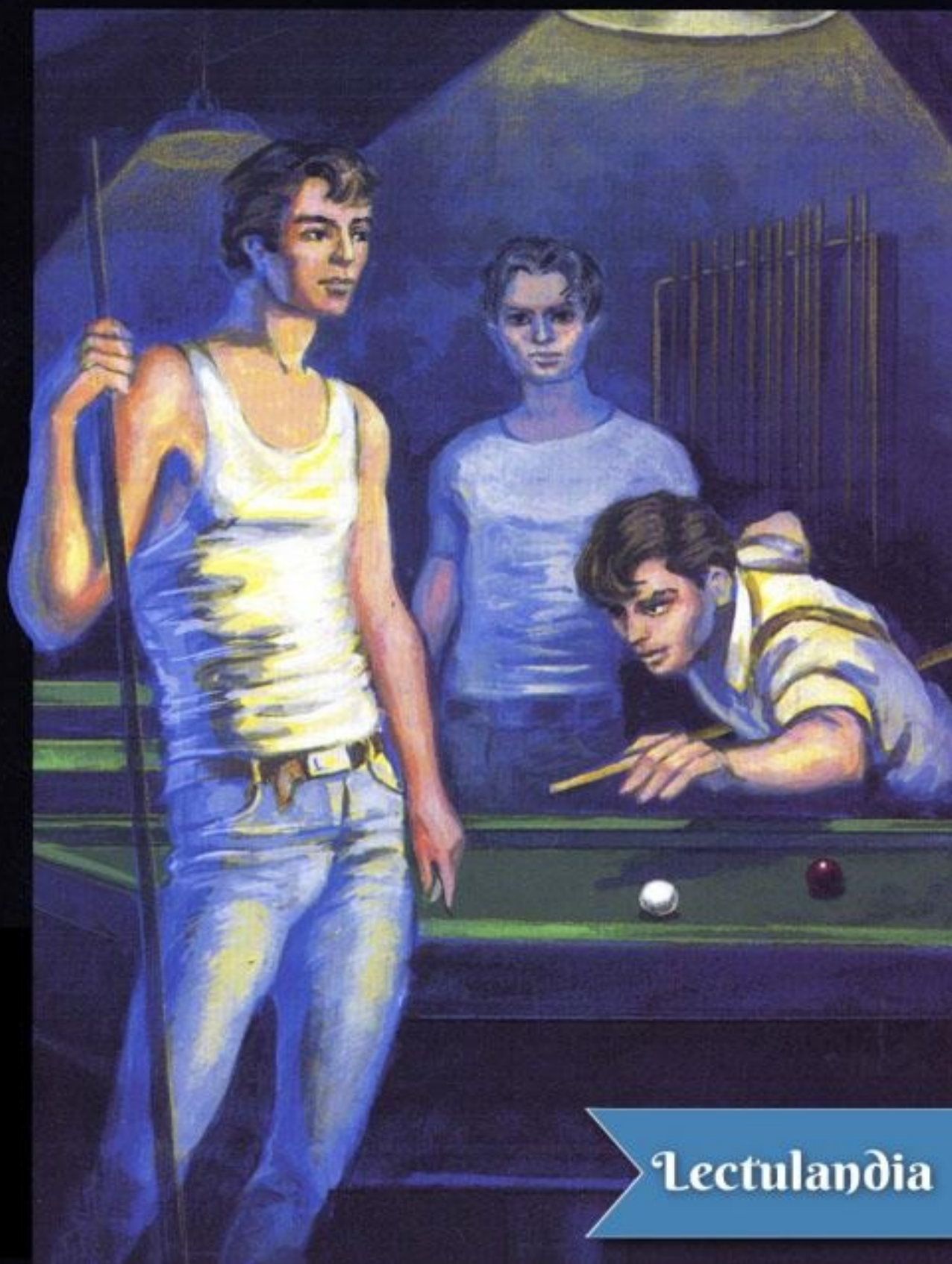


El fuego secreto

Fernando Vallejo



Lectulandia

«Un libro alucinante. Un desafío a la vez que una bofetada. Vallejo se desgarró al escribir, y nos desgarró y nos alucina.» (Alberto Aguirre, *El Mundo*)

«La más violenta andanada que se ha escrito contra Colombia pero a la vez un emocionado grito de independencia y rebeldía y, ¿por qué no decirlo?, de amor también.» (Nicolás Suescún, *Revista Diners*)

«Una voz cuyas disonancias deslumbrantes nos recuerdan las espléndidas imprecaciones de los Cantos de Maldoror y su deificación de la adolescencia.» (Claude Michel Cluny, *Le Figaro Littéraire*)

«Una prosa de bellezas sombrías. Una novela de un barroco deslumbrante.» (Pascale Haubruge, *Le Soir*)

«Relato desmesurado y blasfemo. Una mirada de lucidez y delirio en un país al borde del cataclismo.» (Hugo Marsan, *Ex Aequo*)

Lectulandia

Fernando Vallejo

El fuego secreto

El río del tiempo - 02

ePub r1.1

mandius 18.01.15

Título original: *El fuego sagrado*

Fernando Vallejo, 1987

Editor digital: mandius

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

—¡Mierda! —dijo la Marquesa, poniendo las tetas sobre la mesa—. Con quién peleo, si sólo maricas veo...

Eché una mirada en torno, por el cafetín abyecto, y sus ojos se detuvieron en mí. Yo solté la gran carcajada: era el personaje más extraordinario que había visto en mi vida.

Hernando Aguilar, la Marquesa, tendría cincuenta y cinco o sesenta años entonces, una edad antediluviana, y era de Yolombó, en las montañas de Antioquia. De ahí el título: la Marquesa de Yolombó, que se puso él mismo, porque no se lo dio nadie: ni Dios, ni el Rey, ni el pueblo inmundo. Y como un escapulario se lo chantó encima, por burlarse: de él, de mí, de usted, de Antioquia, del partido conservador y el partido liberal, de la Santísima Trinidad y la Sagrada Familia, y primero que todo y antes que nada y al final de cuentas, de Tomás Carrasquilla, ese viejito chismoso y marica de Santo Domingo el pueblo de mi abuelo, que había escrito entre varias una novela: «La marquesa de Yolombó», justamente.

En Antioquia, con tanto que ha corrido el río, no ha habido más marquesas que ésas: una que cruzó por la imaginación de un viejito urdidor de mentiras, y otra que vivió una noche, una sola noche de mi recuerdo en el café Miami, entre tangos y boleros, mientras iba y venía endemoniado el aguardiente, y cantaba el traganíquel y se me quemaba el corazón. Marquesas de la vida o la novela, ahora las dos se me hacen una sola, acaso porque la vida cuando se empieza a poner sobre el papel se hace novela.

De día contador público, de noche la Marquesa estaba enamorado de un muchacho, Lucas, a quien yo conocí: de una insolente belleza que realizaba la más absoluta estupidez. Tiempo después de mi noche, otra noche, en un país muy lejano, oí contar una historia: que Lucas y la Marquesa se habían ido a San Andrés. La isla, por si usted no lo sabe, tiene corales y está bañada de luz, y el mar a ratos, cansado del azul se hace esmeralda, para recordarle a quien no lo quiera creer que el verde de Colombia llega hasta allí. En San Andrés, la isla, mientras Lucas soñaba en la arena a la deriva en la placidez de la tarde, abrumado por la belleza del amor y la fealdad de los números la Marquesa le puso fin a su cuento: se cortó las venas y se adentró en el mar.

—¡Salud y pesetas! —dijo la Marquesa acercándose a mi mesa.

—¡Salud! —respondí yo, y choqué contra el suyo mi vaso de aguardiente.

¡Clic! sonó el vaso y cambió el disco al caer una moneda: desde su alma oscura, insidiosa, el traganíquel, alumbrado de foquitos, empezó a arrastrar una voz: «Busco tu recuerdo dentro de mi pena...» Era Daniel Santos, el jefe, quien cantaba... Un inmenso viento verde de piratas y palmeras sopló sobre el café Miami viniendo de muy lejos, de un remoto mar Caribe de tormenta, donde cargada de oro se iba a pique una goleta y naufragaban penas de amor.

En el café Miami, esa noche, la Marquesa me presentó a Jesús Lopera, Chucho

Lopera, de quien usted sin duda ha oído hablar. Muy mentado. Su fama corría por los billares de San Javier y de La América cuando todavía era un muchacho, y bajando por los cafetines y cantinas de la avenida San Juan cruzó el río y llegó al centro, y entonces le conocí. Digo que me lo presentó la Marquesa, y por ello aquí recuerdo a la Marquesa, puesto que escribo para recordarlo a él.

Del centro, fui testigo, el nuevo nombre empezó a irradiar hacia los opuestos puntos cardinales de la fama: el barrio de Boston de mi infancia, el barrio de Prado de los ricos, el barrio La Toma de los camajanes..., y ese barrio de Guayaquil, de sangre y candela, donde se conseguían putas a cuatro pesos, y un cuchillo apurado daba cuenta de un cristiano por menos de eso. De chisme en chisme, de calle en calle, de barrio en barrio, iba el nombre de Jesús Lopera como un incendio por la escandalizada Medellín. ¿O escandalizado? No se sabe. Aún no se sabe si es hombre o mujer. Con las ciudades, como con las personas, a veces pasa así.

Cuando había rebasado, Prado arriba, a Manrique y Aranjuez por las laderas de la montaña, lo mataron. Una y otra vez, otra y otra vez, le hundieron un puñal en el corazón buscando el centro del alma. Dicen que la sangre le brotaba a chorros como surtidores. Dicen, ¿pero cómo lo saben, si nadie vio? La gente dice y habla y asegura sin saber. Lo que yo sí sé, y aquí lo puedo asegurar, es que Chucho Lopera a la par que la Marquesa, pero según su modo pues el caso variaba mucho, como lo que va de diecinueve años a sesenta o cien, Chucho Lopera se burló a su antojo de medio Medellín: con el otro medio se acostó. Iba anotando en una libreta, que se volvió libro gigantesco, nombres y direcciones y colegios y señas particulares, para no ir a perder lo vivido por dejarlo olvidar.

—Te lo regalo —dijo presentándonos la Marquesa, sin aclarar quién a quién.

Su burlona intuición le decía acaso que para Jesús o para mí, el regalo valía por igual. Como en un sueño de repentina desnudez, sentí por un instante que la Marquesa leía con claridad en mis ojos: la misma atropellada impaciencia, el inconmensurable anhelo... Jesús se sentó a mi lado, sacó la siniestra libreta, y empezó a presumir:

—Andrés Gómez: lo conocí en un billar de La América; Javier Restrepo, en una heladería; Luis Guillermo Echeverri, en una cantina de San Javier...

A Manuelito Echavarría lo había conocido en el colegio San Ignacio de los padres jesuitas, y a Hernando Elejalde en un liceo del gobierno. A otro en una iglesia, a otro en una terminal de camiones, a otro en el Metropol: Álvaro Isaza, Guillermo Escobar, Rubén Santamaría, Juan Gustavo Vásquez, Iván Darío Arango, Diego, Raúl, Rodrigo, Rubén, Efraín, Genaro, Gerardo, Alejandro, Carlos, Luis Carlos, Enrique, Jorge Enrique, Mario, Julio Mario, Uribe, Ochoa, Isaza, Vélez, Vásquez, Tobón, Cadavid, Escobar, Betancur, Marín, Mejía, Arango... Todos, todos los nombres, simples y compuestos, y los apellidos antioqueños iban desfilando por las páginas de esa libreta que compendia, en las infinitas combinaciones del capricho y la fortuna, el fuego de una obsesión. Hermanos, primos, amigos, vecinos...

—Con todos me acosté.

La cuenta, según sus cálculos, era muy simple: Medellín tenía setecientos mil habitantes, de los cuales trescientos cincuenta mil eran mujeres, que se le dejaban al Señor. Del resto, descontando ancianos mayores de veinte años, que ya no sirven, y niños menores de doce u once, que protegía bajo su falda anticuada la moral, quedaban, aprovechables, cincuenta mil. Llevaba mil en la libreta:

—Lo cual es nada: me faltan cuarenta y nueve mil.

De éstos no descartaba ninguno: alguna cualidad les veía, del cuerpo o del espíritu, así fuera una torcida intención. Entre los ajenos, vacíos nombres de la libreta, que por un instante tuve en las manos, fueron pasando dispersos —Fernando Villa, Juan de Dios Vallejo— mi nombre y mi apellido, que le quedaban esa noche por juntar.

Ha callado el traganíquel. Por entre el boquerón de la carretera de Robledo, allá en lo alto, allá a lo lejos, surge el sol levantando el telón de la bruma, y se apaga el incendio de la noche bajo el rocío del amanecer. Jesús y yo salimos a la calle, al nuevo día, mientras desde el fondo de su embriaguez, en el Miami que se eclipsa silencioso se despide la Marquesa:

—Váyanse a dormir con Dios.

Con Él, o sin Él, de todas formas nos vamos: hacia los hotelitos abyectos del barrio de Guayaquil.

Por la calle de Junín, en sentido contrario al nuestro, vienen a misa de seis las beatas apuradas: las llaman desde la catedral con un repique insistente de campanas. Cierro los ojos, pienso en mi abuela: mi abuela en el corredor trasero de su finca Santa Anita, convocando a las gallinas con un kilo de maíz zarandeado en una lata. De las calles que desembocan a Junín, saliendo del sueño, con la noche aún prendida en los ojos y libros y cuadernos debajo del brazo, surgen los escolares. Niños y muchachos que se nos cruzan por las esquinas... Diez, veinte, treinta, cientos que faltan en la libreta... Me río, y Jesús se ríe. Vamos a contracorriente del mundo: a dormir cuando los demás se despiertan.

Entonces desde los más opuestos rumbos del cielo suenan campanas. Son las campanas de la iglesia del Sufragio, donde de immaculado azul se me apareció la Virgen en mi infancia. Son las campanas del barrio de Manrique, donde vivió mi abuela, y las de la iglesita del Niño Jesús, que arrullan colinas. Son las campanas del convento blanco del Carmelo que se borra en el día, y que sólo pueden verlo ojos de niño al atardecer. Las campanas de Buenos Aires, las campanas de Aranjuez, las campanas de San Benito. Las de la iglesia de la Veracruz de piedra, y las de la catedral de incontables ladrillos. Y las de esa iglesia de viejos muros blancos de cal de la Candelaria, a cuya plaza de adoquín oigo llegar las recuas de mulas arriadas por fantasmas de arrieros. ¡Arre! ¡Arre! Vuelan mirlos, vuelan sinsontes, vuelan gorriones, que en la translúcida luz construyen nidos bajo los aleros, sobre los balcones. De súbito, atronando el aire sobre los infinitos espectros, como una saeta, como un lapicero, trazó su raya de olvido el chorro de un jet.

Acaba de llover, voy por el parque, y el cielo de smog se refleja en los charcos. Como ayer, como siempre, los niños se me acercan cuando me ven pasar, a preguntarme por la señora de abrigo negro que me acompaña:

—¿Qué marca es?

—¿Qué raza? Gran danés.

—¿Muerde?

—No.

—¿Cuántos años tiene?

—Tres.

—¿Cómo se llama?

Y una sonrisa de incredulidad recibe el nombre cuando les digo como se llama.

—¿Bruja? Jua, jua. ¡Parece un caballo!

Un caballo no: una yegüita, una caballita... Antes de alejarse, el hombre viejo y la perra se miran, por un instante, en un charco...

Como todos los cafés de Medellín, o de Antioquia, el Miami no es un café: es cantina. Cafés se llama a las cantinas en un país de borrachos por eufemismo, por salvarle un poco la cara maltratada a la decencia. Cierto que en la mañana, y hasta en la tarde, sirven café, pero del café se pasa a la cerveza, y de la cerveza al aguardiente, y del aguardiente a la alucinación. Para las siete u ocho de la noche ya han sido abiertas de par en par las puertas al cotidiano desvarío.

Centro del centro, corazón de la tierra, el Miami se levanta en la mera esquina donde desemboca Junín al parque de Bolívar. Y por aquello de que Dios los hace y ellos se juntan, tarde que temprano allí vamos a dar todos, convirgiendo desde el extravío. Antiguamente, en tiempos de Carrasquilla, digo por decir, o sea cuando yo aún no nacía, debió de ser una casa, o parte de una casa: una de esas amplias casas del Medellín lejano bajo cuyos techos de teja la vida transcurría en paz, porque abiertas las ventanas de barrotes corría un aire límpido, y sus moradores no tenían ni idea de por dónde, ni cómo, ni con cuánta intención comete un cristiano el pecado mortal. ¿O acaso sí? Acaso sí. Yo soy muy dado a presumir de que al abrir por primera vez los ojos el mundo lo descubrí yo. Sea lo que sea, convertido en una jaula de vidrio con entradas y cristales al parque y a la calle y a los cuatro vientos, el Miami nos exhibía con desvergüenza a la pública murmuración. Pasaban las señoras y los buenos ciudadanos, camino de sus compras o el trabajo, y echaban furtivas miradas de irresistible curiosidad. De nerviosa curiosidad no fueran a encontrarse allí a un hijo, a un sobrino, a un primo, o al marido, porque por estas tierras con los tiempos que corren no hay familia que pueda meter las manos en el fuego y diga: a la bruja la quemo yo. Sólo que por más que querían ver, mirando hacia el interior nada ven: parroquianos sentados a unas mesas tomando cerveza, y una rocola obsesiva desgranando canciones. Es que en el Miami los grandes acontecimientos pasan, pero no se ven. Hervidero de destinos que se deshacen en el aire...

En un tiempo ajeno de un país distante me despierto sobresaltado porque me

llaman. Desde las encrucijadas del recuerdo me llaman. Son los mismos susurros gangosos de siempre, un parloteo confuso de irrecuperables fantasmas. Torno a dormirme arrullado por ellos, zumbido de abejas o rumores del mar. Afuera, en el parque, como un eco vibrante, en la unánime noche cantan las cigarras. La frágil barquilla rompe entonces el cordel y asciende, asciende sobre la cruda realidad y emprendo el vuelo: Pozo de la Soledad, Mar de las Tinieblas, Pantano de la Corrupción, Ciénaga del Odio... Todo, todo se queda atrás, la siniestra vejez y la plenitud irrisoria. Luego la barquilla se funde con el viento, y sobre la verdad, sobre la mentira, en la escoba de una bruja se van mis sueños a la fiesta de los duendes por colinas onduladas. Adelante se abren de par en par los ámbitos del enigma... Casi nunca logro llegar, desembarco antes de tiempo en lugares errados: en una tarde, por ejemplo, de mi fangosa juventud.

La tarde cae apacible sobre los barrios de Medellín mientras en institutos y colegios, liceos y academias, estudian los muchachos. ¿Qué estudian? Historia, Física, Química, Matemáticas: lo que no les importa, lo que no nacieron para saber. Y en tanto estudian sigue su curso el sol pero se detiene la vida. Yo espero en el Miami a que den las cinco, cuando todo cambia: Junín se llena de muchachos, se llenan los billares, se llenan las cantinas, y el cadáver de ciudad vuelve a vivir. Después se pondrá el sol, que nadie ve.

Esperando en el Miami, atento a la calle que fluye enfrente, oigo a Alcides Gómez desvariar. Que tiene, dice, a éste, que tiene al otro, que un niño precioso lo quiere, que el amor no lo deja dormir, no lo deja vivir. Que es demasiada suerte para quien pasó ya de largo por los cincuenta años, el medio siglo, y tan sólo tiene una casa, sólo una finca, un solo carro y un almacén. Claro que la ciudad está muy pobre, pero los muchachos no lo quieren por interés. El niño en cuestión apenas si llega a los diecisiete años, un jovencito, y se llama Miguel Ángel, o Rafael, o Leonardo, ya no recuerdo, pero como pintado por ellos, una verdadera preciosidad. Piensa Alcides vender su carro para comprarle una moto, pero con dolor en el alma, no se le vaya a matar.

—Tú qué me aconsejas, ¿se la doy o no?

—Dásela o se te va.

El niño ese o jovencito o ángel o arcángel o cualquier otra categoría celestial, huele el olor de la gasolina y entra en estado de frenesí.

—Dale entonces la famosa moto, Alcides, pero jamás la matrícula, porque no lo volverás a ver. Tú a pie, y él en moto, nunca lo vas a alcanzar.

Alcides Gómez es un hombre sensible. Tan perdidamente marica, que ve un muchacho bonito y se le salen las lágrimas.

—¡Soy una calamidad!

El terror de sus terrores es que uno de sus ángeles recién caído del cielo no lo despache al otro charco, como despacharon en abril pasado a su primo Hernando Echeverri, con un jarrón.

—Con uno de sus preciosos jarrones chinos, ¿tú lo puedes creer?

—Si el móvil era el robo hicieron mal. Debieron darle con una varilla de hierro, que el jarrón se podía empuñar.

En fin, es menos fea la muerte mediando semejante jarrón. No cualquier gañán callejero muere bajo la dinastía Ming.

Cuando dan las cinco dejo el Miami y tomo la calle, río de doble corriente que va y vuelve sobre sí mismo sin aparente razón. Agua revuelta por tramos, por tramos plácida, con charcos y remolinos, caimanes y tiburones, y las sardinas escurridizas de camisas de insidiosos colores y jeans azules que ha deslavado el sol. Sepa usted que la sardina (entre la humana esencia y el ángel) es el ser máspreciado de la abigarrada fauna, fauna ambigua, fauna acuática, que puebla el denso río de Junín. El río, que no es ancho, cambia según los días y según las horas de profundidad. Los viernes a las cinco, vaya un ejemplo, se hace tan hondo que uno puede, tratando de tocar fondo, zambullirse más y más hasta ir a dar al infierno. El agua quema.

La sardina, ay, por desventura, y ésta es una suprema verdad teológica, sólo vive diecisiete años, tras de lo cual muda: cambia su armadura de magia, su ropaje de ensueño, y se transforma en un ser cotidiano, proyecto del hombre pedestre y bípedo, respetable señor de traje y corbata, trabajo en el banco, honorable señora, saludable barriga, cuatro o cinco o siete mocosos berrietas y un televisor. Es el proceso de metamorfosis de la oruga en mariposa al revés. La mariposa pierde sus alas, baja del cielo, y se arrastra por la prosaica realidad como pegajoso gusano. Pero que no espere quien tiene los oídos sordos, los ojos ciegos, comprender de qué estoy hablando. Le soplará la inmensidad en la cara, le susurrará el enigma, y nada entenderá.

En mis tiempos, los de Jesús Lopera, cuando iba, vaya, mi barco a la deriva por Junín, el efímero prodigio de que vengo hablando usualmente era un escolar. Tan niño a veces que llevaba las manos manchadas de tinta. Pero no dondequiera ni siempre fue así. En un claro del bosque, bajo la luz azorada, se levanta una algarabía de pájaros al conjuro de la flauta del zagal. Y se remueven las secas hojas del tiempo. Zagalillos del hondo pasado, principitos de la corte, pajecitos del serrallo, donceles encantados, mocitos aldeanos, amantes de Adriano, queridos de Heliogábalo, impúberes esclavos del Faraón. Chiquillos que acarrear la bruma en los puertos de Dickens, que apacientan rebaños en la áspera Galilea, que conducen camellos por los desiertos del Califa, bajo los cielos de Alá. Pescadorcitos de Taormina que retrató el barón de von Gloeden, ladronzuelos del árabe zoco huyendo entre el tumulto, moritos de los naranjales de Valencia, de la Arabia de alcanfor... Niño de irrealidad, niño de ébano, niño de marfil, niño de cristal, pícaros ojos, cadencias ondulantes, un acre olor y una fragancia turbadora, y en la frente los rizos de oro. Tiembla la luna en el estanque y suena el cuerno agorero. El pasado, vasto y vario, me es tan ajeno como la inmensa tierra. Y esto, como se comprenderá, explica el abismo que medió siempre entre Chucho Lopera y un servidor. Entre su sólida cordura y mi desmesurada insensatez. Jesús Lopera se limitaba a Junín, su río. Para mí todos los ríos llevan al

mar.

En aras de la claridad precisa consignar aquí, para rellenar el bache de las confusiones, que cuando bajé por primera vez a Junín (y bajar se dice, según en otro lugar expliqué, ir al centro plano en mi ciudad de montaña) yo había sido un niño dócil, un muchachillo estudioso, comparsa en la ajena fiesta de la realidad. Quienes cantaban eran mis padres, eran mis tíos y mis abuelos, y el señor alcalde y el señor obispo y el señor gobernador y el excelentísimo señor presidente don... Don como se llame el bandido de turno, del partido conservador o del partido liberal. Pero como nada está quieto y todo cambia, todo cambió. Rompió a soplar una débil brisa que refrescaba la cara, que aligeraba el verano, sonó un cascabeleo en las hojas de los carboneros que de tramo en tramo, vanamente, sombrean la calle, y los penachos de los plataneros y los sauces que bordean el río se dieron a moverse de derecha a izquierda, de izquierda a derecha diciendo «No». ¿Qué me dicen? ¿Qué me niegan? Yo soy la única verdad, la única razón. Y la suave brisa se fue volviendo viento y el viento huracán y se lo fue llevando todo, los sombreros de los transeúntes, los paraguas de las señoras, las mitras de los obispos, el solideo del cardenal, y las torres de las iglesias y los techos de las casas y —ratas, perros, cerdos, hijos de la gran puta— el protagonista de mi propia vida empecé a ser yo. Ruge el tigre, sopla el viento y vuelan las palomas.

Medellín, chiquero de Extremadura a orillas del Guadiana, lleva el nombre de Caecilius Metellus. Salta una chispa de luz de su espada corta: luego el romano me atraviesa el alma. Pero Guayaquil tampoco es un barrio ni Junín es una calle. Son un puerto y una batalla. Usurpaciones. El puerto se quema al sol y la batalla, de lanzas, no oyó el fragor de un solo tiro y duró hasta el anochecer. Paralizada la infantería y los cañones de realistas y de patriotas por una ciénaga y el soroche, la decidieron los caballos. ¿De realistas digo, y de patriotas? Realistas vaya, pues eran servidores del Rey; ¿pero patriotas? ¿De veras creían que por virtud de la hecatombe este yermo de mezquindad podía ser una patria?

Antes de Junín fue Boyacá, después de Junín fue Ayacucho. Hoy Junín, Boyacá y Ayacucho son calles. Y Bomboná y Palacé y Carabobo y Juanambú y Pichincha, y Bolívar y Sucre y Córdoba y Girardot. Héroes y batallas convertidos en calles. Son las calles del centro de Medellín y el destino de la Gloria. El héroe acaba siempre así, en pavimento. En cuanto a mí, soldado del común, también me espera mi calle: en las inmediaciones del Teatro Roma, en una falda, por donde deambulan cuchillos de camajanes: la santa calle de los Huesos.

En tanto allí voy a dar, no hay más calle que Junín, la más ancha, la más bella. Junín la única, la que me basta con cerrar los ojos para poblar de presencias. Cierro los ojos y veo. Veo, al término de la calle, frente al Miami, yendo hacia el parque en la acera izquierda, veo un chiquillo risueño de ojos vivaces y una camisa de rayas. Ya no sé si las rayas eran rojas o anaranjadas o azules: me arrastra entre sus colores la multitud con su vocerío y no lo alcanzo a precisar. Si recobro con nitidez los ojos es

porque en la oscuridad los ilumina la risa. Tarde tras tarde, semana tras semana, paso a las cinco del ritual frente al mismo lugar, e infaliblemente lo encuentro allí: el mismo muchachito risueño, pero con distinta camisa: cinco, diez, veinte, cien distintas camisas: una para cada día de la vida. ¿Cómo se llamará? ¿Quién se las regalará? Ambas cosas las sé, pero no las digo. Junín me ha contagiado el estúpido amor.

Mas no voy a presumir. No soy Chucho Lopera ni Jaime Ocampo: ni me quita ni me pone despertar la ajena envidia fabulando dichas y hazañas que jamás realicé. Entre el chiquillo de las infinitas camisas y su servidor jamás medió una palabra. Jamás siquiera cruzó mi apesadumbrada imagen por su campo visual, como pasa zumbando estorbosa una mosca. Jamás me vio. Y sin embargo debo apresurarme a aclarar que el más íntimo y socorrido camino por donde transitan mis pensamientos es el optimismo. Huyo de la quejumbjería y su desolada senda. Yo soy como la Maricuela y pienso como ella: pienso que con todo y todo, truene lo que truene, pase lo que pase, venga lo que venga, siempre es mucho mejor estar bien que mal. Una y otra vez, cuantas veces quiera, de la baraja del recuerdo saco la carta mágica, la historia del 99, número espléndido, que sólo yo, y nadie más, alcanzó. El resto son usurpaciones. Junín no es una calle. Ímpetu, tropa, pantano, lluvia, carga, clarines, Junín es un campo de batalla donde niños viejos ociosos juegan a la guerra.

Cuando Junín entero hablaba de su belleza lo conocí: venía de la Costa y en el Miami me lo presentaron: Jaime Ocampo me lo presentó. A Jesús Lopera, dije, lo mataron; a Jaime Ocampo también: le soltaron una ráfaga de ametralladora mientras abría, para entrar, la puerta metálica de su prendería. O para mayor precisión: la compuerta de la compuerta de la compuerta, pues había encerrado su negocio, para que no se lo fueran a robar, en una serie de puertas con trancas y cerrojos: el séptimo cielo de Alá diría usted, guardando el tesoro de Tutankamen. ¿Qué tanto tenía adentro? Veinte relojes viejos de bolsillo «Ferrocarril de Antioquia», una plancha de carbón, un cheque falso, un marco de bicicleta y un elefante oxidado. También tenía la costumbre de delirar. Le oí hablar del rey Constantino de Grecia, con quien pensaba salir de excursión desde el Pireo. Pero el sueño de sus sueños era muy otro. Soñaba su insensatez que en esa Antioquia de montañas una mañana, rozagante, vestido de azul, de dieciocho años, recién bañado le desembarcaba en su vida un marinero. Dieciocho tiros le contaron, dieciocho balas en el cuerpo que dieron al traste otra mañana con el sueño de aguamarina. Dieciocho: la edad de su delirio.

Esos mismos años tendría el muchacho cartagenero cuando en la barra del Miami lo conocí. En un primer momento no reparé en él: ahora sé que mi distracción fue la causa de mi fortuna. Mientras la calle entera palpitando al unísono, como paleta empalagosa en el calor de la Costa se derretía de amor por él, yo ni siquiera lo vi: miraba absorto las palomas volando afuera sobre la estatua.

—¿Y éste cómo se llama? —preguntó su arrogancia intrigada, refiriéndose a mí.

—¿Y éste de dónde viene? —pregunté con indiferencia distraída, refiriéndome a

él.

—De Cartagena —contestó.

Una sonrisa de felicidad inmensa, de mar abierto, le iluminó los ojos verdes sobre la piel morena, y al instante comprendí que sólo podía ser él. Pero de nuevo en la evocación de la vida se me atraviesa la muerte. Esa noche Óscar Echeverri nos invitó la primera botella de aguardiente, y a Óscar Echeverri también lo mataron.

Con su largo saco a cuadros, los pantalones verdes saltacharcos, las medias blancas, los mocasines combinados, y un corbatín de alas ligeras de mariposa, veo a Óscar Echeverri, diputado por la Anapo, imán de los desarrapados, viendo pasar bellezas por Junín. La pipa de la prosperidad en la boca, lanza humaredas con fragancia a sándalo. El mismo aire que me traía el humo me trajo su historia de insensatez. A Carlos Arturo Arango, el niño más bello de Medellín, le mandó medio billete de 50 partido en dos, y un delicado mensaje: «A las seis te espero con la otra mitad en mi casa». El niño se lo contó al papá, y el papá, del Opus Dei, del mismo nombre, don Arturo, fabricante de neveras, encendida de vergüenza la cara corrió donde su amigo el alcalde. Como cambian cada tres meses, ya olvidé quién era el alcalde: Mario Vélez no sé qué, del partido conservador, facción de los tartufos. Hundidos en los grandes sillones verdes de cuero, don Arturo expuso toda la enormidad del atentado. ¡Qué inmoralidad! ¡Qué indecencia! ¡Adónde iban a parar las buenas costumbres!

—Esto se arregla en un instante —dijo el alcalde.

Tomó el teléfono y marcó:

—¿Óscar? Vente de inmediato a la alcaldía, que hay un problema gravísimo contigo.

De inmediato, sonriente, se presentó:

—¡Don Arturo, qué gusto verlo! ¡Mario, es un placer visitarte!

Encendió la pipa de la paz y se arrellanó en el sillón de cuero: el verde de sus pantalones se perdía en el verde del sillón: verde esperanza que esfumaba la mitad más pecadora de su cuerpo. Entonces, sin ambages, preguntó:

—¿Qué pasó? ¿Quién se murió?

—No se ha muerto nadie —dijo el alcalde—. Es algo mucho más grave: que tú le mandaste al hijo de Arturo medio billete de 50 para que fuera por el otro medio a visitarte.

—Y la propuesta sigue en pie —contestó.

Una densa bocanada de humo con olor a sándalo los envolvió en su dicha y su cinismo.

A los cincuenta años de edad, en plena dicha, Óscar Echeverri murió en Risaralda: de muerte natural, como se muere en Colombia: asesinado. Le aplicaron el control de la población por cuestiones de política. A quién se le ocurre ser conservador o liberal, rico o pobre, bruto o inteligente, culto o ignorante... Por una o por otra, hay que apresurarse a morir. A Fabio Moreno, por rojo liberal, lo ahorcaron

colgándolo del tubo del baño; a Jesús Restrepo, por azul conservador, le abrieron la cabeza con una pica: en su pecera de pececitos de colores se lavaron las manos manchadas de sangre: sangre roja conservadora, lo cual es una contradicción. A Ernesto Isaza, por pobre, lo despacharon con una cruceta para quitar llantas de carro; a Jaime Monsalve, por rico, de cuatro tiros disparados desde una moto. A Luis Cortés le dieron una cuchillada en el pecho: seguido del asesino, con el cuchillo enterrado, bajó la escalera y salió a la calle gritando:

—¡Me mataron! ¡Me mataron! ¡Este hijueputa me mató! Cayó de bruces sobre el pavimento y se despeñó en lo infinito.

Jesús Lopera, Jesús Restrepo, Ernesto Isaza, Luis Cortés, Jaime Monsalve, Jaime Ocampo, Fabio Moreno, mis amigos, los mataron... Colombia asesina los mató. Yo estoy vivo, ahora sí que por una convención literaria que quiere que el autor viva por lo menos hasta que acabe su relato. En tanto, pues, me despido de Alcides Gómez, dejo el Miami y salgo a la calle, al matadero, para irme al parque, hacia la estatua.

Mírelo usted, el Disociador, el Sanguinario, el Ambicioso, cuajada su ambición en bronce sobre un caballo. El Libertador le dicen, ¿pero de qué nos libertó? ¿De España y sus tinterillos? ¿A quienes cada dos meses cambian de alcalde, de personero, de tesorero, de gobernador, de ministro? Por equidad los cambian, por justicia, porque hay que repartirse el botín, el escuálido hueso que le quitamos hace más de ciento cincuenta años al español, incorpóreo ya de tanto ruñir. El nuevo alcalde o ministro pone patas arriba la mesa, y lo que andaba bien lo deja mal, y lo que andaba mal lo deja peor. Porque hay que legislar, hay que innovar, hay que cambiar, hay que gravar. Vuelan las palomas sobre la estatua del héroe y la bañan de porquería. El Libertador, el héroe, un héroe que murió en la cama...

Embargado por el alborozo que le causaba el muchacho cartagenero, sucumbiendo ante su belleza, Óscar sirvió el primer aguardiente y rompió a hablar. Hablaba, hablaba, hablaba, pavo real que despliega en abanico multicolor el plumaje de su elocuencia. ¿Qué tanto decía? Sabrá Dios lo que decía. Política, negocios, casas, fincas, carros, motos, dinero... Motos sobre todo, las que les regalaba a sus amantes efímeros: en medio de la danza de la prosperidad y los millones, del torbellino vertiginoso, rugía insistente una moto sin silenciador, expandiendo un fuerte olor a gasolina. Eran las palabras, con su estruendo de motores, cómico eco del bullicio interior. El objeto de su delirio lo miraba entre curioso y divertido, y yo los miraba a ambos, cuidando de que mis ojos no se cruzaran con los del muchacho, escrutando desde la sombra la ambigüedad de su alma. Cuando Óscar se ausentó de la mesa y se dirigió al traganíquel, el muchacho comentó:

—¿Por qué habrá en esta ciudad tanto marica?

Pero no era él quien comentaba, era el alma del rebaño y la plebeyez de la Costa.

—¿Dónde? —preguntamos Chucho y yo mirándonos y buscando en torno.

Después soltamos la carcajada y él, volviendo a ser él mismo, a su vez se rió. Había en sus ojos verdes reflejos soleados de mar.

Pero el mar no es mar, el mar es noche y la noche es sombra. Se sacuden las divinidades aletargadas que operan en las cloacas y se desploman las altas torres. Desde mi ventana las veo caer: entre ayes y sollozos, asciende el polvo de la importuna muerte. ¿Desde mi ventana, digo? Desde el umbral de la última puerta...

De los barrios de Medellín el de Boston, donde transcurrió mi infancia, tiene calles planas y calles en pendiente. Por ellas, en la noche tibia, deambulan los marihuanos. Yo voy con ellos, dejando que fluya mi vida en paz por los fáciles cauces de sus destinos réprobos. En blanco papel de humo, tomado de una cajetilla vacía de cigarrillos Pielroja, forjan el cigarro de los hachidis, asesinos, herencia de las edades. Sellado con saliva, pasa el frágil cigarro del oprobio de mano en mano, de boca en boca, trazando secas rayas de luz en la oscuridad, como un cocuyo. A la zaga de los pensamientos, torpes, lentas se arrastran en el humo las palabras. No es el humo de la alucinación: es el humo de la santa paz que colma el gran silencio del alma. Vamos sin rumbo, sin fin, sin prisa, sin la última, íntima razón. Desde las sombras, demonios envidiosos nos ven pasar: el Amor, la Ambición, el Poder, la Riqueza, la Gloria. Tenués, sin ruido, delicadas, siento caer las hojas del naranjo sobre el aljibe... Entonces, por la calle del Perú, suelen volver mis pasos a mi casa, nuestra casa, la vieja casa de la niñez que hace tanto abandonamos: calle arriba, como si quisieran remontar el tiempo. A través de los visillos entreabiertos de indiscretas ventanas, parpadea un televisor con su titilar de electrones, diciéndonos que el mundo afuera ya echó a correr y que Medellín sigue quieto. Por las quietas calles del viejo barrio de Boston deambulan los marihuanos: pálidos fantasmas de las cofradías de la Noche, a las que pertenezco yo.

El 99, número impar, número mágico que brilla en medio de dos nulidades, perdura entre jirones de bruma con resplandor inefable. Cuantos le preceden y le siguen abren paso al olvido. Venía de la Costa y en el Miami le conocí: Junín lamentable desvariaba por él en su alienado sueño. Cuando servíamos la segunda botella de aguardiente el pájaro oscuro echó a volar, a girar en torno al nombre, a señalarlo en círculos concéntricos. ¿Rodrigo Carbonell? Era el Cid asociado, por caprichoso azar, a cualquier ignoto prófugo de la Inquisición catalana. Vagas imágenes de desolada infinitud aletearon en mi mente; pensé en las sucesivas olas del mar trayendo el nombre desde las oscuridades medievales hasta la luminosa Cartagena. De ola en ola, de abismo en abismo, venía a mí por la superficie ondulante. Me llegué a la playa y recogí la botella: indecisa entre las conocidas incertidumbres del mar y las inciertas firmezas de la tierra, se mecía, en un lecho de arenas blancas, con los últimos estertores del oleaje. Un tapón con sello arcano guardaba su encierro de eternidades. ¿Rodrigo Carbonell? me pregunté, y tomando la libreta de Chucho de la mesa busqué en la letra «C».

—No está —dijo el muchacho—, ni va a estar.

En ese instante descubrí, tras de su aparente contingencia, la inevitable necesidad de los nombres: se llamaba como se tenía que llamar.

A la hora canónica de vísperas, cuando el sol calcina afuera, entro a la iglesia catedral en pos de los signos. Basílica Metropolitana de Villanueva la llaman los viejos; los jóvenes, que jamás la han visto, pasan de largo sin saber. Ni saben de sus historias, ni ven la estulta mole de pesadas torres e infinitos ladrillos que sobre pastizales de inocencia, donde dormitaban las vacas, levantó un día una devota aburrición. Muuu... Muuu... Su mugido, su plegaria, es ahora antífona que va y viene del grande al pequeño coro resonando, con somnolencia fatigada, en la inmensidad de las naves. Las graves notas profundas de los pedales del órgano la acompañan: con lentos, largos, pausados pasos de gigante, baja el bajo cifrado hasta la cripta a remover oquedades. ¿Qué habrá en ella y en sus anexos socavones de sombra abovedada? ¿El templo subterráneo de un culto secreto? ¿Accederé yo algún día, alguna noche del subsuelo a los misterios de Ammón Ra, dios de Tebas, dios becerro a quien eclipsó el disco solar Atón? ¿O a los misterios del dios Príapo, Príapo de Lamparco, prepotente detentador del secreto de la vida que nace de la muerte, y cuyo atributo esencial desvía los maleficios? No, mi dios es otro, el dios cósmico y abstracto, el Dios de Antioquia. No bogará mi alma nueva por la laguna de la Estigia, mar oscuro y tenebroso, hacia la ribera de aguas eternas.

En su trono, en el ábside, centro del arzobispado, con el escueto altar al fondo, entre diáconos y subdiáconos, preside el oficio divino el obispo. Hierático, bajo un círculo de vítrea luz que horada la penumbra, diríase la estatua policromada de San Nicolás de Bari, de tonos ocres, violetas, malvas, rojizos, y báculo y mitra y anillo y cruz pectoral. Contra el anillo soberbio que le confiere el doble poder de orden y jurisdicción, la luz se rompe en añicos de prismas afilados. Cabeceante, adormecida, se arrastra en su sueño la salmodia.

Único fiel en la nave mayor, en su última banca, enciendo el pequeño cigarro que traigo, ya forjado, en el bolsillo de la camisa. Y en las volutas caprichosas del humo de los hachidis, humo imperecedero, humo inefable, asciende hacia las altas bóvedas mi imploración, mi súplica:

—Dios de bondad, Dios de crueldad, Señor de santos y asesinos, Burlador del libre albedrío, Dueño de los destinos, devuélveme la paz.

Un resplandor inconmensurable inundó la inmensa nave, etérea navecilla que se fue bogando sola en la prístina luz. Entonces, aunque caía la tarde, en la paz evangélica oí el toque del alba. Cuando traspaso el ancho pórtico y desciendo las gradas del atrio, abandonando la ciudad impía se pone un sol de cobre.

Impávido señor de las conciencias, el aguardiente circulaba. Por la quinta botella andábamos en el Metropol, de Junín; por la octava o décima, en el Armenonville, de Guayaquil. Promisorios jovencitos, ráfagas de sol sobre la oscura desolación de los tangos, se iban llegando, en el sucederse de las horas y las botellas, a nuestra mesa: escoltados, qué remedio, la belleza no anda sola, de sus infaltables acompañantes, estorbosos acompañantes que le aumentaban a Óscar (no a mí, un desarrapado) la kilométrica cuenta, y que, bien que mal, brusca o delicadamente, habíamos de

sacudirnos, como si fuéramos perros invadidos de una legión de pulgas, en cada cambio de cantina. Ciencia difícil y de equilibrista la de botar los estorbos sin ir a tirar las bellezas.

El Metropol es, era, una cantina en un inmenso galpón de billares. El Armenonville, una cantina a secas: viejas fotos enmarcadas de Juan Pulido y Juan Arvizu en las paredes de la barra y el traganíquel, y un cromó de Gardel alumbrado, con una veladora y sobrada razón, como si fuera la Santísima Virgen. Y ahí vamos por la vida sobre la cuerda floja, a un paso siempre de caer, por la derecha o por la izquierda, al mismo despeñadero.

Las sucesivas bellezas, pensándolo mejor, eran estrellas apagadas ante el sol de la Costa: Rodrigo llenaba con su presencia la íntima oscuridad. Óscar, Chucho, Jaime, todo el mundo, sólo tenían ojos para él. En cuanto a mí, sobreponiéndose al vocerío áspero, la insulsa voz de la cordura, gritándomelo al oído, desató el diálogo de sordos:

—El 99 no es éste. ¿No ves, estúpido, que Junín entero no lo logró? Además, aquí y ahora, ¿quién tiene el dinero?, ¿quién paga la cuenta? ¡Óscar, animal! ¿Y vas a poder quitárselo a Chucho Lopera o a Jaime Ocampo, y a son de qué? ¿A son de un carro? ¿O de una moto?

—De lo que sea. Me basta chasquear los dedos y surge ahoritica mismo, entre estas puercas mesas de esta puerca cantina, por la magia de Aladino y al conjuro de mi deseo, el carro o la moto, y con el tanque lleno de gasolina.

—Bestia ciega, mula terca, te digo que el 99 no es él: escoge cualquiera de los que ves a la mesa o te quedarás sin ninguno.

—No: el 99 es él, o no es nadie y ahí se para la cuenta.

Los acordes del tango, nostalgia de nostalgias de nostalgias, muerte nueva, barrio viejo, suben, bajan sobre el teclado del piano o el mástil de la guitarra, secos, cortantes como cuchillos, acompañando la voz metálica o el bandoneón. Desde el fondo del olvido una voz vuelve, noche a noche, sobre los surcos rayados, como un eco herrumbroso con su timbre de alambre. Gira el disco, Gardel canta, y en mi reloj rueda la rueda del tiempo.

Allá arriba, a lo lejos, mece el viento la espiga dorada; aquí abajo, aquí adentro, arden los cirios negros en la intimidad de la cripta. Aquí, donde se quema en azufre gozoso el vuelo lamentable del incienso y la mirra; aquí, en Tu laberinto inextricable que se prodiga bajo el ábside y el baptisterio, en Tu templo del subsuelo, Señor de Luz, Lucifer... No en la pila bautismal, de donde parte la nave con destino incierto, ni en la pila del agua bendita: en la boca enorme del Diablo donde los fieles apagan los cirios. Despojándome de ropajes y circunstancias, tomo la alquímica ruta que lleva al mercurio, al mercurio de los filósofos, reducción suprema. Con aleteo estrepitoso rompió a volar el pájaro negro, color de azogue negro, signo negro de las cuatro degradaciones: primera separación, primera conjunción, segunda conjunción, fijación del azufre. Pequeñas burbujas anuncian, agua ígnea, fuego acuoso, que la

materia fermenta y bulle. En el vaso de cuatro picos, cruz, crucíbolus, crisol de Satanás, tienes ahora almagre y hollín, metales calcinados. Sobre mi caos esencial agrega cuanto quieras: mi nombre y mi apellido, lo superfluo, las aleatorias contingencias.

Cuando, transponiendo el ojo de pescado de sus puertas, dejaba la cripta, desde el coro partía otro vuelo: cierto haz de llamas, cierto Espíritu Santo, paloma fatua, paloma ciega, mensajero del Dios truhán que rige los destinos con sus designios herméticos. Mas de la iglesia catedral, Basílica Metropolitana, Basílica de Villanueva, como de la calle Maturín ya nadie sabe. Ni ven la inmensa mole de pesadas torres, ni saben de sus historias. Miran sin ver. Ignoran que en su penumbra, una tórrida tarde, quien había venido a traerle al Señor su corazón, lote baldío, merced a la compasión de una bala, servicial cuanto apresurada, contra la sien derecha, cortó el nudo ciego de las contradicciones. A los oficiantes del ábside les dejé, cálido aún, un cuerpo inerte por exorcizar: de gusanos, pues los demonios, como ratas de naufragio, abandonaron conmigo el barco.

En la vieja carretera que serpentea, rumbo al manicomio, por las laderas de Aranjuez y de Manrique, en una curva, solitaria, se enciende en las noches una vieja, destartalada casona de pisos inclinados de tabla,alzada sobre pilotes y estacas que se hundan en el despeñadero: El Gusano de Luz. El gusano es verde, verde como el platanal que lo envuelve ascendiendo por la barranca hasta la carretera. Y con los ojos rojos: un par de foquitos rojos, intermitentes, de burdel. Sus tapias cuarteadas resisten con ruinoso empeño los embates del viento y el tiempo. El viento saluda cuando nos ve llegar, agitando los penachos del plantar:

—Más clientes, más borrachos, más peleas, la vida es una fiesta, un matadero, así me gusta a mí.

Llegamos, apiñados, en dos carros: el Ford de Óscar, que le han robado tres veces y ha recuperado tres, y otro más.

—Pasen, pasen —dice el voluble anfitrión, de humor cambiante—. Y a ver, cabrones, si una sola noche dejan dormir, por excepción.

A estas horas, dos de la mañana de martes 13, día del marinero, que aquí no hay, El Gusano de Luz rebota de bote en bote: putas, camajanes, malhechores, cuchilleros, bandoleros, maricas, ex presidiarios, algún alcalde de pueblo, algún inspector de barrio, y en el centro de la marejada, borracho y sin salvavidas, yo.

—¿Qué van a tomar? —dice el dueño, Clodomiro, Clodomira, el responsable de esta monstruosidad.

—Dos botellas de aguardiente —ordena Óscar con infatuado vozarrón.

Aunque no trae revólver, manda como si lo trajera: como es diputado, si le disparan las balas rebotan contra la coraza de su inmunidad. Este Gusano de Luz, carambas, es un prodigio, arde en fuegos de artificio, tangos, mambos y guarachas, rumbas, danzones, boleros, aunque el traganíquel es una lástima, casi una calamidad: un armatoste de baquelita con los cristales rajados: tiroteado, acuchillado, lapidado...

Lapidado, vaya, en las riñas habituales con botellas de cerveza pues piedras, como usted puede ver, aquí adentro no hay. Un verdadero mártir de nuestra felicidad: tiene los flancos rayados, la cara cortada, un ojo despanzurrado, pero el alma íntegra e íntegra la voz. Más aún, cada noche que pasa y mientras más anochece canta mejor. ¿Ahora qué está diciendo? «Ya lo verás que te voy a olvidar, que te voy a dejar y que no volveré... Ya lo verás que esta vida fatal que me has hecho llevar la tendrás tú también». Ah sí, Leo Marini, un bolero. La gruesa aguja gira, la aguja, una puntilla, casi un clavo, casi un puñal que venden por gruesas en El Centavo Menos de Guayaquil. La aguja gira y gira, pasa de surco en surco por el disco rayado, con su tosca punta roma acariciándolo, dándole la vuelta al mundo hasta morir en su centro. Entonces el brazo que la lleva se retira, se pliega, se levanta, vuelve al silencio y el silencio lo llenan un chocar de copas y un vocerío.

—¿Cómo estás, Óscar? —pregunto.

—Divinamente bien.

Ah, el traganíquel de Clodomiro tiene otra bendita peculiaridad: se le echa, como a todos, una moneda de veinte por disco, pero como su mecanismo monetario no funciona (canta por amor, no por interés), Clodomiro debe ayudarlo a dar el paso inicial.

—¿A cuál le echaste? —pregunta a gritos desde el fondo.

Viene, abre la tapa, algo le mueve, y el nuevo disco cae suavemente, y gira y vuelve a girar. Yendo, viniendo, trayendo, llevando, Clodomiro se seca las gruesas gotas de sudor que le corren por la frente, lo mata tanto quehacer, y aunque habla poco cuando habla su voz suena tan destemplada como un clavo oxidado rayando una bacinica o una caja de mentolín. Suena y le desafina el par de tímpanos a la decencia. ¿Y a usted qué más le da? Si no le gusta se tapa los oídos, ¡viva y deje vivir!

Y para que de una vez por todas lo sepa, por si algún día va, y con alguien va, aquí los cuartos son así: un catre desvencijado de latón que chirría al menor movimiento, como quejándose, como si algo le doliera a la maltrecha sociedad: acondicionado con un polvoso colchón de paja y una almohada polvosa, también de paja, que con sólo verlos hacen toser. ¿Y qué más? Nada más. Ah sí, un nochero o mesita de luz, donde no hay luz pues el foco cuelga pelón del techo, de un doble cable trenzado y pelado a tramos, que electrocuta la mirada. Sobre el nochero un vaso de agua empolvada, utilísima para apagar incendios y la sed de amor. Desde una de esas paredes agrietadas, moradas de cosquillosos alacranes, un tigre de Bengala salta sobre un cervatillo: la vida misma en un tapiz. Y para terminar le diré que en el catre ese de latón, ahí donde usted lo ve, durmió el general Uribe, que usted no sabe quién fue, pero así fue.

«Nuevamente vendrás hacia mí, te lo aseguro. Cuando nadie se acuerde de ti, tú volverás. Cuando estés convencido que nadie en el mundo te puede querer como yo, nuevamente vendrás». ¿Nuevamente? Alguien entonces quiso saber qué celebrábamos esa noche.

—Nada —dijo Rodrigo—, que mañana me voy.

—¿De dónde te vas? —pregunté.

—De Medellín, hombre —contestó.

Medellín... Medellín... Un júbilo exultante me embargó: había caído en la trampa, ya no le pertenecía su destino, había pronunciado el nombre de luz. En adelante todo fue ocurriendo con la sencillez del milagro. El nuevo disco cayó, y por entre putas y truhanes llegamos al centro del ancho patio. La voz recóndita, insondable del bolero, empezaba a arrastrar su dolor: «Por qué suspiras, qué piensas de mí, cuando te miro yo. Por qué tus ojos me dicen que sí, si sé muy bien que no. Si mi consuelo es mirarte nomás, para vivir por ti...» Lo miré y mi turbación se perdía en sus ojos vivaces. «Por qué me llamas y luego te vas, por qué eres así, por qué». Natural, desvergonzadamente, quemándose su cara contra la mía, cerraba en torno a mí su abrazo. En el instante trémulo nadie llevaba a nadie, la voz doliente nos arrastraba, la vida nos llevaba a los dos. «Si tú no estás, la dicha no puede ser. Necesito tenerte conmigo siempre en mi corazón. Por qué te vas. Me desespera tu adiós. No es posible que seas así, no puedo vivir sin ti». Ante las miradas absortas vivíamos el momento portentoso, los albores de una nueva humanidad. Luego el susurro risueño que ensordece... Fulguró el relámpago en la noche ciega alumbrándolo todo: en la quietud la inquietud, un paisaje desolado. Era el presente mío naufragando entre el futuro incierto y el pasado ajeno, la desesperación en la calma. Se iba el tiempo llevándose la plenitud del instante... ¿Nuevamente vendrás hacia mí? No, soy yo quien me iré. De ti, de ahora, de esta tierra de anchos ríos y altas montañas, y policías y asesinos y burócratas de variada fauna: cerdos, puercos y marranos. Definitivamente me iré. Las míseras palabras mías jamás lograrán recobrar el bolero, su desdicha venturosa que suena en el traganíquel y resuena en el corazón.

Cuando dejamos la pista, el patio, y volvimos a la mesa, Chucho, Jaime, Óscar, los chacales fingían. Seguían tomando como si nada, alimentando su llamita de esperanza, sin darse por enterados de que la noche se había decidido ya, que la belleza de la Costa, que no había alcanzado nadie, el destino caprichoso me la concedía a mí. ¿Pero por qué tanta envidia y desilusión y tristeza, si al final de cuentas todo equivalía a lo mismo, si para el efecto yo era ellos, si Medellín era yo? En la mirada de Chucho descubrí algo que habría de advertir otras veces luego, y que me causaba compasión: una resignada humildad. A la cual respondí con mi más amplia, burlona sonrisa, que traducida en cristiano quería decir: Vaya este muchacho al menos por todos los que me has quitado en la vida, cabrón. Así está escrito, y no digo en las estrellas del cielo que brillarán afuera sobre estas vigas y estos techos: en los caminos fortuitos de ese charco de cerveza que estás regando sobre la mesa, animal.

—Y puesto que en éstas andamos —le dije al punto a Rodrigo con esa lucidez en el aturdimiento que a veces me concede Dios—, vámonos a dormir.

Nos levantamos, tomamos una de tantas botellas de la mesa, y dejándolos a todos

mudos nos fuimos adonde Clodomiro, dueño de la felicidad.

—¿Cuál cuarto quieren? —preguntó su voz cuarteada.

—Cualquiera. Pago yo.

Y le entregué mi reloj: el primero, el último. Y en el acto se me detuvo el tiempo: hasta entonces había vivido para vivir; en adelante creo que he vivido para recordar. Clodomiro sacó su manojito de llaves, las llaves del cielo, y abrió: en el centro, antes de que cerrara tras de nosotros cortando el haz de luz proveniente de afuera, obsecuente, inocente, el catre de latón dorado del general.

Lo primero que sentí de él fue la fiebre: en la cara, en los labios, en la boca. Diría que también en el alma, si el alma no fuera una soberana abstracción. Pero sí, también en el alma: el alma era la llama. Y le voy a dar un consejo, amigo: no crea que se las sabe de todas todas y que puede decir quién es quién. Todos a la larga somos todos, y en cierto infinito mar de las transfiguraciones nos repetimos, con una terca obstinación. De suerte que el «yo» tarde que temprano se hace «usted».

Atropelladamente me iba abriendo, le iba abriendo, los botones de la camisa, de la bragueta: uno, otro, otro, de tumbo en tumbo al ritmo del corazón. Tomó de la botella un largo trago y me lo fue dando en la boca, y sentí que corría por mi garganta, lentamente, en un ardor de aguardiente un arrullo de miel. Dejando su boca fui bajando por sobre rutas de sangre agolpada en el cuello, y al llegar a su pecho, triunfo de la vida desde el fondo de las edades, burla de lo mensurable, se levantaba hacia mí, hacia el cielo, el egregio dios Príapo, Señor de las Burras.

Dios, impotente mirón de las cosas humanas, con sus ojos eternos de búho, de lechuza, todo lo veía penetrando la oscuridad. Para ver, su omnipresencia, que lo tenía en el cuarto, lo eximía de abrir un agujero en la pared. Como novelista omnisciente, metido en todos los cuartos y corazones ajenos, veía sin pagar. Así que mira, fíjate, date cuenta de cómo el fulgor de estos instantes míos hace polvo la eternidad de Tu infierno.

Cuando el callado espectador sació su curiosidad, Rodrigo se levantó de la cama y desnudo, a tientas, buscó el apagador de la luz. Brilló el foco de cansadas bujías y nos devolvió a la realidad. «A ver con qué sale ahora éste», pensé. Con nada. No dijo una palabra. Todo estaba concluido para siempre, para el siempre fatal del bolero. En silencio, se puso los calzoncillos, se puso los pantalones, se puso la camisa, se puso las medias, se puso los zapatos. Y en silencio abrió la puerta y salió del cuarto y de mi puta vida. Afuera atronaba el traganíquel con su ilusoria felicidad.

La ladera es un lodazal de inmundicia. Humildes matas de higuerillo se aferran a la existencia entre trapos y papeles del basurero. Bajo dando tumbos y tropezones. Aúllan a lo lejos unos perros cuando saco del bolsillo la navaja. Ahora son dos los que miran: el eterno testigo de siempre y la luna de hielo. La navaja, ciegamente, va abriendo los cerrados caminos de la sangre. La sangre salpica sobre el barranco, se va yendo con su tibieza liberada.

—Ven a mí, ven a mí.

La dulce Muerte agitaba las alas de su negro abrigo, de su negra capa, llamándome compasiva a su regazo de sombras.

Voces apagadas, susurros que en lo profundo de una caverna amplificaba el eco, me llegaban desde la lejana ribera de la Vida. ¿Serán los thugs asesinos, que acabarán estrangulando a Sandokán? Si debo cruzar a nado la caverna he de conservar mi navaja, el kris malayo, la cimitarra para defenderme de caimanes y cocodrilos. Pero, ¿y los adoradores de la diosa Kali? ¿Cómo escapar y por pantanos azarosos, arenas movedizas, llegar hasta mi barco? ¿Yáñez? ¿Tágalo? ¿Girobatol? Mis lugartenientes, ¿dónde se han metido? ¿Los habrá capturado el enemigo, los ingleses, el pérfido gobernador de Palauán? Y yo, ¿dónde estoy, adónde he llegado? ¿Dónde quedó la islita mía, Sarawak? Manos entrometidas me levantaban los párpados, escudriñaban con una linternita el fondo de la pupila buscando un último signo de terquedad. No, no son los thugs los que me miran, son doctores. Por eso el tono severo, profesional. No importa. De todos modos voy a morir: pensando en ti, Sandokán. Que mi infinita delicadeza desocupe el campo, para dejarles espacio a los cerdos.

Caía, caía al abismo insondable sin ningún asidero. Ni mi padre ni mi madre ni mi ciudad ni mi patria ni el amor ni el dinero ni una mata siquiera de higuierillo aferrada a jirones de trapo y de papel. Tampoco tú, abuela, que me esperas en el fresco corredor de Santa Anita, en tu mecedora, y contigo la ansiedad de los trigales: déjame terminar de caer. Una sonrisa callada, incapaz de ascender hasta los labios, se me esbozaba en lo más hondo del cansancio: si en vez de esa linternita que hurga entre mis ojos me acercaran un cerillo encendido a la boca, con los litros de aguardiente que me he bebido estallaríamos todos, esta sala, este hospital, esta ciudad, el mundo, en la más soberbia explosión.

La brisa traviesa juguetea con el sol por el parque, removiendo ramas, hojas, sombras de árboles aquí y allá. El sol, cansado, se bebe lo que encuentra, las gotas de rocío y los charcos que deja el surtidor. La Bruja también juega: corre, se dispara como una flecha espantando pájaros, palomas, mariposas, y los patos alharacosos del laguito:

—¡A volar patos, que aquí voy yo!

Se dispara, digo, como un silbido, como un dardo, como un volador, de esos que en diciembre echábamos al cielo en Medellín (¿hace cuánto?): fuegos de artificio, vaya, por si no lo sabe usted. ¿Una perra negra que es un fuego de artificio? ¿Cómo puede ser? Pues aunque no le parezca así es: corre y se vuelve chispas de colores, no hay otra comparación. Brinca los setos como un caballo, y no digo los setos: de un solo salto se cruza entero, por el aire, un jardín. ¿Vuela? ¡Claro que vuela! ¿No ves que es una Bruja? Pero no necesita escoba: vuela montada en su propio ímpetu, en la velocidad. Es el principio de la retropropulsión y el cohete, ¿ves? Cansada también ella, muerta de sed, se detiene un instante para bebérsele al sol el charco del surtidor. No respeta: esta agua me la encontré yo, es mía, me la tomo, y ¡vuelta a correr! ¡Carambas, cuándo va a aprender esta perra a no tomar agua sucia de cualquier lugar!

Es que cuando anda en sus juegos la vida le importa un bledo, es la mismísima irresponsabilidad.

—¡Ahí va la Bruja! —gritan los niños, y se me acercan a preguntar—: ¿Cuántos años tiene?

—Dos y medio.

—¿No ha mordido?

—No.

Bogotá, ciudad puerca que nunca se baña, tenía en su haber al menos la sucursal de Sodoma más vieja del planeta tierra: el Arlequín. Su fundador-propietario, Toto, y su amigo Loto, bíblicos sobrevivientes de la desdichada ciudad, insultaban con su vejez: cuando el fuego de la furia eterna destruía la pentápolis de la llanura, en una confusión de cántaros y camellos salieron con Lot y su comitiva, y mirando siempre adelante, sin osar volver la mirada, atrás dejaron los torcidos ímpetus de sus conciudadanos vueltos ceniza, y un resplandor gigantesco con olor a azufre. Amén de cierta estatua de sal que jamás hallarán los arqueólogos pues se la comió el viento de los años: la mujer de Lot en monumento, castigo del cielo a la humana curiosidad.

Ya en este país de María Inmaculada y el Sagrado Corazón, se instalaron en Aranzazu, Caldas, donde se empezaron a sentir como en su casa: muy bien.

—¿Cuál será la razón, Toto —preguntaba el otro, el pobre estúpido—, de este íntimo regocijo que no me puedo explicar?

Cuando descubrió la respuesta el corazón le dio un vuelco: tampoco en Aranzazu había, no digo diez: un solo justo que permitiera salvar la ciudad. Y ese nevado del Ruiz en la cúspide de la ladera, volcán apagado de nieves eternas que se empezaron a derretir...

—A mí no me agarran otra vez desprevenido —dijo Loto—, me voy de aquí.

—Nos vamos de aquí —contestó el otro.

Y en mula, sin volver atrás la mirada, hasta Bogotá.

Me los presentó Hernando Giraldo, abogado, de Risaralda, la noche que me llevó a conocer el antediluviano lugar.

—¿Y a qué se debe tanto viejerío? —pregunté, salidos los ojos muy abiertos, en el colmo de la admiración.

Ajados, cuarteados, apergaminados, cien mamarrachos antiguos bailaban cumbia, como rozagantes negros de la Costa, en un espacio de dos por tres.

—No hay derecho —dije— a tanta vejez e ignominia. Todos se deben morir.

—¿Por qué? —replicó al punto Hernando indignado (Hernando, un anciano, de treinta o treinta y cinco años o más)—. También los viejos tenemos derecho a vivir.

Sí, pero los derechos prescriben, se agotan, hay que desocupar. Aparte de este servidor, de dieciocho o veinte años (lindero de la vejez) y que no cuenta porque es quien narra, lo único joven de ese mísero bar era un mariquita de la Carrera Séptima (cargan cuchillo o navaja de afeitarse), afeminado cual su madre que lo parió.

—Prefiero una mujer —comentó uno de esos vejete amigos de Hernando, ex

embajador en la India.

—Yo no.

Al tercero o cuarto aguardiente la diplomacia de Hernando me sacó con mil suavidades del bar; esto es, no a mí, que era un encanto: a mi irredenta manía de contradecir. Y es que con el ex embajador en la India, el mujeriego, me embarqué en una discusión sobre los maricas célebres de la Historia: Wilde, Sócrates, Jesucristo, Alejandro, qué sé yo, y al llegar a Gide su admiración («Estas Nourritures Terrestres son un portento, y ¡qué me dicen de la prosa de l'Immoraliste o del Retours de l'URSS!»), le corté tajantemente el ditirambo:

—Son unos espantajos de un anticuado horror.

Lo cual se explicaba, según su servidor, pues qué se podía esperar de ese hombrecito avaro y protestante y por añadidura francés, que se iba a Argelia, al Norte de África, a conseguir muchachitos bereberes y les pagaba con moneditas de cobre... ¡Al diablo con Francia y su faramalla y la tacaña vejez!

Hernando, con esa sabiduría que después de siglo y medio me siguen confirmando los años, me sacó ileso y libre de crimen de donde me había metido: antes de que de las opiniones pasara yo a la insolencia y de la insolencia a cualquier barbaridad. Con eso de que yo fumaba marihuana... Según él...

Prófugo del seminario pero, vive Dios, santo varón como no ha habido en el mundo otro igual, a Hernando me lo presentó el azar: a la entrada de un cine de la calle 54, cuando esperaba yo a otro viejo como él y él a otro muchacho como yo. Ni llegó el viejo ni llegó el muchacho, pero como las fallidas citas de los desconocidos las había arreglado por teléfono el destino, celestina sin par, él creyó que yo era el otro y yo creí que el otro era él, y acabamos por encontrarnos los dos. Con nerviosa prisa arregló una nueva cita para el sábado en su apartamento, y con la misma prisa me metió un billete nuevo de veinte pesos en el bolsillo de la camisa para que no le fuera a faltar. El cual al punto le devolví:

—Dinero no necesito: tengo ropa, comida y casa, y los libros los tomo de las librerías, donde hay de sobra: entro con dos y salgo con tres. Mejor me das un muchacho.

Abrió tamaños ojos ante mi precocidad viciosa, pero al punto se recobró y contestó encantado:

—¡Claro que sí! Te voy a dar un sargento.

—Un sargento es demasiado viejo, mejor un soldado.

—De acuerdo, pero no uno: dos.

Y se fue con esa generosidad apurada suya que regalaba en el aire, y ese temor de que el mundo entero se diera cuenta de que era como lo hizo su mamá o Dios. Me pareció justo y equitativo el trato: un sargento vale por dos soldados o dos cadetes, según de donde se vayan a tomar.

El apartamento estaba a oscuras, cerradas las persianas, las ventanas. Me abrieron, entré y caí de bruces tropezando con unas botas altas de militar. Alguien

encendió una luz al final de un pasillo, en un cuarto: Hernando en calzoncillos y su floreciente barriga de prosperidad, mientras quien me había abierto regresaba de la puerta, desnudo, al cuarto, a la cama:

—El sargento que te prometí.

Una contrariedad infinita, una furia salida de madre y razón se me subía al cerebro, me enrojecía la cara, tez saludable ahora de cura o seminarista o de sacristán.

—Ve a servirle a este joven —mandó Hernando al policía— alguna copa, algún brebaje para que se sienta bien.

Me tomé de cuatro tragos media botella de ron y empecé a despotricar contra el Ejército. ¿Habráse visto en ese país de lacayos mayores zánganos, mayor abyección? Cada gobierno civil que llegaba, libremente elegido por nuestra soberana voluntad, consecuentándolos, a un paso cada día que amanecía del cuartelazo, del zarpazo avieso del burro con garras, con uniforme y la soberbia del pavo real.

—Y quítele usted las plumas al pavo real y la ropa a estos cabrones a ver qué queda: una gallina pelada, lo que ve usted aquí.

Hernando se iba poniendo lívido, y el sargento tratando de entender. Se iban abriendo paso las palabras mías por los laberintos tortuosos de su mente y al final algo entendió: que mi diatriba contra la institución revertía en insulto para él. Saltó desnudo sobre el desorden de su uniforme, tomó el revólver y de otro salto llegó hasta mí. Sentí el frío metálico del cañón en la sien y oí un clic precursor: lo que iba a salir luego era la bala. Giré entonces con lentitud la cabeza y el cañón quieto fue pasando de mi sien a la frente trazando una lenta raya de frialdad. Lo pude mirar entonces a los ojos: tenía los ojos negros oscuros, de un pantano, de un indio de Boyacá.

—De todos modos —le dije— aunque la vida mía termine aquí, la tuya no pasará de ser la de un tombo hijueputa.

«Hijueputa» lo entendió bien pero «tombo» no: tombo, como llamábamos los niños a la policía en Antioquia. Sólo que Antioquia no es Boyacá. Y esa pequeña sutileza de geografía lingüística hace que pueda seguir narrando ahora en primera persona la continuación, sin que le llegue a usted mi final falseado, en chismes y consejas y maledicciones de ajena mendicidad. ¿Tombo? El desconocido vocablo se fue abriendo paso dificultosamente por su cerebro de gusano, de vertebrado, de mamífero, de primate, de ser humano, en fin, hecho a imagen y semejanza de su Creador, y no lo entendió. Dilación que Hernando aprovechó para gritarle:

—¡No!

«¡No!» le gritó, como quien está acostumbrado a manejar perros, con monosílabos.

—No me vayas a manchar la alfombra de sangre que este apartamento no es mío, me lo prestó un general.

Sus palabras apaciguaron la onda cerebral electrizada como caricias sobre el lomo de un gato. Le pagó, se fue el sargento, y tras un instante de reproche mudo a mi

insensatez y arrogancia, abrió la boca y dijo, palabras textuales:

—A las Fuerzas Armadas límitese a darles por el culo, pero no las insulte, porque en ellas descansa la soberanía de la patria.

El camión dio un gran tumbo y se detuvo un momento para salvar con precaución un bache. ¿Ya pasamos la finca de El Carmelo? ¿En qué tramo de la carretera voy? Vas en Bogotá, hombre. No, voy como siempre por la carreterita de El Poblado, de Envigado, que lleva a Santa Anita, a la felicidad. Este viaje, en camión o en carro, lo he hecho infinidad de veces, de niño y de joven, aunque de viejo no, y es que la carretera, con sus infinitos baches y sus lerdos camiones de escalera cargados de racimos y marranos y de humanos el tiempo se los tragó. Los baches los hacía la lluvia, la temporada de lluvias, el invierno como se le llama aquí. No hay gobierno, conservador o liberal, que pueda con los estragos del tiempo en este país, y me refiero al atmosférico porque el otro, el Tiempo, con mayúscula, a todos se los traga por igual. El nuevo alcalde, que hace dos meses tomó posesión, todo lo va a arreglar: a darle una remozadita a la carretera, a taparle los baches con asfalto, aunque lo ideal sería rehacerla con cemento, dado el fuerte tráfico que tiene, pero eso es pedirle mucho a la vida, con recubrirla está más que bien. ¿Y con qué se va a recubrir? El asfalto cuesta dinero, y el poco dinero que hay es para pagar doscientos mil empleados del municipio, ¿o quiere que los deje este mes sin comer, con su mujer y quince hijos? Nada de tapar baches, que la carretera siga igual.

La carretera sigue igual y el camión sigue por ella, de año en año, de bache en bache, de Medellín a Envigado, de Envigado a Medellín, del presente al futuro y del futuro al ayer. Aquí y ahora, en este camión desvencijado por esta carretera agrietada la realidad es sueño de marihuano. El hachís cómplice dilata el Tiempo: lo infla como infla un niño al final de un tubito una bomba de jabón. La bomba se va yendo con su fragilidad por el aire y al cabo estalla. En el breve lapso de su vuelo corre mi necesidad a buscar la dicha al desván de los trastos viejos: se encuentra un muñeco antiguo, un payaso, de trapo y lata, con la cuerda rota, despanzurrado. Jamás como esa tarde que se volvía noche por la carreterita sombrosa de Medellín a Envigado he percibido con mayor nitidez el Tiempo: lo he tocado como una barra de acero. Venía del Miami y los cafés del centro hacia Santa Anita, donde vivía sin mis padres con mis abuelos, y recordaba mi incidente con Hernando y el sargento, cuando el camión dando un tumbo se detuvo para salvar un bache. Partió la bala del revólver del sargento y por igual se detuvo:

—¡No!

La mágica palabra de mi idioma, rotunda como una bala, la deshizo en el aire.

—¿No ves que me vas a manchar el apartamento de sangre? Y el apartamento no es mío, me lo prestó un general.

No era un general, Hernando, era un empleado de la alcaldía. Pero claro, tu inteligencia oportuna dio con la palabra justa: un general, de cuatro estrellas, y le echaste encima todo el escalafón. Tras la breve detención del bache el camión vuelve

a andar y en pos de él, con su callado caminar, el Tiempo.

«¡Tin! ¡Tan! ¡Tin! ¡Tan!» dice el reloj de muro en el comedor de Santa Anita mientras el abuelo a la mesa, la larga mesa que convierte a estas horas en escritorio, trabaja en sus memoriales: arrastra el interminable pleito en que lo embarcó su hermano Nicolás. ¿No te das cuenta, abuelo, de que llevas en él quince, veinte años, los que tengo yo? No, no se da cuenta, el buen litigante es así: su vida entera la va escribiendo en una máquina de escribir vieja, una Rémington, de teclas sucias, en hojas rayadas de papel sellado tamaño oficio, que hay que refrendar en el margen derecho, arriba, con estampillas de cien.

—¿Qué hora es, abuelo?

—No sé.

—¿Estando bajo el reloj no sabés? ¿No oíste que acaban de dar las once?

No, no oyó, lo que no le interesa no lo oye. Según él está sordo. Según yo no lo está, es una mula vieja mañosa que cuando dice «De aquí no sigo» no sigue de ahí.

—¿Ya apelaste, abuelo, a la Corte?

¡Uy! Cuánto hace que apeló y que la Corte falló: en su contra, por lo que él, simplemente, volvió a empezar. «Da capo», dijo, y a leer otra vez la partitura: impugnó el proceso entero y demandó al primer juez. Del Juzgado se pasa al Tribunal:

—De lo Contencioso Administrativo, ¿o no es así, abuelo?

Parece que sí, pero no responde, ahora no oye: anda enredado en los laberintos tortuosos de la Ley. El laberinto le afecta el del oído, y sin oído, aunque no pierde el equilibrio porque está sentado, pierde la noción del tiempo y el sentido de la realidad.

—¿Cuántos años tenés, abuelo?

—No sé.

Claro que sabe, tiene setenta y ocho, y dentro de dos, cuando yo esté lejos, con un océano de por medio, habrá de morir. Sí, tal como usted lo oye, sin rodeos: morir. El ciudadano metido a escritor (en mala hora) se cree, llegado al tema, en la obligación de inventarse perífrasis: «Cruzó la laguna de aguas eternas» o «Transpuso el umbral de la eternidad», o cosas así. Yo no. Aprovecho que me han dejado el paso libre y me voy derecho, por el camino recto, sin circunloquios, y así puedo decir aquí, como si fuera el alba del primer día, con antiquísima novedad: mi abuelo se murió. Murió exactamente cuando yo cruzaba la Piazza del Popolo en Roma, ex capital del mundo, y abría la carta, leía la carta en que me anunciaban que lo que tenía que ocurrir ocurrió. Pero dos años atrás estaba con él en el comedor fresco de Santa Anita, fresco y espacioso, claro y riente, y el reloj de péndulo (coronado de un caballito blanco de marfil) daba las once de la mañana.

—Son las once de la noche, abuelo.

—Sí —contesta él, sin oír.

No advertía que el sol entraba alegre a los patios, a los corredores, al comedor, a los cuartos, inundando hasta los últimos rincones con su luz: las azaleas, los curazaos,

los sanjoaquines, los geranios, y en las paredes del comedor, enmarcada con un marco finito de madera negra de barniz lustroso, la vieja estampa de San Francisco de Asís.

—Ese cuadro de San Francisco de Asís está muy viejo, hay que tirarlo.

—¡Por qué hay que tirarlo! —protestó mi abuela, que venía con el café para el abuelo de la cocina al comedor.

—Porque está muy viejo.

—Entonces me tienen que tirar a mí también. Y no es San Francisco de Asís, es San Francisco de Paula.

—¿Y qué diferencia hay?

—Muchísima: que son dos santos distintos.

—¿Y cuál es más milagroso?

—Los dos.

—No le hagás caso —dijo Elenita desde los patios, donde regaba las macetas—. ¿No ves que es un descreído?

—No soy ningún descreído: simplemente preguntaba porque no sé.

Entonces, recuerdo, sopló la brisa y en el antecomedor, vestíbulo abierto a la atropellada luz, rompió a sonar en el radio, que había estado transmitiendo una de las radionovelas de la abuela y Elenita, un pasodoble, «Francisco Alegre», y a importunar con recuerdos: la casa de la calle del Perú de paredes agrietadas donde vivían los alacranes... «En los carteles han puesto un nombre que no lo quiero mirar. Francisco Alegre y olé, Francisco Alegre y olá. La gente dice vivan los hombres cuando lo ven torear, y estoy rezando por él, con la boquita cerrá». ¿Vivan los hombres? ¿Quién dice? ¿Lo dice usted o lo dice España o lo digo yo? Un ímpetu rabioso me remolcaba en olas más allá de la infancia, hacia la desconocida España, arrastradas al vaivén de la música las rudas, dulces palabras de su idioma sin par. «Desde la arena, me dice niña morena. ¿Quién te enamora? Carita de emperadora. Dame tus besos mujer, que soy torero andaluz, y llevo al cuello la cruz de Jesús que me diste tú... Francisco Alegre, corazón mío...» Yo tengo la vida mía apuntalada en canciones: me quitan una y se inclina hacia un lado, me quitan otra y se inclina hacia el otro, me quitan otra y se desploma en el aire. Filtrada por una grieta del tiempo oye Ulises, eterno viajero de la nostalgia, sonar la flauta eólica desde un paquebote.

Dos son los patios interiores de Santa Anita y se extienden, simétricos, con prados como jardines, a lado y lado camino al comedor. Enredaderas y curazaos abrazan sus ventanales de barrotes y la escalera que, partiendo del patio izquierdo (izquierdo desde la sala) lleva a la amplia estancia levantada sobre el garaje. La estancia, de piso de tabla, se abre en varias ventanas (¿cinco? ¿seis?) al cielo y a los campos. La construyeron años atrás mi padre y el abuelo, cuando compraron a Santa Anita y la finca era de ambos, en compañía. En ella encuentro instalados a mis hermanos Darío y Aníbal a mi regreso de Bogotá. Serruchando el piso de la tabla Darío le ha abierto una entrada secreta por el garaje, al que llega en su Studebaker. Deja el carro y sin

pasar por la casa sube directamente al cuarto por una escalera de mano. ¿A qué horas? A las que sea, a la medianoche, a las dos o tres... Y yo llego con él. Los abuelos, que nada saben, nos hacen dormidos desde temprano, desde las ocho o nueve cuando se duermen ellos, rezadas tres novenas y tres rosarios. Cree el ladrón que todos son de su condición, y no hay tal. A las ocho o nueve, para Darío y su servidor ni siquiera la vida empieza.

Escándalo y oprobio de Medellín, rueda el Studebaker cargado de bellezas y cervezas, con alegre complicidad. Un ventarrón de libertad se levanta a su paso. «La cama ambulante» lo ha apodado esta ciudad mendicante de alma ruin, para la que no hay mayor insulto que la ajena felicidad. Todo la hiere, todo la ofende, todo la ultraja, nada le complace como no sea el celibato de los curas y la desdicha ajena. Arruínese usted, envenénese, fracase, y sólo así saldrá de la punta de su lengua venenosa. Mientras mayor sea su desgracia más feliz la hará. ¡Pero a quién se lo vienen a decir! A mí, que no nací para consecuentar ciudades, la indignación ciudadana me provocaba una verdadera embriaguez.

—¡Maricas! —nos grita Medellín desde una esquina cuando nos ve pasar, cuando cruzamos en el Studebaker el barrio de San Javier una noche.

Nuestra fama, como usted puede ver, competía ya por los cuatro puntos cardinales con la de Jesús Lopera.

Son unos desarrapados de barrio los que gritan, estallándoseles el saco de la hiel, la envidia biliosa que les envenenaba las tripas. Sobre la calle, cerca a la acera donde se encuentran ellos, se extiende el charco de una alcantarilla rota. Darío da la vuelta a la manzana y volvemos a aparecer de improviso: hacia el charco, sobre el charco:

—¡Ahí les va el lodo de nuestra felicidad, hijueputas!

Bañándolos se levantó en abanico un surtidor de inmundicia.

Reaparece Darío en el relato por una simple razón: porque la vida, que separa, también junta. Enterradas ya la infancia y sus guerras intestinas que asolaron mi casa nos volvimos a encontrar: en Santa Anita, en la amplia estancia del garaje de risueñas ventanas abiertas a la inmensidad. Al volver a entrar en ella, pasados tantos años, tuve la sensación de que flotaba en el éter, lejos de esta mísera tierra, en un palomar. Y sin embargo la estancia estaba quieta: eran las nubes las que se movían y los recuerdos con ellas, en el azul del cielo navegando, nubes de alucinación. Una noche de mi niñez, en esa estancia, mi abuelo toca en una dulzaina «María Cristina me quiere gobernar...» Un aleteo de golondrinas partió del cuarto y huyó hacia el cielo, voló hacia el cielo con su carga insoportable de realidad.

—¿Quién más, aparte de ustedes, vive en el cuarto?

—Dos golondrinas y un murciélago, que está instalado allí.

Minúsculo, boca abajo como un maromero, con sus mágicas alas plegadas, descansando, colgado de una viga cerca a una gran telaraña, en un remanso de la nitidez del día dormía Drácula en paz.

—¿Y no les chupa la sangre?

—¡Claro, para eso está!

Después, tomándome de la mano, me llevó a cierto lugar del cuarto donde, puesto de rodillas en el piso, levantó un cuadrado de tabla.

—¿Qué es?

—Una entrada secreta.

Abajo se veía el garaje, y apoyada contra el vano abierto una escalera de mano. Me hizo sonreír la chiquillada. A los ocho años vaya, ¿pero a los diecinueve o veinte? Entonces, en ese instante, decidí convertir esa entrada en una verdadera entrada secreta: a una vida secreta como dirían bajo el reinado de su graciosa Majestad Victoria los puritanos: secreta pero que me importaba un comino que se hiciera pública.

—Esta noche nos vamos de parranda —dije—, y ya verás.

De bote en bote lleno de sardinas o bellezas pescadas en Junín, aquí y allá, volaba el Studebaker por la montaña y su carreterita desierta perforando la noche. «Volaba» es un decir y «carreterita desierta» es otro, pues bien pegadas iban las llantas a la tierra, de curva en curva rechinando rumbo al cielo que está arriba o al infierno que está abajo, serpenteando, y si algún carro aparecía en una curva, mísero de él: se me hace a un lado, gran imbécil y sin insolencias o de lo contrario ¡Buum! y juntos nos vamos al rodadero y a ver, a oscuras, quién aterriza mejor. Pasaba la botella de aguardiente de boca en boca regándose por las curvas, despilfarrándose, ¡pero cuánto mejora con rechinar de llantas y rugiendo el viento este saborcito traicionero de años!

En el llano idílico un arroyito profundo discurría en paz meciendo el prado, y la luna, entrometida irredenta, asomaba su carota redonda tras de una colina, a curiosear: mientras Darío tocaba la guitarra, Chucho Lopera aligeraba a las bellezas de impedimentos y de ropa y los metía al arroyo. Y ahí los tiene como Dios los mandó al mundo y limpiecitos: escoja usted. Perdón por la candidez de la gran frase, pero lo que le pesa al hombre no es la ropa sino su carga de abstracción. Quítele una y la otra se le quita sola. Unas vacas que dormitaban en el pasto, despiertas por el alboroto y la serenata, nos miraban con sus grandes ojos lejanos, imposibles de interpretar. Acostumbradas al ser humano vestido, viéndonos en nuestra prístina desnudez nos tomarían por marcianos. Pero a mí la opinión de las vacas poco más me ha importado...

Volvimos a Santa Anita al amanecer. Chofer y músico y convidado de piedra, en las noches sucesivas Darío fue entendiendo mi tesis del hombre libre y el despilfarro: que sólo los pendejos descartan por prejuicios a media humanidad. Salido de golpe y porrazo de la cotidianidad, empezó a existir. Y henos de nuevo juntos, de lleno en el lodazal.

¿De qué año es usted, y si no se acuerda, qué década, y perdone la indiscreción? ¿De los treinta, dice? ¡Ah, de los veinte, qué bien, entonces le voy a poner un chárleston o un fox-trot! Sí, en ese traganíquel viejo o rocola que se ve ahí, viejo como el buen vino y que, aunque no me lo crean, funciona con electricidad. Y no me

pregunten qué era la electricidad, porque no lo sabría decir: algo así como un cosquilleo de electrones que pasa por un cable a toda velocidad. ¿Más o menos como la vida? Bueno, sí... En fin, muchas gracias señores (señoras no, porque aquí no se admiten) por haber tomado la máquina del tiempo y haber desembarcado en esta Cuna de Venus (carretera a Rionegro), pequeño bar o mejor, cantina, mía, que yo regento, aunque está mal dicho «regento» porque «regento» es para un colegio de monjas o un burdel, y ni lo uno ni lo otro es mi bar, si bien se acerca más a lo otro que a lo uno dada la animación. ¿La Cuna de Venus dice? Sí. ¿Le gusta el nombre? Pues sepa que no lo inventó ninguno de esos novelistas de trópico de imaginación calenturienta por el paludismo, me imagino, o la marihuana, que jamás se fuma aquí. Porque éste es un lugar decente, no un fumadero de opio, y el nombre se lo puse yo, y aquí a lo sumo se toma cerveza, para pasar a aguardiente, y es tal la decencia que aunque no se admiten mujeres bien puede traer usted con confianza a su señora mamá. Fíjese en la decencia de estos señores y muchachos, bailando unos con otros, bien apretados, o todos juntos, sin partirse el alma a botellazos por una puta, perdón que se me subieron las copas, esto es, rameras, mujeres de la mala vida, qué sé yo. Pase pues, pase, y si quiere un aguardiente, ahora que termine de tocar este vals al piano me lo pide a mí, José Vélez, a su mandar.

¿A su mandar? Así se presentaba mi abuelo: Leonidas Rendón Gómez, a su mandar. José y mi abuelo debían de ser de los mismos vales, del mismo tiempo, y pasaron por la vida con la misma bondad. Pero no murieron igual: mi abuelo murió en la cama como ciudadano decente; José murió asesinado, no sé si en la gracia, pero con la venia de Dios. Trece puñaladas le dieron, trece, por hacerle el juego a la mala suerte, y en la boca abierta le metieron una botella de cerveza, llena, para que se la fuera bebiendo de a poquito, el gran marica, camino a la eternidad. Y por lo dicho se deduce que los asesinos no eran de esos desalmados carentes de sensibilidad moral (como dirían los criminólogos o penalistas, que en este país abundan porque donde hay clientela hay venta), sino que para matarlo tenían una poderosa razón: por marica y se acabó. No siempre hay razones, ¿no cree usted? Malo es cuando matan porque sí. Le robaron veinte pesos, que tenía guardados en un tarro de lata, bajo el mostrador.

Pero qué ocurrencia la mía andar hablando de tristezas en La Cuna de Venus, tan cerquita del cielo en la montaña, y a un paso de la felicidad.

—¡Abran la puerta, muchachos, pa que entren los clientes y cierren esas ventanas que se mete la bruma y yo no tengo veinte manos y no puedo estar tocando el piano y sirviendo el aguardiente y poniendo el traganíquel, por favor!

Me levanté de mi mesa y fui a cerrar las ventanas: un paisaje de inmensidades se extendía afuera, abajo, en la oscuridad y la noche, y unas nubes muy blancas, filudas, venían como fantasmas hacia mí. Brrrr... No hay nada mejor que una buena ruana y un aguardiente para este frío del demonio. La ruana, ¿sabe usted qué es? Un poncho, un cuadrado de paño con un hueco en el centro, por donde se mete la cabeza, y a beber:

—¡José! Otra tanda de aguardiente, somos dieciocho que vinimos en dos carros, cuente cabezas, y aquí paga Esteban Vásquez, que soy yo.

Con quince hijos varones y ni una niña, hidalgo entre los hidalgos de bragueta, a Esteban Vásquez nos lo había mandado el cielo como lluvia de bendición. ¿Por los quince muchachos, dices? Bueno, por eso y por otra menos tangible razón. ¿Sabes qué quiere decir en Colombia «ponerse la vida de ruana»? Pues quiere decir hacer lo que hizo siempre Esteban: hacer de la vida una fiesta y de su culo un garaje y chantarse encima, para que se revienten de risa, un vestido de mujer.

—¡Tráiganme del baúl del carro el vestido de churumbela, que voy a empezar a bailar!

Y arremangándose los pantalones, con las piernas peludas al aire y unos zapatos de tacón alto y esa cara suya flaca, huesuda, de Manolete, con el vestido rojo-puta de olanes, rojo subido y él subido sobre una mesa, acompañado por José al piano empezó un pasodoble: «Francisco Alegre y olé».

—¡No, Esteban, no! —gritaba yo convulsionado, entre el vocerío—. ¡Que me vas a putiar hasta la infancia!

Y quién me oye y quién entiende mientras la mesa giraba bajo los zapatos de tacón alto en un vértigo de remolino.

—¡Y otros veinte aguardientes —gritaba Esteban bajo la salva de aplausos—, que la noche aún es niña, virgen, como fue algún día mi madre que me parió!

¿Y a Esteban Vásquez también lo mataron? Sí, lo mató el aguardiente, otro asesino cabrón.

¿Te acordás, Darío, de esa Cuna de Venus por la carreterita a Rionegro, y de Esteban Vásquez y el traganíquel y el piano y de tu Studebaker y de José? El piano, la octava maravilla, tenía no sé cuantas teclas rotas que se le quedaban hundidas, pegadas, y que había que ir levantando con la mano izquierda sin dejar de acompañar. ¡Pero qué altos, qué bajos resonando en mitad del alma con el retumbo de un bordón! Si fuera violín diría que lo hizo Stradivarius... Y yo, que he oído a Rubinstein y me he quedado duro y frío como riel del Transiberiano bajo el invierno de los Romanoff, oyendo tocar a José Vélez, el más mal pianista del mundo después de su admirador, me deshacía en un chorro de lágrimas. ¡Claro! porque Bach es intemporal y el bolero no, ni yo: somos un alud de recuerdos. Perfume barato, licor de bajo precio, yo tengo el alma de pachulí.

«Ya lo verás que me voy a alejar, que te voy a dejar y que no volveré. Ya lo verás que esta vida fatal que me has hecho llevar la tendrás tú también...» Pero los pobres, humildes reproches del bolero, sus míseras palabras no logran dar cuenta del milagro inasible, de su conjunción con la música que perpetúa el momento. «Yo sufriré pero tú sentirás el dolor de vivir sin un poco de amor. Cuando sufras verás a qué sabe llorar sin que nadie te cure el dolor». Entonces la voz incomparable se rompía como si expresara el más insoportable dolor, siendo que lo que decía era burla: «Ya lo verás que no vas a encontrar quien te pueda aguantar como yo te aguanté...» Sepa usted,

señor, que ese disco lo ha puesto ciento cincuenta y siete veces seguidas esta noche: ¿Qué pretende? ¿Que me enloquezca yo también? ¡Shhhh! «Yo ya me voy, no me importa llevar en el alma un puñal y en el pecho un dolor. Porque al fin el que la hace la paga, me largo sin nada, adiós ya me voy». ¿Por qué llora? ¿Qué le recuerda esa letra absurda? ¿Acaso una de esas bellezas de diecisiete años con que tanto presume? ¿Cualquier vil amor? No, curiosamente no me recuerda el ángel de ojos verdes con que soñaba Medellín, el niño único que depara en un abrazo todo el prodigio de la vida: el más hermoso bolero me recuerda un viejo decrepito en el umbral de la muerte, con los ojos hundidos, desdentado, y unos dedos rugosos, nudosos, que iban acariciando las teclas amarillentas del piano destartado: José Vélez en su Cuna de Venus, rey del momento irrepetible y de la noche sin par.

¿Lo recordás, Darío? ¿Y las cantinitas de la carretera de El Retiro o de Robledo, islas fantasmas en la bruma donde nuestro dios Thanatos, señor de conservadores y liberales degüella con el machete rojo o azul del odio sectario? Y el cementerio de Envigado y el de Sabaneta y el de Caldas y el de Itagüí, y el Ángel de la Muerte indicando con el dedo «silencio» y plataneros quejumbrosos pulsados por la brisa y tumbas, tumbas, tumbas entre hiedras de eternidad por senderos empedrados adonde íbamos, con tu guitarra, a importunar a los muertos. ¿Sí recuerdas? «De las noches del año las de octubre son más bellas...» Sí lo son, es mi mes, aquí y en Yucatán y siempre. Con sus alas de noche un murciélago corta, al pasar, el claro de la luna. Al Ángel del Silencio lo enlazamos con una soga afianzada en el bómper del Studebaker, y cuando tu carro arrancó el ángel voló: dio un corto vuelo torpe de gallo y vino a descabezarse, en medio de la plazoleta, contra el duro adoquín. Addukkan, la piedra escuadrada... Hoy, filosa, la luna es un alfanje que corta cabezas...

Decapitado el Ángel de la Muerte, hemos ahora instalados, continuando la juega, en plena plaza de Envigado, nocturna, idílica, romántica, aunque con vocación de matadero. Duermen en sus blancos palomares las palomas, y la iglesia blanca también duerme, y duerme el cura párroco, ronca, mientras en competencia con el traganíquel a voz en cuello cantan los serenateros en las cantinas de enfrente. Llena está la ancha acera de mesitas con paraguas, o quitasol, o mejor sombrillas para proteger a los parroquianos de la luz demente de la luna. Unos cerdos, que han llegado en un carro de funeraria, se instalan en una mesa vecina.

—Conque muy contentos los muchachos, ¿no?, de parranda y con un Studebaker...

Y lo dicho, Colombia no soporta la ajena dicha: un Studebaker viejo y unos muchachos contentos son demasiado para su envidia: doble insulto con escupitajo a la cara. ¡Pobre país de insania que camina a pie limpio, amargado, desarrapado, con un puñal escondido, hacia la vejez!

—¡Ah riquitos gran hijueputas, conque se van a poner el pueblo de ruana, vamos a ver!

Y con sillas, mesas y botellas empezamos a ver.

¡Ponerse el pueblo de ruana! ¿Habrase visto mayor absurdo de expresión? Una ruana es un poncho, un cuadrado de tela con un hueco al centro para meter la cabeza. ¿Pero un pueblo? ¿Cómo se puede poner uno un pueblo de ruana, dígame usted? ¿Por dónde se lo mete? Es la expresión absurda que ha acuñado un país absurdo para decir en cuatro palabras todo lo que le cabe en las tripas de envidia y ruindad. Y si usted, pasando de lo figurado a lo real, se pone una ruana de veras, de paño o lana se la roban, pero eso sí, témale a quien lleva la ruana: debajo oculta un puñal. La ruana, como un machete filoso, es signo de muerte. Jamás se le ocurra pues ponerse en Colombia la vida o el pueblo o lo que sea de ruana porque se jodió. Envejézcase, enférmese, arruínese, quiébrese, jódase, y si no respira tanto mejor. ¡Y a un lado gran hijueputa que aquí gente es lo que sobra!

A los sepultureros se sumó un piquete de policía, con revólver y garrote y el alma criminal. «Conque poniéndose el pueblo de ruana los riquitos, ¿no? ¡Van a ver!» A una cuadra, bajo una lluvia de palos, queda la cárcel. Y en ella, en su oficina de entrada, la recepción, pasamos del bolero a la rumba: volaban tombos por sobre los escritorios y los taburetes y las máquinas de escribir. ¡Vive Dios que si no el pueblo, nos estábamos poniendo la cárcel de ruana! Entonces, con golpe seco, sonó el primer culatazo. Y otro. Y otro más. Con la cabeza roja, rota, encharcada, se desplomaba Darío. Bueno, ya tumbaron al principal borracho, esta batalla se perdió.

A cambio de la cabeza yo salí con un brazo roto, el izquierdo, con la muñeca partida, que soldó mal. ¿Y ahora con qué voy a tocar el Stradivarius? Por eso Colombia no tiene músicos, la policía los acabó. Y en tanto, en la oscuridad rabiosa, no sabía si estaba en un calabozo ciego, o si el ciego era yo. Poco a poco volví a ver. Ay, si los países fueran sus cárceles, Colombia sería un albañal. En cambio tiene ríos, limpios ríos caudalosos, y montañas y nevados y volcanes y garzas blancas y cóndores y un águila real que tiende el vuelo, lejos de este calabozo infecto, por sobre los blancos picos de los Andes. Pero no aterrice, amiga, porque paga impuesto de soltería y ausentismo y aeropuerto, y la policía, a garrote, le rompe las alas para que no vuelva a volar.

Cuando mis ojos se habituaron a la oscuridad del calabozo comprendí que estábamos solos y que mi hermano, perdido en la inconciencia, se desangraba en el piso. ¿Y los amigos? Que las bellezas se hubieran ido lo entiendo porque son pasajeras, ¿pero los amigos eternos, dónde están? Idos también, como pollos pelones... Colombia, gran pendejo, te bebe en las cantinas y jamás paga una cuenta. Desconoce el verbo «pagar» y el sustantivo «solidaridad». Y dizque es un país de gramáticos... Alójalo en tu casa y verás que algún día se marcha: tres, trece, treinta meses después, cuando se te haya bebido hasta la última gota, dejándote el bar vacío y una cuenta de teléfonos kilométrica, de cinco mil kilómetros a la China y a la Cochinchina y a la URSS. ¿Y para qué llamar tan lejos, a son de qué? ¡Cómo, hombre! ¿No ves que este país necesita aprender chino y hacer la revolución?

Por lo visto yo soy el que necesita, pero de la lobreguez de un calabozo para

reflexionar mejor, porque jamás he visto tan claro mi destino y el de esta tierra como esa noche de lucidez: era una celda oscura cerrada. Mézetelo bien en la cabeza, ahora que estás aquí, gran ingenuo: en esos vallecitos y montañas quiméricos, en esas encrucijadas de bruma, en esos barrios de tango, en esas cantinitas alucinadas, llueva o truene o resplandezca el sol, con el machete del campesino o con el puñal del atracador o con el rifle del bandolero o con el fusil del guerrillero o con la metralleta del asaltabancos o con la pistola del detective o con el revólver del policía, Colombia te matará.

Esta familia mía, por la parte materna, muestra a veces un comportamiento coherente, aunque inusual, a veces un comportamiento errático. El hijo menor de mi tío Iván es Gonzalo, una furia voluntariosa de algo así como cinco años, que traen de cuando en cuando a Santa Anita a perturbarnos la paz: ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!, se da unos cabezazos de padre y señor mío contra el duro suelo porque lo llaman «Mayiya», que sólo él sabrá qué querrá decir. ¿Hacia dónde corre el río? ¿Hacia dónde sopla el viento? ¿Hacia el norte? Pues hacia el sur me voy. Así tiemble o explote el volcán, el mundo tiene que hacer su santísima voluntad. Yo, que ando con el brazo en cabestro tras el atentado policial (Darío con la cabeza vendada), estoy en el antecomedor leyendo a Heidegger en una mecedora, meciendo mi aburrición, cuando pasa Gonzalo arrastrando un camioncito. Yo al punto con golpe seco cierro el libro para hacer un experimento de metafísica y humana alquimia a lo Gay Lussac: mirando ausente le digo al aire, como si el aire pudiera oír:

—Mayiya.

Y al conjuro de la mágica palabra se desata el huracán. Gonzalo tira el carrito y, viento de furia, corre, vuela hacia el corredor delantero. ¿Lo ven ustedes? Es el cacaraquiado principio de causalidad de Aristóteles: toda causa trae un efecto: «Mayiya», causa, desata un vendaval de furia, un efecto, ¿o no Santo Tomás?

Siguiendo la estela furibunda me voy corriendo al corredor delantero, a una azalea donde se ha ubicado el maldito, y arrodillándome para quedar a su altura con interés científico lo observo. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! ¡Qué trancazos! ¡Cómo no se rompe la tierra! El endiablado para un instante su redoble de golpes y me observa a mí. Entonces, con mi voz más dulce, empiezo a decirle al aire, pero para ir pasando a él:

—No sabían los thugs asesinos con quién se estaban metiendo al pretender estrangular a Sandokán: con el Rey del Mar nada menos, con el Príncipe de la Malasia. Sandokán saca su kris malayo (un puñal o cuchillo en media luna, torcido así), y ¡zuas! decapita al primero. Y ¡zuas! decapita al segundo. Y ¡zuas! decapita al tercero. Mas he aquí que de la copa de los árboles y lo profundo de la tierra caen, surgen, veinte adoradores de la diosa Kali, o sea veinte thugs. ¿Qué hará Sandokán?

Esto último ya se lo pregunto directamente a él, a los ojos. El niño, sorbiéndose las lágrimas, me mira interesadísimo, con una curiosidad infinita. Ya se ha olvidado de su desquiciada furia porque le dijeron «Mayiya», y emprende conmigo el viaje a la

aventura: cimitarras, pantanos, cocodrilos, socavones, caimanes, y al final de un río subterráneo la diosa Kali echando fuego verde por los tres ojos y con la panza llena, un horno hirviendo, de víctimas inocentes de su insaciable furor.

—Ella es la reina o diosa de los thugs, ¿ves?

Después le pongo un claro de luna espléndido iluminando la selva, y en un claro de la selva un palacio: hindú, con arabescos.

—Y por ese muro que ves escarpado, trepando por una escalerilla de lazos, sube Sandokán con su kris entre los dientes, a besarse con su amor, la hija del pérfido gobernador inglés de Palauán, noche a noche en lo alto del minarete.

El niño escucha hechizado. Tras el interludio amoroso, armo otra carnicería sanguinolenta con los thugs, y cuando Sandokán se ve cercado por cien de esos asesinos y todo parece perdido, entra a escena su lugarteniente Tágalo (los otros dos principales son Yáñez y Girobatol), «y se agazapa y salta». Y en un santiamén ganan la batalla: cien thugs no pueden con dos piratas.

—Entre Sandokán y Tágalo los hicieron añicos.

«Añicos», como si fueran vasos.

—¿Ves? Por eso Mayiyita no volvás a hacer rabetas, porque si no, vienen los thugs y te estrangulan.

¿Mayiyita? Me miró desconcertado un instante y luego, como motor de combustión interna al que le llega atrasada una chispa, sin pensarlo más estalla. ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! ¡Berrinche doble con redoble de cabeza contra el piso! ¡Bum! ¡Bum! ¡Bum! Después, claro, le salen en la frente dos chichones enormes, dos cuernos:

—Mayiya cornuda.

La abuela, que viene de la cocina, dice:

—Pero este niño está endemoniado. Habrá que llamar al padre Gómez Plata para que lo bendiga.

—Ni se te ocurra, abuela, que le vas a provocar un choque anafiláctico. Dejalo como está, sin exorcizar, y que los demonios agarren su ritmo. A ver, Mayiya, danos otro solo de percusión.

¡Bum! ¡Bum! ¡Bum!

—Más, más fuerte Mayiya que ya casi rajás la baldosa.

Darío, que llega en su Studebaker por la carreterita de entrada, saca por la ventanilla la cabeza (vendada como una momia) y grita:

—¡Mayiya brava!

¡Y otro costal de leña seca para embravecer la hoguera! Mas yo no tengo tiempo, como Epifanio Mejía, de pasarme cuarenta años en la Casa Grande oyendo zumbiar las cosas. ¡Me voy a Junín a ver desfilar bellezas! Todo ha cambiado mucho, Epifanio, no es lo mismo mi ciudad repleta que tu ciudad vacía. La población me rebasa.

Tara-ta-ta-tán, Tara-ta-ta-tán, Tara-ta-ta-tán... Es la banda del San José, son sus

tambores, cortos, secos, rutilantes, en el desfile del Corpus Christi por esta calle de Junín, calle mayor. Sobre el redoble insistente se alzan las trompetas, y apoyándose en ellas emprende el vuelo el clarín. Solitario va a romperse como un cristal en el cielo. Tara-ta-ta-tán, Tara-ta-ta-tán, Tara-ta-ta-tán... Pasa y se va la banda roja, flamígera, borlas y entorchados, y sigue una larga, gruesa serpiente verde y blanca: San José, el colegio, desfilando ante nosotros (Chucho y yo en la acera y la multitud apiñada), marchando de ocho en fondo, los limpios pantalones blancos, blancos, de blancura inmaculada, y verdes camisetas de seda fresca, luz y aroma entre banderas, pasando como una ráfaga de frescura en el calor. Cuarto de bachillerato, quinto de bachillerato, sexto de bachillerato... Los distintos grupos de los distintos grados van fluyendo en orden de estatura: altos, bajos, altos, bajos: Junín es un río-serpiente con oleaje. Chucho, impúdico, señala:

—Ahí va Andresito Gómez, ¡qué maravilla!

Y suelta la carcajada. Y sigue diciendo nombres, nombres y más nombres. Los que va nombrando nos miran de reojo al pasar, y el sonrojo se les sube a la cara. Así se ven mejor: verde, blanco y rojo.

Este que ahora viene es el Colegio del Sufragio, donde yo estudié.

—A ver, Chuchito, cuántos llevás de aquí.

Uno, dos, tres, cinco, diez... Pero deja la cuenta para gritarles:

—¡Bola de pendejos, aprendan a marchar!

Medellín, Medellín mío que pasas con tu juventud dorada, te me vas... Burum-bom, Burum-bom, Burum-bom... Es el Instituto Pascual Bravo del gobierno, casi un correccional, navajeritos de barriada pero ahora muy compuesticos ellos, muy solemnes, aplaudan mis señores. Retumba el pavimento bajo sus botas con golpes de marcha seca, exacta, cortante, como brusco palpitar de corazón. Y ahora viene el colegio marica de San Ignacio, de traje azul oscuro, corbata negra y cuellito almidonado:

—¡Dónde dejaron la sotana, tartufos cabrones!

Y el Liceo Antioqueño donde yo estudié, y el Instituto Colombiano donde también estudié, y el Calasanz de los escolapios, y el Marco Fidel Suárez y el Fray Rafael de la Serna y liceos y liceos y colegios y colegios y escuelas y academias e internados en un cuento sin fin. Porom-pom-pom-pom, Porom-pom-pom-pom, Porom-pom-pom-pom... Junín, el río, avanza hacia la vasta plaza, el mar...

A empellones por entre el gentío, Chucho y yo cruzamos la plaza de Bolívar hasta la Basílica. Revestidos de sobrepellices y casullas, los detentores del poder asnal offician desde el atrio. El pueblo, bufón y vándalo, reza, miente. De súbito se repliegan para abrirle paso a la alucinación: saliendo del bajo sol, entre rayos y dardos, vienen hacia mí las carrozas, los carros alegóricos, altares móviles entre los cuales advierto con dolor, flotando en su inmovilidad de piedra, el del viejo colegio mío del Sufragio: San Juan Bosco y Domingo Savio en estatua, rodeados de niños muy quietos que figuran inditos y una monjita y un padrecito misionero. El padrecito

soy yo. Inmóvil, desde lo alto de mi carroza, mis ojos entornados bajan del cielo y recorren la borrosa multitud, y al volver al vehículo de donde partieron descubren a la monjita frente a mí mirándome: la niña que jamás volví a ver, mi más lejano amor. Cuando regresaba nuestro carro con loca velocidad por las calles desiertas al colegio del Sufragio, San Juan Bosco se enredó en unos cables de la luz, pasó volando por sobre nuestras cabezas, y cayendo al pavimento se decapitó. Era la tarde de Cristo Rey, a quien está consagrada Colombia, pero ahora es la mañana de Corpus... Al aparecer desfilando el primer colegio de mujeres, el de María Inmaculada, Chucho Lopera jalándome de la camisa me dice:

—Vámonos, que ya empezaron a pasar estas perras flacas escuálidas.

Tara-ta-ta-tán, Tara-ta-ta-tán, Tara-ta-ta-tán... Jueves, día de Corpus, las bandas de guerra atruenan la mañana.

Llueve a chorros la lluvia atrabancada sobre el cuchillero barrio de Guayaquil, de mala ley. No es la lluvia verleniana que tamborilea dulcemente sobre el corazón y los tejados, ojalá: es el grosero chaparrón de los trópicos que desconoce el matiz. Moja putas, moja choferes, moja faldas, moja sotanas, en ráfagas dementes agota su furia concentrada el chaparrón. Yo, resguardado bajo el alero del cine Granada, desde una encrucijada del tiempo lo veo caer: sus gruesos goterones salpican a pedradas sobre el asfalto caliente, bajándole su acumulado ardor. En el cine, adentro, en la tibieza pegajosa de adentro, pasan una película griega por la que va y viene, como su madre la echó al mundo, una pastorcita impúdica que se da a quien diga «quiero», y entre cabras y sollozos, en un establo, acaba por malparir. ¿Cabras en un establo, cómo así? Como lo oye, es cine griego, ¡qué le vamos a hacer!

Y mientras adentro goza y sufre la pastorcita griega y el agua moja afuera a la multitud, pienso en esta unicidad mía irrepetible con su esplendor infame, que no se ha dado antes ni se dará jamás por más vueltas que den los mundos. ¿Pero qué digo, carambas, qué veo venir? Entre carreras y más carreras, ramera y más ramera, cruzan hacia mí la calle, chapoteando sobre los charcos, dos chiquillos emboladores, esto es, lustrabotas, con sus cajas de limpiar zapatos, sucios por naturaleza pero que me está bañando el cielo. Oh si en el limpio mar de la inocencia, donde chapotean este par de hijueputicas, sucumbiera mi frágil barquita... Y no es la demagogia del partido liberal la que habla, qué va, es el amor ecuménico de la Iglesia, que comparto yo: en mi amplio corazón sin distinciones caben todas las razas y condiciones sociales, con tal de que no pasen de los veinte años, la perra vejez. Ay Padre Eterno, Dueño del Cielo, Señor de generosidad y de milagros, a Ti que nada te cuesta dar y que desde hace tanto un séptimo día te sentaste a descansar, en esta tarde lluviosa por una vez al menos sirve para algo, ten alguna utilidad: dame uno de estos dos chiquillos sucios de cuerpo, limpios de alma, que ensopados, empapados, me acaba de traer el aguacero. Míralos paraditos muertos de risa, junto a mí. ¿Que son muy niños? Dámelos ambos. Catorce años que tenga el uno y catorce que tenga el otro suman veintiocho, nadie puede protestar. Y ya que en éstas andamos, yo de

pordiosero y Tú de generoso, dame también veinte pesos para los angelitos: diez y diez. Con eso de que aquí abajo, en este mundo que tan mal hiciste, por todo hay que pagar... ¡Pero qué caso iba a hacer el viejo inútil de largas barbas y oídos sordos, ni oyó! Oyó lo que las paredes al caer la lluvia, y los dos emboladorcitos, con sus cajas de lustrar zapatos y su blanca risa, como vinieron se marcharon, con el avieso chaparrón.

Son ya las seis y media y empieza a oscurecer. Se enciende el alumbrado público y se encienden las luces rojas, verdes, intermitentes de los anuncios de neón: «Fume Pielroja, Vuelva al Pasado, Tome Vinol». De súbito, como camión de escalera que frena en seco descalabrando dos que tres pasajeros, paró la lluvia sin avisar. E irisadas, enturbiadas por el vapor de los charcos que ascendía del pavimento caliente, me llegaron del traganíquel de una cantina cercana las palabras eternas del bolero: «Ansiedad de tenerte en mis brazos, musitando palabras de amor...» Pero yo entendía «musicando»: musicando palabras de amor... Atrás se queda ese pobre momento mío y solo, sin conocer a nadie, sigo mi camino Junín arriba, hacia el Metropol y el Miami, mientras cae la noche. Una ruidosa lluvia lejana, que moja niños y putas, encharca mi recuerdo.

Hay en el corredor delantero de Santa Anita, instalados bajo las vigas del techo, dos nidos de cucaracheros. El del ala del corredor que da a los mangos tiene pichones. Aunque no los alcanzo a ver desde donde estoy leyendo, los oigo piar y exigir cuentas. Leyendo es un decir, pues en realidad es la abuela, a mi lado en su mecedora, quien me lee: a Heidegger nadie menos, aunque en español, qué vergüenza, qué remedio, yo no sé alemán y ella menos. La voz de mi abuela se arrastra dificultosa, y yo por ratos la dejo que se vaya sola tras los arduos, necios pensamientos, para ponerme a pensar en cosas de veras trascendentales. Por ejemplo: ¿qué les estará dando de comer la pajarita a sus pichones en este justo momento? ¿Cucarachas como su nombre lo indica? ¿O regurgitaciones de insectos? ¿De arañas? ¿De grillos? ¿De mosquitos? ¿Será capaz un cucarachero de cazar un tábano feroz? Los pichones piden y piden, con qué algarabía, y claro, pierdo la ilación.

—A ver abuela, repéteme el párrafo ese que acabás de leer.

Lo repite.

—¿No viste que tenía un numeral? ¿Un doce? Te lo saltaste. Es una nota al pie de página. Leémela.

Me la lee. Con estos filósofos alemanes no queda de otra que explicar las palabras claves con notas, dos o tres por página. Así una simple palabra de Heidegger requiere mil en español. El traductor, por supuesto, también tiene que ser filósofo. ¿Y yo qué soy? Un infeliz, un desgraciado. Un pobre diablo al que le dio por la filosofía en un idioma farandulero, que para tal fin no sirve: nos vamos, desconcentrados, por las ramas tras el vuelo del primer pájaro, ¡y a ver quién nos hace aterrizar! Somos repetitivos, redundantes, periféricos: giramos y giramos dándole la vuelta del bobo a un huevo. No es el español un idioma riguroso. ¿O «rigoroso», cómo prefiere usted?

Desde que el Cid tomó a Valencia, hace mil años, le acometió al loro una diarrea por la lengua, y habla y platica y charla y parlotea, y aún no le diagnostican qué comió. Yo digo que en vez de alpiste pepitas de necedad. Los árabes, por la acequia, nos iban encauzando bien, y en huertos de albahaca y alhucema, jardines de azahares y azucenas, ya bebíamos el almíbar de la vida en labios de esos mocitos ensoñadores que nos tenían reservado, y lo perdimos, el generoso cielo de Alá. Mas vinieron los Sanchos y los Alfonsos, e incluyo al Sabio, el leguleyo, a cual más necio, patas de cabra, hocico de buey, vaho caliente, testas de becerro, a profanar el Alcázar, la Mezquita, la Alhambra, y en los santuarios de la delicadeza instalaron el olor a chivo de la cristiandad. Y hoy no puedo filosofar en su idioma cerril. Filósofos de España: ¡al terregal hortero a cultivar patatas!

Pero no divaguemos.

—A ver abuela, repetí la última frase, que no entendí.

—Ay m'hijo, ¿por qué mejor no leemos una novela?

—¡No!

Espadachines, romances, intrigas, pasiones, misterios, la fuerza de la sangre y el destino es lo que quiere oír. Pasa Elenita por el corredor y se le queja:

—Mirá Elena cómo me tiene este muchacho aquí amarrada.

Y la otra:

—¡Eh, ni qui hubiera matado un cura la pobre! ¿Qué pecado cometió?

—Todos, Elenita, todos, y vos también. Son unas pecadoras empedernidas ambas, y si hoy no tomo providencias, derechito van a dar mañana a la paila mocha. Así que a seguir leyendo sin protestar, que le estoy descontando a la abuela por lo pronto cinco o diez años de purgatorio.

En esto, cortándome el hilo del discurso, una inmensa algarabía irrumpió por la portada en dos carros chillones: el Studebaker de mi hermano y otro. ¡Pi, pi, pi, piii! Un vocerío y bocinas abriéndose paso por entre el polvo. Su servidor y su par de viejas salieron a recibir. Bajaron de los carros diez muchachos, diez borrachos, y al final una distinguida señorita: bajó sola, por sus propios medios, mirando con precaución dónde ponía el pie: en el estribo, no se le fuera a torcer el zapato de tacón alto, sin una mano comedida de caballero para ayudarla. Con sendos besos a la abuela y a Elenita se presentó: María Cristina no sé qué. Y mientras Darío y sus amigotes, con su aguardiente y mi tocadiscos (el simple, escueto, que cuando cumplí quince años mi padre me regaló), en el corredor de los filósofos armaban su gran juerga, en el centro, en las mecedoras, se instaló María Cristina con las abuelas a hacer visita. Yo aparte, en el opuesto extremo del corredor que da a los mangos, la oía hablar. Melosas, a jirones, entre raspas de cha-cha-chá y quejas de tango me llegaban sus palabras. Ponderaba las azaleas, ponderaba los jazmines, ponderaba los geranios.

—¿Y esa florecita blanca, como campanita, cómo se llama?

—Son los jacintos —informaba la abuela.

—Usted tiene una mano bendita para las plantas, doña Raquel.

Y ella, justa, modesta:

—Es Elena la que las cuida.

Y Elenita:

—Sí, soy yo.

Que Santa Anita era una delicia, que el lugar era aireado, fresco, que Elenita y la abuela eran adorables, se deshacía en comedimientos y halagos la muchacha, y al poco, compenetradas como vecinas de toda una vida, hablaban de macetas, de curas, de sirvientas, de recetas, hasta que a las dueñas de casa se les ocurrió irse a la cocina a prepararle a la visita un café, «o mejor un vinito de consagrar con galleticas», dejándome desamparado a merced de la intrusa. Y ésta, impune, sola, curioseando lo uno y lo otro se fue viniendo muy disimulada hacia mí, y con el hermano de su gran amigo Darío, conmigo, la araña, la mala, la mosca en la sopa entabló conversación.

No sé ni de qué hablamos; lo que sé es que me fue llevando por el ala oculta del corredor hacia el paraje lateral de la casa, un caminito de cascajo blanco que avanzaba, con enredaderas florecidas de campánulas (y lagartijas), entre los ventanales de la pared de la casa por un lado, y por el otro un alto muro empinado de piedra contra el cual me acorraló. E inmovilizada su víctima entre la pared y el muro, sin escapatoria, me aplicó un largo, sabio, concienzudo beso que me supo a cigarrillo. Luego, ceñido yo, prisionero, con su mano libre fue llevando la mía indefensa a sus senos, y allí empezó a desbocarse mi desconcierto: en vez de un tibio palpitar de tortolita sentí algo así como un duro casco de pelota vacío. Luego la mano perversa fue guiando mi mano cautiva por el ajustado talle hasta el centro de su ardor: una inesperada y dura, erguida rigidez. Entonces, liberándome, se quitó de golpe la peluca. Un mechón de pelo corto de muchacho le cayó por la frente, y en los ojos maquillados de esa cara empolvada y pintarrajeada de rouge brilló el brillo burletero de su risa. ¡Era Alvarito Restrepo! ¡Ay abuela, qué ingenuos somos, no era novia, era novio, un muchacho, cómo nos dejamos engañar! Alvarito se puso su peluca y María Cristina, muy propia, muy compuesta, regresó conmigo al corredor.

De la abuela y Elenita se despidió de beso. Y cuando Darío y su móvil juega se fueron con su aguardiente y su música y su María Cristina a otra parte, y tras la curva de los Mejías, por la carretera a Envigado, se alejaron los claxons escandalosos y se disipó el polvo, vueltos los habitantes de Santa Anita a la paz la abuela me preguntó:

—Decime una cosa muchacho, ¿nunca se te ha antojado casarte?

—Ay abuela, qué más quisiera yo, pero con esa vieja de Guayaquil que me tiene enredado con dos hijos ¡qué voy a poder!

—Mentiroso, no te creo nada, me estás diciendo mentiras para hacerme preocupar.

Tenía el pelo muy suave, bastante blanco, y se hacía una larga trenza que recogía en un moño. Y los ojos dulces, verdes, desvaídos... Abrazándola me la llevé de vuelta a la mecedora.

—Ay muchacho, no me apretés tan fuerte que me hacés daño.

No te estaba apretando abuela, es que te quería retener para no dejarte ir. ¿Pero cómo detener el carrete loco que suelta hilo y más hilo y ya se va a acabar?

—No me mezás tan fuerte, zumbambico, que me estás mariando.

—No te estoy meciendo abuela, ¿no me ves en la banca aquí lejos? Es que está temblando.

Entonces se puso en pie dejando su mecedora, y como cada vez que temblaba entonó el Magníficat:

—Glorifica mi alma al Señor y mi espíritu se llena de gozo...

La tierra nos mecía como a niños dormidos, desprotegidos, en un inmenso columpio, y mecía las grises melenas de largos rizos en sus zunchos, plantas colgantes que alegraban el corredor. Pero no estoy hablando de cuando era un muchacho, hablo de más atrás, más atrás, cuando era un niño. El pájaro espléndido de colores brillosos cruza volando, borrando toda huella de su paso con su aleteo.

Lo que el Gusano de Luz tenía en común con mis convicciones era una íntima fragilidad: nos habían construido sobre pilotes hundidos en el desbarrancadero. Por eso lo que pasó. Fue una noche entre las noches, noche mágica que empieza al conjuro de la lámpara de Aladino con una aparición: Javier Eladio: ojos verdes, moreno, dieciocho años y una sensualidad que no le cabía en los pantalones. Un don de esos que no concede el cielo sino cada cinco o diez años, si bien nos va. Solíamos coincidir en la calle, desde hacía tiempo, y en los cafés de Junín: lo miraba yo a él, me miraba él a mí, en silencio, pero lo que se decían las encendidas miradas era: apurémonos que esto se va a acabar. Después se interponía la vida con su gentío.

La noche mágica yo estoy en el Metropol, a una mesa con mi socio Jesús Lopera, y José Alfredo en el traganíquel pontificando: «Ando borracho, ando tomando porque el destino cambió mi suerte...» Y he aquí que se abre la puertecita batiente del final del zaguán de entrada y aparece, como Aladino en el Far West, Javiercito.

—Es ése —le digo a Chucho.

Y Chucho lanza un chiflido:

—Vení. Sentate. Cómo te llamás.

Él viene, se sienta y contesta.

Y Chucho:

—Tomate un aguardiente que hoy va a temblar.

He de decir de la noche inefable que entre Javier y yo apenas si se cruzaron palabras. Yo le hablaba indirectamente hablándoles a los demás, y él callaba: callaba su timidez para la cual ahora, recapacitando, encuentro una explicación muy plausible: Marta la Peluda, su mamá, puta ella de cuerpo y alma y de profesión: una mole inmensa, carnosa, absorbente, que no puedo describir en detalle porque sólo la vi una vez, y eso desde la oscuridad, a trasluz: con un vestido morado de lentejuelas y un cuchillo de carnicero en la mano. ¡Marta la Peluda! Muy mentada ella, ¡cómo no la conoció usted! Ejercía en La Curva del Bosque, que se pronuncia así: La Curva'el

Bosque, sin «d», uno de los cuatro barrios de tolerancia de Medellín. Los otros tres eran: Guayaquil, Las Camelias y Lovaina. Y otros más debió de haber, pero puesto que no los conocí no existieron. Del Metropol pasamos a Guayaquil, de Guayaquil a Lovaina, de Lovaina a Las Camelias. A La Curva'el Bosque no fuimos por razones obvias: la mamá, que era una fiera. Marta la Peluda, dicen, y van a ver, era brava como culebra de pintas toriada. De mesa en mesa, de cantina en cantina, con Raimundo y todo el mundo, para las once o doce estábamos en Las Camelias, donde la Noche sabia, la Noche ecuánime, dictó su veredicto: Chucho y un camajancito de La Toma; su servidor y Javier. Entonces, ya tan cerca del cielo, determinamos irnos al Gusano de Luz a pedirle a Clodomiro las llaves del reino.

Nos mandó al último cuarto, en el pasillo del traganíquel: un ancho cuarto cerrado, con la sola puerta de entrada y volado sobre el barranco, techo de vigas con telarañas, bacinica para borrachos y cama matrimonial. Más un foco de veinticinco bujías bajo cuya luz de cocuyo nos empezamos a desvestir. Mi viejo amigo, el viejo gusano verde, se retorció afuera en mambos y guarachas: adelante, atrás, atrás, adelante, con estrépito arrastrado por el piso de tabla. Adentro el tamboreo de mi corazón desbocado. El camajancito apagó la luz y según el reparto previo, el reparto tácito, volvió con su Chucho a la cama mientras Javier y yo, levantada el ancla, cortadas las amarras, nos embarcábamos para el viaje esplendoroso tanto tiempo esperado, sin sospechar siquiera que ante la ribera apacible nos aguardaba el naufragio.

Ahorro los pormenores. Lo que sí diré es que gracias a que íbamos por el agua no nos consumió el incendio. Ya se encaminaba la barquita tempestuosa de tumbo en tumbo con el buscado amor hacia la final ribera cuando brilló un relámpago: con brusco resplandor se abrió la puerta, la puertecita exigua, y a contraluz, cubriéndola casi, se destacó la mole inmensa, la ola inmensa morada de lentejuelas espejeantes, y arriba en la oscuridad un brillo filoso: Marta la Peluda blandiendo un cuchillo enorme de carnicero. Y energúmena, enfurecida, acuchillando al aire, despanzurrando al aire, con voz de trueno dijo:

—¡Con lo puta y verraca que he sido toda la vida, y con lo que me han gustado los hombres pa que me venga a salir un hijo marica!

A lo cual yo, preparándome a bien morir, a mal morir, paralizado, temblando, contesté para mis adentros con mi última lucidez: «Claro, el hijo salió con los mismos gustos de la mamá...» ¡Quién sabe qué hijo de la gran puta nos vio y le había ido a contar!

A ver Sherlock Holmes, a ver Houdini, el escenario es así: un cuarto ciego, cerrado sobre un barranco, con una sola puerta vedada por un cuchillo rabioso, oxidado, del tamaño de un sable. ¿Qué haría vuestra inteligencia escurridiza para salir? La mía nada. Y me puse a temblar como una rata acorralada en su ratonera presintiendo el peligro. Las ratas, usted sabe, las usan en China como sensores delicadísimos para anticipar temblores. Y lo que la rata asustada presintió ocurrió: al

ritmo del mambo empezó a sacudirse el piso, a temblar también la móvil tierra como temblaba yo, y se desató el terremoto. La primera viga que cayó del techo vino a dar contra la cabezota elevada de Marta la Peluda y la noqueó. Y noqueada, descalabrada, fuera de combate el íncubo se desplomó con su cuchillo.

De los pilotes que sostenían el edificio dos cedieron, inclinando el piso de tabla hacia el despeñadero. Y por el piso inclinado se deslizó el pesado traganíquel de lucientes colores, y tumbando la pared de la puerta entró al cuarto, y rodando, rodando, abriéndole un gran boquete a la pared opuesta se fue al barranco. Y tras el traganíquel, por el boquete abierto, se fue la cama matrimonial con sus cuatro ocupantes: bajábamos, bajábamos, perseguidos, en pelota, por un alud de vigas y de tablas y de discos y de techos: al fondo del abismo fuimos a dar. Javiercito enloquecido se ponía unos pantalones al revés, y corriendo, corriendo, por las laderas, por los caminos, por los atajos, por los senderos, se fue hacia el fin del mundo, y jamás, jamás, jamás le volví a ver. La luna satisfecha, con su sonrisa de oreja a oreja, alumbrando el paisaje naufragado comentó:

—¡Qué mal les fue!

Noche mágica en que se apagó una estrella: mi viejo amigo el Gusano de Luz, verde, difunto, construido en el aire como yo, un alienado sueño...

Por última y definitiva vez nos mudamos: del viejo barrio de Boston, que se venía a menos, al nuevo barrio de Laureles, que se venía a más: a una casa ancha y blanca, de jardín y balcón, y en el jardín una parra, y en la parra un loro, Fausto, de pésima condición. En la mañana, cuando caliente el sol, van y vienen sus hijueputazos a diestra y siniestra. Y eso que tiene novia... Con una casa de por medio, en la del Calvino, a quien el mal genio le tumbó el pelo, vive, llora, una cotorra llamada Doloritas. Se la trajeron de la Costa donde desempeñaba el oficio de plañidera: contratada en los entierros, iba ella, la pobre, la lora, deshecha, despelucada, encabezando el grupo de mujeres llorosas, dándole cuerda a su dolor. Cuántas veces en plena noche no la oí quejarse con voz quebrada, desgarrada:

—¡Ay, ay, por qué te lo llevaste, por qué!

Como nosotros somos quince, y vienen más, a doña Lía no le duran sirvientas. Así que ha habilitado a sus hijos mayores como tales, y para acallar maledicencias de vecinas (¡una señora tan distinguida y sin servidumbre!) nos llama a gritos con nombres de mujeres:

—¡Paulina, dale el biberón al niño!

Paulina soy yo.

—¡No puedo! —contesto con voz de trueno para que me oigan las susodichas—. ¡Si querés que coman tus niños, conseguite una sirvienta o no tengás más!

Así de grosero. Y ella, en voz más baja, enfurecida:

—¡Callate maldito que te van a oír de los cuatro vientos y de las casas vecinas!

—¡Que oigan de los cuatro vientos y de las casas vecinas, dejame leer!

Este diálogo de alienados tiene lugar de arriba abajo: yo estoy arriba leyendo, ella

abajo desordenando: sube y baja la pelota de la maldición. A Heidegger, claro, no lo entiende nadie en semejante manicomio. Quince o diecisiete hijos dan al traste con toda intención filosófica. Este que está berriando en su cuna, como energúmeno, se llama Manuel. Una furia de tres meses desatada. Oigan un poco: sale el berrido, el alarido, rebotando por las paredes hacia el cielo, y sube y sube puntudo, puntiagudo hasta ir a pinchar una nube negra cargada, preñada, y se suelta el aguacero. Me haría yo millonario sacándolo en rogativa por los terregales de España o México, como un dios Tlaloc o un San Isidro Labrador, y para la sequía santo remedio. Pero donde llueve y llueve y no para de llover, ay, aquí no sirve. El musgo asciende por los limoneros, los naranjales, asfixiando el alma. Dan unos limones y naranjas sin jugo, secos, rugosos, cascarosos. Y la producción filosófica por ahí la va. Sobra humedad.

—¡Callen ese tormento, carajo! —grita una voz anónima, destemplada, que me llega a caballo en uno de los cuatro vientos.

Ya sé quién es. Es el Calvino, de un genio atroz como su mujer Ifigenia.

—¡No más saxofón! —protesta a media noche el descomedido.

Y yo, con la misma rabia:

—¡Es trompeta y con sordina, no saxofón, animal!

Saxofón es lo que toca Darío, ¿ven?

Bueno, no queda más remedio que levantarse a inspeccionar a Manuel no sea que lo haya mordido una culebra, pues una rabia tan reconcentrada se pasa de lo usual.

—¡A ver, qué tenés, qué te pasa, berrinchudo, llorón!

Lo desenvuelvo y lo reviso: dos manos, dos piernas, veinte dedos, dos pies...

—No tenés nada, estás completo, lo que pasa es que estás sucio, ¡por qué no decís!

Ahora fíjense, apunten por si algún día Lía los invita a su casa, que lo voy a bañar. Se toman dos poncheras de agua tibia, toalla, talco, crema, jabón, alcohol, un diente de ajo y una pizca de sal. El alcohol es para usted, o para frotar al bebé. Lento, lento, sosteniéndolo con las dos o tres manos derecho no se le vaya a quebrar, se va bajando al infante hasta la superficie del agua, sumergiéndosele con delicadeza para evitarle una brusca impresión. De ello depende que no le tome en lo futuro manía al agua y se vuelva un señor sucio, hidrofóbico. Se enjabona, se enjuaga en la segunda ponchera, y cuidando de no regar mucha agua en el piso con el pataleo furioso, se le deposita en la cama grande de sus papás, sobre una toalla también muy grande con que se seca de prisa, y se frota con el mencionado alcohol. Se evita así un enfriamiento, una pulmonía, un entierro con subsiguiente regocijo de vecinos, que no puede ser. La crema, en fin, se le unta en los engranajes centrales que movilizan los miembros del pataleo, y el talco es para que no lo corroa el orín.

Ahora segunda parte, a vestirlo. Se viste así: en los pies van los escaarpines y en las manos las manoplas. Una faja de bayeta lo circunda por el ombligo, si no, se quiebra pues el bebé antes de los cuatro meses, cuando se sienta, no es plegadizo. Con la faja equinoccial un primer pañal de combate, que se asegura con dos

prendedores de gancho, forma un calzón. Otro calzón de caucho o hule se le aplica encima, y haciendo girar al muñeco con vueltas y más vueltas se le enrolla en un largo, fresco pañal de algodón, que no pica, y que a su vez se fija con prendedor grande o nodriza. Si el futuro presidente chillar es que usted lo pinchó. Si no, todo va bien. Con la salvedad de los brazos, que van libres, el resto queda inmovilizado, enrollado como momia egipcia. Una camisita fresca de manga corta y un vestidito largo de manga larga, tejido y cerrado abajo en forma de funda, acaban el conjunto. Ah, y un gorro también tejido, para la cabeza. La mamá los teje durante el embarazo, con mucho amor e hilo calabrés. En mi casa los que han utilizado los veinte hijos son los mismos que ella tejió para el primogénito, tiempo ha. Así, claro, la tarea de traer hijos al mundo se facilita. Después se vuelve rutina.

Limpio y rozagante, Manuelito por fin está contento, y yo por fin habré de leer a Heidegger sin interrupciones. Le doy al niño un beso (a falta de poderlo esfumar), y vuelvo a mi sillón a enfrentármele al Ser y al Tiempo. Y ya estoy desenredando el embrollo metafísico, ¡y que recomienza a berriar el maldito! Como un resorte me levanto y como una flecha vuelo hacia la cuna hecho un demonio, con la determinación en el alma de sacarlo para tirarlo por el balcón. Mas qué veo: el niño tal como lo dejé: beatífico, sonriente, plácido. Y sin embargo oí bien. Pese a ser yo quien soy y a venir de donde vengo, no sufro alucinaciones. Visuales sí, pero auditivas no. «¡Shhhhh!» me digo acallando la alarma interior, y he aquí que de súbito vuelve a irrumpir el berrido en el silencio. «¡Viene de abajo!» Bajo la escalera como una tromba: «¡Alguien lo grabó! ¡Alguien lo grabó!» Sí, en efecto, alguien lo grabó: el loro Fausto. Aprendió a berriar con una fidelidad fonográfica como Manuel. Todos los quiebres, toda la exasperación, toda la furia. Aferrado en el tallo central de la parra toma impulso para lanzar el do de pecho, el chillido, y formidable se va el chillido hacia el cielo a despanzurrar su nube. Un instante después siento en la cabeza las primeras gotas del aguacero.

—¡Ay Fausto, lorito mío, cómo puedes ser de maravilloso! ¡Viejo como estás y aprendistes a berriar!

Le tiendo el dedo, la mano para que suba, y él da un paso, otro, otro, avanzando por mi brazo con sus patas, sus manos viejas enguantadas de arrugas. Y me lo llevo escaleras arriba donde Manuel:

—Mirá Manuelito lo que te traigo: un loro berrinchudo como vos.

Manuelito lo mira y Fausto, sin hacerse de rogar, se entrega a su berrinche.

—¡Uaaaaaa! ¡Uaaaaaa!

Y mientras el loro llora, grita, se agota en su propia cuerda, Manuelito y yo nos desfondamos de risa.

—¡Jua, jua, jua, jua, juaaaa!

Entonces Fausto para su exhibición en seco y me mira, nos mira con esa mirada suya oblicua, atenta, de inmediata comprensión. Y al punto con la palabra contundente que tan bien sabe, nos corta la risa:

—¡Hijueputas!

Por lo pronto, en México ha muerto Juan Arvizu. ¡Murió y ni quién se enteró! Venía la Bruja conmigo cuando leí la noticia, pequeñita, en un diario de ayer: una hoja suelta caída en un charco. Nos detuvimos un instante a leer el robo a una fábrica de escobas (¿Para qué las querrán? ¿Para otra bruja? ¿O para un museo?), cuando qué veo, abajo se encogía el minúsculo titular: «Falleció el cantante Juan Arvizu, de los tiempos de la vitrola», o algo así. De los tiempos de la vitrola... ¿Habrás visto peor insulto? ¿Y los que escriben de cuáles son? De los del amplificador y el micrófono, cuando cualquier marica afónico canta. ¡Y sin embargo sepan los del periódico que la fama de Juan Arvizu tapó medio sol! Llenó una época: dos, tres, cuatro décadas. Después, poquito a poquito se eclipsó. De modo que al llegar la Muerte igualadora se fue tan calladamente como se fue mi vecino, anónimo igual que el día en que nació. Entró como si regresara a su cajón de olvido, a su cajón de viento.

Lo único que se me ocurre es correr. Y corro y corro por sobre los países y los tiempos y las montañas hasta llegar a Colombia, e irrumpo como una tromba en el Gusano de Luz:

—¡Clodomiro, pronto, pronto, prendé el traganíquel y poné «Nuevamente vendrás hacia mí» que se murió Juan Arvizu!

Y él:

—Ni sabía que estaba vivo.

Tampoco tú estás vivo Clodomiro, Clodomira, hace mucho que tu Gusano de Luz se despanzurró. Así que guardate tu suficiencia, tu impertinencia, aunque pensándolo más despacio tal vez no andés tan despistado, no puede estar vivo ni muerto quien es un sol. Muerto, tal vez, en su país sin memoria, y vano y necio, en una hoja amarillenta en el fondo de un charco. «Nuevamente vendrás hacia mí, te lo aseguro. Cuando nadie se acuerde de ti tú volverás...» Entonces, cumpliendo las palabras ineludibles del bolero, desde el fondo del charco, del olvido, Rodrigo ha vuelto. Y en tanto suena en el traganíquel Juan Arvizu volvemos al cuarto: al centro, bajo la luz rojiza, la luz polvosa, el catre de latón del general. Lo que no sabría decirte, Rodrigo, de esa luz que se cuelga por una grieta que da al barranco, es si es la luz del ocaso o del alba. ¡Qué más da! Entremos de prisa, de prisa, que acabada la canción se acabó esto. «Cuando estés convencido que nadie en el mundo te pueda querer como yo, tú vendrás a mi lado, sé muy bien que vendrás». Vivió tanto Juan Arvizu, sol de mi juventud, que aunque yo era un joven y él un viejo al final nos igualamos. La vejez nos emparejó.

Esta noche, en ese otro país donde el balcón es «volado» y la silla «taburete», me paseo por el volado arrullando a Manuelito. Voy y vuelvo de extremo a extremo con el niño en mis brazos, explicándole las hijueputeces de la vida. Como él nació en la casa de Laureles, que es de ladrillo, no sabe de los alacranes de la casa de Boston, que era de tapia. No sabe que los alacranes, si se les envuelve en un círculo de periódicos encendidos, vuelven contra sí mismos su terrible aguijón y se inyectan la

ponzoña. Cercados por la adversidad se suicidan. Con ese pecado de mi niñez, que en lo que me reste de días no alcanzaré a expiar, ahora lo sé, me estaba quemando el alma. Porque el alacrán es mi signo, signo de fuego.

Míralo, Manuelito, dibujado entre la infinidad de figuras o constelaciones que en el cielo forman los astros. A medio camino entre el Triángulo Austral y Libra... ¿lo ves? Son sus estrellas Antares, Graffias, Dschubba, Wei, Sargas, Girtad, Shaula, Jabbah, Al Niyat, Almyat, Lesath. Antares, estrella doble de luz rojiza, gigantesca, que multiplica en noventa y un millones de veces al sol, es el alfa, es la cabeza de donde parten los dos garfios con sus pinzas. En el filo de una pinza está Dschubba, y Schaula tiene en la cola el veneno del aguijón. Mira ahora el Pez Austral, mira la Cabra, mira a Sagitario, mira el Escudo, mira al Centauro. En el cielo hay de todo. Hay Leones y Arqueros, Águilas y Serpientes, Saetas y Lobos, pero la más cruel, la más dura, la más infame de las constelaciones soy yo: el Escorpión. Impreso en las oscuridades insondables para la Eternidad.

Pero ni eso. Ni siquiera. Las constelaciones son ilusorias y efímeras, espejismos pasajeros. Cree el observador ingenuo ver en ellas un toro, una balanza, un pez y acomoda los trazos. Como en el amor, ¿no? Uno ve lo que quiere. Y al cabo las constelaciones se deshacen y toman rumbo aparte sus estrellas, a veces rumbos opuestos como los tomaremos sin duda tú y yo. No hay constelaciones, Manuelito. Lo que hay en realidad son estrellas viajando solitarias.

Caía la vasta noche amparadora sobre Medellín y mi casa, y solos, juntos, juntos absolutamente por un instante, se fueron mi sino y el tuyo, niño, en pos de esas estrellas viajeras, enredados en sus coordenadas luminosas. Era la víspera de la navidad y se habían ido todos y nos habían dejado a los dos solos cuidando la casa: mil cachivaches viejos de mil años que la rutina acumuló. La tibia noche caía entre villancicos y sonajas, rezaban por donde quiera la novena que precede al advenimiento de Jesús. ¿Los oyes? Ya están en el penúltimo día. Mañana la oscuridad azul se encenderá de globos y de fuegos de artificio aun más fugaces que esas estrellas que te mostré. Hoy es 23 de diciembre, víspera de la noche más feliz, más venturosa: para ti Manuelito, para los niños. No para mí.

Bajo ahora de esas alturas siderales a las que de cuando en cuando me remonto siguiendo una tradición pascaliana que no sé de dónde me viene, para presentarles (regalarles) a mi amigo José Ruiz, dueño del almacén Don Camilo de ropa para caballero, en Junín, Medellín, aquí en la tierra. El almacén es uno cualquiera, pero el dueño no, es excepcional. Para proceder en orden retórico respecto a sus varias, muchas singularidades, empiezo el retrato hablado por arriba, por el techo; esto es, el no techo pues carece de pelo, está desentejado. Lo conocí de peluca negra brillante a lo compadrito, que usó por años hasta un otoño del Central Park neoyorkino en que el viento se la llevó. «Gone with the wind...» Dicen que terminó enredada en unos cables de la luz, pero en honor a la estricta verdad que me he propuesto en este libro, no lo vi. De regreso a Medellín, eso sí, se chantó una boina escocesa de cuadros rojos

y blancos, a la que hacía juego una bufanda de igual diseño.

—Con ésa te van a ahorcar, José —le digo por amistad.

Me contestó:

—¡Uah!

Sonido gutural suyo que quiere decir «¡Qué va!» Y he aquí que un día de esos que avanzan por Junín hacia las cinco de la tarde, en pleno cruce con Maracaibo se quitó la boina escocesa, y la ciudad asombrada no lo pudo creer. ¡A Don Camilo le estaba saliendo pelo! Esto es, no al almacén, al dueño... Envanecido, con los primeros aguardientes soltó el secreto: excremento verde de pájaro chouí, que le expedía del Paraguay, en unos frasquitos lacrados, su amigo el dictador Stroessner. Le salieron cuatro pelos hirsutos, como antenas, como alambres electrizados que agarraban mensajes de Marte.

—Tené mucho cuidado José —le aconsejaban los amigos—. Cuando haya tempestad metete bajo la tierra en un bunker no te vaya a caer un rayo.

Y él:

—¡Uah!

Debajo del susodicho pelo una cabeza, una cabeza de cincuenta, sesenta, setenta años e incluso más, vividos enteritos al servicio del tiránico señor que le ordenaba a gritos desde la panza:

—Mirá José la belleza que se acaba de meter al Metropol.

—¿Uál?

—El de blue jeans.

—Jajelobjé.

O sea: ya me lo acosté. Y es que, maravilla en esa caja de maravillas, lo más extraordinario de José Ruiz era la voz: macha, cascada, tartamuda, gutural, antioqueña. Hablaba en escritura cuneiforme.

—Ababaabajijojajijio.

—¿Qué dijiste, José?

Dijo: «Venite conmigo a la finca y te doy unos calzoncillos». Su amigo Emilio, de toda una vida, era su traductor oficial, intérprete de esa caja de música para el resto de los mortales. Les escribí a los del Círculo de Praga anticipándoles, con una sola vuelta que se dieran por el almacén Don Camilo, una revolución bolchevique en fonética. Pero no contestaron. Pienso que la carta la interceptó la Komintern, y algún agente se la guardó para robarse las estampillas.

Para terminar con José Ruiz les diré que infinidad de veces me prometió llevarme a su finca de Quitacalzón donde me iba a obsequiar una de sus infinitas bellezas que le sobraban, migajas del gran banquete para su amigo el perro. Jamás cumplió. A mi devoción, a mi admiración, a mi simpatía respondió con palabras de viento. Yo le perdono. Y antes de que la muerte nos empareje y se lo acaben de desfondar los gusanos, generoso, sin resquemores, en pago le dedico este recuerdo.

La marca de mi moto es Lambretta. Costó dos mil pesos, y al cabo de diez años y

diez choques la vendimos por diez mil. O se devaluó la moneda o se valorizó ella, o ambas cosas las dos juntas al mismo tiempo y a la vez. El comprador, émulo de mi tío Argemiro, debió de razonar así: «Si resistió tanto quiere decir que es muy fina, y puede resistir mucho más». Sumando los kilómetros recorridos, a cien por hora (lo más que daba), venían resultando, tras sucesivos borroneos de la cuenta por agotarse el marcador, unos ciento noventa viajes a la luna o dos a Marte, según mi tío Ovidio, el sabio, calculó. La verdad es que esas infinitas distancias, más que yo las recorrieron mis hermanos, a quienes se la heredé tras mi espectacular caída, una noche, en un bache. Y era sin embargo noche de plenilunio, cuando en Colombia un cristiano alcanza a ver quién lo mató.

Volvía yo de Santa Anita y de un crepúsculo de amor y cafetales, por la carretera de Envigado a El Poblado. A la altura de la finca Oviedo se abría el bache inmenso, que no vi por ver la luna: de cabeza fui a dar contra el pavimento. Con la moto patas arriba aún rugiendo, me levanté palpándome mi estructura corporal, y al muchacho que traía atrás en la llamada parrilla, quien al igual que yo se levantaba:

—¿Estoy vivo? —le pregunté.

—Sí —contestó él, sin saber bien si él lo estaba.

Era Néstor el Pato, así nombrado pues caminaba como tal. El defecto, al fin de cuentas, se le trocaba en cualidad por realzarle su par de espléndidas cualidades. Con las bellezas pasa así: los desperfectos se hacen virtudes.

Merced a cuatro discos long-play y una semana de espera, accedió a acompañarme a Santa Anita. Al cafetal. Y entre los verdes cafetos florecidos de rubíes, abanicados por las anchas hojas de las matas de plátano, pasando lentas las nubes por el cielo y por la hojarasca del suelo una lagartija veloz, la tarde fue discurriendo filosófica y nosotros sentados en una piedra. Al fin, bajo el rojizo resplandor del ocaso, lo fui volcando suavemente como en novela de Vargas Vila sobre el humus primigenio, la antigua tierra que todo lo abarca y lo comprende. Débil, quedamente, todavía, con una de esas originalidades suyas protestó:

—A mí me gustan las mujeres.

Lo cual no dejó de asombrarme un poco en un pato.

—A quién no —contesté, y sin más dilaciones sellé con mis labios los suyos.

Patos, gatos, perros, burros, de todo me ha dado la vida, generosa aunque tardada; hasta algún ave de presa sanguinaria como un halcón cuchillero.

Anoche volví a soñar con la Bruja, que se ha apoderado de mis sueños. Íbamos por una carretera estrecha como la de El Poblado pero de excesivo tráfico, yo en mi Lambretta y ella detrás de mí corriendo, rebasando trucks y camiones en zigzag. De súbito, tras una curva, en una recta, que se sale ella de la carretera y se va hacia las casuchas de un alto polvoso donde corretean unos perros. Rápido, rápido, con imprudencia, dejando que siga de largo la Muerte que pasa cerquita en un truck, me salgo también de la carretera y me voy tras ella: «¡Bruja! ¡Bruja! ¡Bruja!» la llama mi angustia. Bajo de la moto, subo corriendo, entro a la casa y agitado pregunto: «¿No

han visto por aquí una perra negra, alta, gran danés?» Cinco, diez moradores, locos furiosos que apenas si me contestan con la cabeza: «No». Mienten, sé que mienten, la vi entrar, y vivo el instante más aterrador de la existencia. Se me ha perdido la Bruja, me la retienen, ¿qué voy a hacer? ¡Echarme bajo las ruedas gigantescas de un truck! Entonces ella, que me ha oído, sale del interior oscuro del laberinto seguida de un perro roñoso, meneando la cola. «Vámonos Bruja» le dice quedito mi apremio. Y nos vamos, yo prodigándome en agradecimientos. Los monstruos, que por lo imprevisto de nuestro reencuentro no alcanzan a reaccionar y pierden su presa, ensopados por el chaparrón de mi gratitud nos dejan partir. Al cruzar el umbral de la puerta percibo en sus caras cortadas el odio, una expresión como de desidia y desprecio que significa, y acaso lo digan: «A qué agradecer tanto si no te la entregamos, pendejo, ella sola salió».

Bajé la cuesta con la Bruja preocupado, temiendo que ya nos hubieran robado la moto. Nada de eso, no hubo tiempo, todo fue muy repentino, sigue donde la dejé: en la gasolinera polvosa, desnuda ante las miradas rapaces de infinitos hampones. Mi timidez ante extraños le reprocha a la Bruja en voz baja: «¿Por qué te fuiste así? ¿Me quieres matar? ¿No ves que no tengo otra cosa en el mundo que tú?» Y ella: «Es que me llamó un perro amigo que conocí en Turquía». Al dar la patada que enciende el motor, «¿No te quieres venir conmigo en la moto?» le pregunto a la Bruja. «No», me contesta mi hermana Gloria. «Prefiero seguir corriendo». No sé por qué incongruencias del alma, o por qué caminos del sueño, en la encrucijada polvosa de esa gasolinera de dolor, tras el mortal peligro, Gloria era Bruja y Bruja era Gloria. Bañado en sudor despierto comprendiendo mi insensatez. ¿Cómo pude haberla llevado por semejante carretera estrecha, rebasando vehículos inmensos, desprotegida corriendo detrás de mí? Yo bien hubiera alcanzado a salvar en mi moto el choque fatal y ella no.

Un trago en cada fonda del camino. Para estas carreteritas de Antioquia, destartaladas y ruinosas, no hay otra fórmula. Se baja uno, se toma su aguardiente, y a seguir, de curva en curva, soñando, delirando, tragando polvo.

—Cinco aguardientes para los que vamos aquí, ¡pero dobles!

Sobre el burdo mostrador de tabla verde, el tendero los sirve con su pasante: unos pobres confites pueblerinos con sabor a anís y a menta, a tierno amor campesino bajo los cámbulos florecidos, o tras los juncales gráciles en el remanso del río, agua fría que hierve en el gran charco de sardinas escurridizas, escamas de brillos plateados rozándonos con su caricia fugaz la piel desnuda mientras arriba, a ras del tiempo, cruza con su vuelo torvo el gavilán. Ésa es Antioquia la mía. Era.

—Dígame una cosa señor, y perdone la indiscreción. ¿A cuántos han matado aquí?

—¡Qué va hombre! —dice el tendero—, aquí a ninguno.

Y mira al techo o a la pared. En la pared hay un almanaque viejo, de mi año, el año en que yo nací. Pero en vez de tenerme a mí en pañales tiene una rubia

espléndida, atrevida, anunciando en traje de baño una cerveza en el calor. Hay también en la pared un letrero de lata verde oxidada y letras blancas en relieve herrumbroso que me contestan, mansas, cuando las miro: «Urosalina». ¡Urosalina! Es un remedio antiguo que no sé para qué sirvió, pero que lo anunciaban en las tapias de los caminos y lo vendían en las boticas, como en esa farmacia Pasteur de esa plaza de Cisneros de ese barrio de Guayaquil de esa Medellín mía y de mis abuelos que se fue. Llegaban a la plaza los arrieros con sus recuas cargadas de bultos y racimos. A los arrieros los reemplazó el hampa, y al hampa nada y su vacío lo tengo que llenar con recuerdos. Urosalina... Una voz en la radio, el nuevo invento, la anuncia así: «¡Urosalina! U-ere-o-ese-a-ele-i-ene-a», deletreándola a toda velocidad. ¡Urosalina! Cierro los ojos y la veo escribirse rápido, de un solo trazo, sobre la última tapia, cuarteada, calcinada, pero aún en pie, de la última casa, del último pueblo que quemó la violencia partidaria. Por su ventana abierta, que da al vacío, cruza una bandada de loros fanáticos pregonando: «¡Viva el gran partido conservador! ¡Mueran los liberales!» O viceversa. Porque si sube también baja el balancín. Se van los loros por el platanal y empinan el vuelo rozando la cruz de una tumba, el penacho de un plátano, llevándose al cielo, a jirones, el verdor de la tierra.

De tenducho en tenducho por esas carreteras olvidadas, llegamos una noche en el Studebaker a La Quinta Porra, la última fonda, donde acaban los caminos. En noble lenguaje de arrieros, matiz de más, matiz de menos, La Quinta Porra significa el fin del mundo. Más allá de ella no hay nada, sigue la nada cortada a pico, el acantilado del No Ser, el tope del Septentrión. Como por mandato de la varita de Moisés, de ese acantilado hueco brota un arroyo o quebrada, la Santa Elena, alias La Loca, que el día de la Santa Cruz se despeña, formidable, furibunda, perturbada, sobre Medellín a atronar mi infancia. Tales fueron sus estropicios y desmanes que la tuvieron que entubar. Le pusieron camisa de fuerza y la metieron en cintura, en hondos atanores bajo el pavimento. Y hoy son sus compañeras de reclusión las cloacas. Sólo yo en la ciudad olvidadiza oigo su queja. Desde su reducto de aflicción, con su voz de agua enturbiada, me llama por mi nombre. Dice que me conoció de niño, ella subiendo y subiendo y yo parado en la ventana.

—¿Cuál ventana?

—La de cierta casa de cierta calle de Ricaurte, vestido justamente usted con la ropa de su señora mamá.

—¡Shhh! —la callo—. No digás más, mujer, que vas a despistar al psiquiatra. Lo vas a mandar a la dirección errada. Y allí no se encuentra el que soy. Quizá en otra ventana...

De las intemperancias de antaño de la quebrada La Loca, de sus pasados ardores nada queda. Eco de mansedumbre, amurallada, se muere en un socavón.

El eterno borracho de siempre, José Alfredo, metido en su traganíquel cantaba en La Quinta Porra. «Tú sólo tú, has llenado de penas mi vida, abriendo una herida en mi corazón...» En el mío sigue cantando ahora y por alquimias del recuerdo surge,

del desván de las presencias desvanecidas, Carlos Álvaro Isaza, del barrio de Manrique, con su esplendor de dieciocho años. Y puesto que en La Quinta Porra se acaba el mundo y lo que se acabó se acabó y no hay hacia dónde seguir, allí nos quedamos: echándole moneditas de veinte al traganíquel y aguardiente al alma. Para las doce, hora de las brujas en esa noche cerrada, emprendemos el retorno a Medellín.

Con su cupo completo, como llegó, volvía el Studebaker, Darío manejando y atrás conmigo el muchacho, a mi lado. Curva a la derecha, curva a la izquierda, nueva curva a la derecha, nueva curva a la izquierda, bajando, bajando, meciéndonos la carretera en su espiral embriagadora, arrullándonos, lanzándonos uno al otro en brazos del esquivo amor. No hay, amigo, mejor alcahueta que una carretera que baja de curva en curva por una montaña, a ritmo constante, enajenado. La gravedad y la inercia trabajan por la causa del amor, ¡y que conspire el mundo y sus jesuitas!

Todo fue bien hasta que se le durmió la mano al chofer y nos seguimos de frente, hacia la oscuridad del rodadero. Y ahí vamos en picada, pero en línea recta y con los pies bien puestos en el suelo. Nuestro Studebaker, acaso por lo tan enseñado que estaba a bajar a todos los abismos del alma, supo caer. En vez de irse dando tumbos y volteretas y payasadas de maromero, siguió con sus cuatro llantas firmes, lúcido, en sano juicio, barranca abajo abriendo trocha por los matorrales de la ladera, y así diez metros, veinte, treinta, ochenta, una cuadra, cien, hasta que caímos, aterrizamos, suavemente como en colchón de plumas, en la última curva, a la base misma de la cordillera, en Medellín de la Candelaria. Saliendo del vehículo atolondrado su servidor, que no fuma, encendió un cigarrillo Pielroja, y su mano irresponsable, inexperta, tiró el fósforo prendido a la buena de Dios. Como punta de flecha que encendiera el mágico Arquero, se fue el hilo de fuego recto, hacia arriba, a cordel, por el rastro de gasolina que dejó al bajar el carro. Diez metros, veinte, treinta, ochenta, una cuadra, cien, subió la flecha ígnea e incendió la montaña.

Entonces en la noche ciega fulguró el prodigio, aleteó el milagro. Como cuando usted enciende un fósforo en una caverna y echan a revolotear los murciélagos, así en la montaña de Santa Elena incendiada rompieron a volar las brujas. Cientos y cientos de brujas sacadas de sus nidos en pelota. Viejas gordas procaces y viejas flacas de nariz ganchuda y de mentón en punta. Todas, todas las brujas de Medellín y alrededores, es a saber, de Itagüí, Envigado, Bello, Caldas, La Estrella, Girardota, vociferantes, chillonas, huyendo en un revuelo de escobas a la voz de que «Se nos vino encima la quema de la Santa Inquisición». Cuánto quisiera que estuvieras hoy aquí conmigo abuela, tú que fuiste tan experta en brujas, para preguntarte: ¿Qué demonios hacían esa noche, noche oscura y cerrada, en una ladera de líquenes y helechos, en una montaña pelona? ¿Un aquelarre? No puede ser. Yo entiendo que para el aquelarre se van al país vasco, a un claro de luna en un valle de Guipúzcoa donde tienen instalado su macho cabrío, cornudo y lujurioso, el Gran Cabrón.

Buscó el afilador, fue a la cocina, cogió el cuchillo, le sacó filo, se lo guardó en la chaqueta, salió a la calle, tomó el camión, bajó en el parque, caminó la avenida, dobló

en el callejón, entró al edificio, subió la escalera, metió la llave, abrió el apartamento, cruzó el pasillo, llegó al último cuarto, vio al hombre azorado, extrajo el arma y se la enterró en el pecho, del lado del corazón. Seguido por el asesino, con el cuchillo aún enterrado y brotándole a chorros la sangre, el hombre alcanzó a bajar la escalera y salir a la calle gritando, bendiciéndolo:

—¡Este hijueputa me mató!

Se desplomó sobre el asfalto y la muerte compasiva lo acogió en su inconmensurable imperio.

Lo anterior lo estableció el sumario. Y los nombres de los implicados: Luis Cortés la víctima, y Carlos Álvaro Isaza el victimario. Lo que nunca se pudo establecer fue: por qué lo mató. Si Luis era un hombre bueno y el muchacho también. Al muchacho ustedes lo conocieron, se lo presenté una noche en La Quinta Porra: el muchacho de Manrique, espléndido, que venía conmigo en el Studebaker, en el asiento de atrás, por esa montaña de Santa Elena cuando en la peor hora nos desbarrancamos, dejando lo empezado empezado. A la mañana siguiente, ni un día más ni un día menos, ocurrió lo dicho. Nada explicó el muchacho, nada alegó en su defensa, se hundió en su mutismo. Treinta años le chantaron y lo nuestro se quedó en el aire.

Con sus balcones aireados y sus amplias arquerías, blanca sobre los tejados rojos de Enciso, la cárcel de La Ladera, vista de lejos, mueve a la ensoñación. Uno se va a Casablanca en un tapete volador comprado en el mero zoco de Bagdad. Ya de cerca, adentro, viviéndola, La Ladera es otra cosa, la sucia realidad: celdas oscuras, albañales, por entre pasillos de altas rejas que dan a cinco patios de encierro donde se pasea enjaulado, enfurecido, yendo y viniendo en la ceguedad de su odio el humano dolor. A uno de esos patios fui a buscarlo un domingo, una mañana, a la hora de las visitas, a llevarle un pastel y un dinero. Un pastel que diligentemente revisaron a mi entrada los guardianes: diligente, pero no eficientemente pues adentro venía el cuchillo, el mismo con que había matado a Luis Cortés y que le compré al secretario del juzgado por lo que vale una botella de aguardiente. El cuchillo era uno cualquiera de cocina y el pastel por fuera blanco, blanco de azúcar endurecida, y por dentro oscurecido por la panela quemada: un bizcocho de novia o de primera comunión. Semanas habían transcurrido desde el proceso, la condena, y meses desde la noche del desbarrancadero y la mañana fatal. No sé lo que en ese tiempo habrá sentido el muchacho y en mi gran naufragio ni me importa. Sé lo que siento yo: un odio y unos celos inmensos. Los celos de esa muerte ajena que debió ser la mía, que un desconocido me arrebató, me roían el alma. Saqué del pastel el cuchillo, lo limpié con mi pañuelo, y se lo ofrecí con el dinero a su imposible redención:

—En el centro del corazón, en el mismo sitio, mátame a mí.

Vanas, perturbadas palabras que rebotaron contra la coraza de su silencio. Miraba sin mirar, oía sin oír. El que tenía frente a mí no era el mismo, era otro, un fantasma del otro, del que mató a Luis Cortés, el miserable que me lo robó.

Hoy caminó Manuelito. Dio un paso, otro, otro y se siguió de largo con sus

manitas tendidas hacia mí, tambaleando, pero sin caer, y yo retrocediendo agachado, con las manos tendidas hacia él llamándolo:

—¡Más! ¡Más! ¡Más!

Salimos del cuarto de los papás, donde está su cuna, y entramos a la biblioteca. La cruzamos, y dejando el piso de tabla tomamos por el corredor de baldosa roja hasta llegar al tope de su hazaña, una escalera. Con los ojos iluminados por la dicha el niño no lo podía creer. Lo tomé en mis brazos y en premio le hice dar un gran salto hacia el techo, rumbo a lo más alto del aire. ¡Casi toca el cielo raso! Vuelto a tierra me sonrío con una satisfacción que se le desborda del alma. ¡Lo lograste Manuelito, lo lograste, aprendiste a caminar! Pero hasta aquí fue lo fácil, ahora viene lo peor. Abiertos están los infinitos caminos, los infinitos destinos, a ver si no te vas a extraviar.

¡Qué de candidez e ilusiones! ¡Cuánta estampita de primera comunión que amarilleó el tiempo! Rota, agujereada, apolillada... Sacratísimos doctores de la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín y de la doctísima Universidad Javeriana de Bogotá, señor rector, señor decano, señoras, señores: El libre albedrío es ilusión, mera falacia. Por más que arrojen a Edipo a los lobos el niño crecerá, y matará a su padre, desposará a su madre, se vaciará los ojos. El destino está escrito en el cielo y escrito con sangre. Mi hermano Manuel será lo estipulado y nada más, como he sido el que soy. En el gran tinglado de palacios y miserias los dioses mueven sus muñequitos disfrazados de reyes y pordioseros con hilos que a trasluz alcanzo a adivinar. Muñequitos de trapo y de latón, títeres infatuados que se creen que se mueven solos, sin nadie atrás. No hay infinitos caminos, eminentes doctores, sólo hay un camino único para cada quién, y aunque soñemos que da curvas, que vuelve atrás, que lo podemos desviar, avanza recto, sin una sola encrucijada de elección. Esta noche saldrá mi rico amigo Chuchín Ortiz a la barriada, al encuentro de su destino, de su asesino.

Andaba entonces por Junín, y me lo regaló Chucho Lopera, un muchacho del barrio de San Javier, Juan no sé qué, también llamado Juanito Verga, cuyo atributo esencial doblaba el largo de este libro en su edición príncipe, en octavo mayor, la más espléndida, que yo dirigí. Infinidad de maricas iban tras él como clavitos arrastrados por un imán: mandaderos, mensajeros, meseros, cajeros, camioneros, procuradores, inspectores, personeros, un cónsul honorario y un representante a la Cámara, tartamudos, sordomudos, paralíticos, lisiados, presbíteros, coadjutores, seminaristas partidarios de Tomás de Aquino o de Duns Scotto, e Iván Saldarriaga, un intelectual marxista bajito, flaquito, chiquito, de saquito negro apretado y corbatica igual, barbita en punta o chivera y gafitas redondas de carey: una especie de Trotsky de terracota para adornar la sala, cuyo rigor dialéctico se jactaba de ser capaz de escribirnos un tratado de teología sin mencionar el nombre de Dios. Puro cuento. Jamás pudo. Se le fueron pasando los años y los años y no llegó al primer párrafo.

Bogotá, fría y sucia, tiritaba en su mugre. Y perdón por volver a lo ya dicho, a lo

sabido, lo consabido, y avanzar retrocediendo hasta semejante ciudad. No sé si mi estancia en Bogotá precedió a Chucho Lopera o lo siguió ni me lo propongo averiguar, porque si bien el destino avanza recto, como saeta, el recuerdo, licencioso, se puede permitir sus libertades, e ir y venir y volver y planear, planear como gallinazo con vuelo plácido sobre colinas y ríos y valles, y aterrizar, si se le antoja, en plena altiplanicie o sabana de Bogotá, en la mera puerta del Arlequín. Un libro así, claro, es una colcha deshilvanada de retazos, pero ¿qué es la vida (no la falsa novela) sino retazos, pedacería, pedazos unidos por el débil hilo del «yo»? Y el hilo acaba por podrirlo el tiempo... Sé con fatigada certeza que un día fui un niño en la calle del Perú, y otro un muchacho que transitó Junín. Pero de ese lejano niño y muchacho he olvidado los rasgos. Cierro fuerte los ojos para verlos y no me veo. Si el tiempo burletero me deparara un encuentro, ahora, con el muchacho que fui, ¿me lo llevaría al matorral? ¿Por qué no? Con otros me ha pasado así, que sin saber los repito. ¿Pero se iría él conmigo? Interrogo al recuerdo, y desde su fondo opaco me responde sonriente, alcahueta, que sí: «¡Con cuántos viejos no te acostaste, animal! ¿Con diez? ¿Con veinte?» Dejo a mi generosidad de entonces que te lo explique, recuerdo, con mi franqueza, con mi llaneza: es que en Bogotá, imponderablemente desolada y sucia, los viejos me servían para conseguir muchachos. Uno que otro me daban en pago de lo que ya se comió la vejez y se habrán de acabar los gusanos. Hernando Giraldo, vaya un ejemplo, me regaló tras el sargento un torero: con veinte cornadas, una por año, ya algo viejo y muy toreado ¡pero qué se iba a hacer! Y a la esplendidez de Álvaro León Muñoz Cajiao, de la rancia alcurnia ilustre de la ilustre Popayán, doctor en leyes, le debo una belleza del subsuelo: Adolfo, la olleta indígena, como la catalogó cierto arqueólogo perverso. De todos modos gracias, hidalgo señor generoso, cierro los ojos y te recuerdo: cincuenta y cinco vividos años en que perdiste el pudor y el pelo, brillante la coronilla y una chispa de avidez insaciable en los ojos. Híbrido de Wilde y Gide, prototípico, próspero, sonriente, de chaleco, bastón y sombrero, a los muchachos les pagabas con veinte pesos, en billetico nuevo, y así como a mí me donaste la olleta indígena, a tu servidor se lo enviaste, con moño rojo, a un senador liberal, ex embajador en Ghana o la puta mierda, una momia famélica cuyo nombre olvidé. ¿Santacoloma acaso? Tal vez, un apellido de radionovela. Doctísimos doctores de la Universidad Javeriana: para los escasos decenios que nos restan, propongo dos postreras obras de caridad del cristiano: darle amor a quien lo pida y muerte a quien la quiera.

No por nada ni por nada pero no me gusta hablar de Bogotá. Tal vez por reparos literarios, por quisquilloso. Qué más quisiera yo que el libro mío fuera sólido, compacto, cual piedra para descalabrar y que sólo pasara en Medellín con su unidad de tema, tono, tiempo y espacio, en el curso de un año. Pero el destino, mal novelista, tira por la borda las unidades clásicas y nos dispersa, por aquí, por allá... Y hace que se cruce por el camino de uno el mismísimo Sartre, y que sea un personaje accesorio, un comparsa. ¿Lo ven? De un pelotazo nos manda hasta París y Roma, y de otro nos

regresa a Bogotá: a la Calle Veintiuno entre carreras Cuarta y Quinta, arribita del Arlequín justamente, a mitad de la cuadra, donde vive Salvador Bustamante, pero no en casa propia pues la casa es ajena y no se sabe de quién, pues tampoco son dueños los que viven con él: otros u otras.

Por mi urbanidad inglesa, consubstancial, inmanente, no suelo dirigirles la palabra a desconocidos, a quienes no me han presentado en forma, formalmente, bajo techo, tomando el té. Nada de andar por la calle preguntándole a cuanto muchacho se para en una vitrina qué hora es. Así que caballero yo y caballero él, caballeros ambos, a Salvador y a mí nos presentaron. Nos presentó un hombrecito bajito, feíto, malito: Santa Isabel de los Cerros, que se aferraba a mi vida como una ladilla colérica. Homicida pero no asesino (mi educación jurídica, con él recibida, me impone la distinción), este réprobo descomulgado había ayudado a despachar al otro toldo, de un navajazo, en una riña de barrio, a un cristiano que se les fue barranca abajo por la calle en bajada del infierno, en pecado mortal, sin confesión. ¿Y por qué Santa Isabel un prófugo, un renegado? ¡Vaya Dios a saber! Por más que hurgo en el cajón del recuerdo, entre tanto cachivache viejo ni sé de dónde salió.

—Se vienen este sábado a las ocho que tengo fiesta —invitó Salvador, mi nuevo amigo, y siguió meticuloso en lo que estaba: pegándole pedacitos hexagonales de espejo a un mueble viejo, una especie de armario o aparador.

Pasó la semana y llegó el sábado, puntual, a las ocho a la fiesta: llegó alegre, optimista, en sano juicio, sin una copa, engalanado y escoltado por su servidor y su servidor por Santa Isabel de la Sierra que en todo quería estar y nada se quería perder y no se me quería despegar.

—¿Qué van a tomar? —preguntó Salvador recibiéndonos, muy anfitrión él, muy comedido—. Hay aguardiente.

—¿Y qué más hay? —pregunté.

—Más —contestó, y se fue por entre el gentío.

En verdad que la fiesta de Salvador andaba entre el zoológico y el bazar del anticuario. ¡Qué de ancianos raros! Altos, bajos, gordos, flacos, unos con otros y todos arrastrando la cumbia de la vejez. Un chaparrito bailaba incluso con una vela prendida, a riesgo de incendiarle la barba a su pareja cuando se le acercaba, en las evoluciones de la cumbia, que bailaba suelta. ¡Y qué meneo de caderas! ¡Qué remolino! Asombrado, pasmado, choquiado, abasourdi, étonné con tanto freak, me fui escaleras arriba por entre los remolinos danzantes en busca del anfitrión, que me encontré ante un tocador de luna redonda probándose una peluca de mujer.

—Decime Salvador una cosa —le increpé—. ¿No se te hace mucha locura hacer una fiesta con puro viejo y sin un muchacho? ¡Ni que fueras una sucursal del Arlequín!

—¿Sin un muchacho? —replicó—. Para eso te invité a vos.

Y enseñándome un trasero prominente dio media vuelta y se fue escalera abajo a hacer su show. Tenía unas cejas tupidas como matorrales, y unas piernas flacas

peludas que no se tomaba la molestia de rasurar.

¡Y qué casa! Era una cajita de sorpresas. Buscando un baño me asomé a un cuarto y qué veo: en una cama de baldaquín azuloso, entre gasas azulinas, bajo un haz de luz azulado, un marica prieto azabache desnudo sobre la cojinería azul:

—Adonáis —dijo con voz flautada—. ¿Y tú?

—¿Yo?

Yo volví a cerrar lo que había abierto, de prisa, y bajé corriendo la escalera:

—Dígame señor dónde está el baño.

—¿Baño? Ahí.

Y me señaló una maceta con una planta seca, desnuda, marchita de tanto oprobio y de no ver la luz del sol.

Santa Isabel de los Montes me llamó aparte, celoso, empeñado como siempre en no quererme compartir.

—¿No quieres un seconal? —me ofreció.

—Venga p'acá.

¡Pum! hacen las cápsulas de seconal cuando explotan en la barriga. Es una explosión seca, rojiza, que libera en mil pedazos de las oscuridades interiores la locura. Capsulitas rojas, redondeadas, alargadas, que se van como torpedos suicidas japoneses por los capilares al gran torrente de la sangre, a velocidad endemoniada, y por el gran torrente al alma. ¡Y vuela el acorazado! Adiós moral antigua, adiós padre, adiós madre, adiós patria, adiós casa, hechos añicos todos, polvo, pulverizados. ¡Yo soy yo y al diablo mis circunstancias! Si el seconal se pasa con aguardiente, la explosión se multiplica por mil. Y si luego se refina con marihuana, ya no alcanza el sistema decimal para medir, hay que pasar al megatón.

En un cuarto de abajo, el dormitorio de Salvador, se había concentrado la fiesta, andaban en las ceremonias de develación. Ante los ojos ávidos, dos sorpresas cubiertas con sendas sábanas. Salvador se echa al pico un aguardiente, y en maestro de ceremonias quita la primera sábana.

—¡Ooohhh!

Exclamación general. ¡Oh sorpresa! En su esplendor lumínico, con sus mil espejitos espejeantes, brilla ante los ojos desorbitados, con un chisporroteo de luces, la obra magna del artífice, el aparador de espejo y vidrio en su plenitud, terminado, lo que se dice un espejismo de cristal. Levantó su copa en pleno el aquelarre y brindaron los tintineos unísonos por la obra maestra y su creador. Yo, alucinado, drogado, me sostenía de una tranca que sin duda debía de usar el dueño para cerrar la puerta en sus sesiones de amor, y que por lo pronto me impedía caer, cuando he aquí que el mencionado viene hacia mí, me toma de la mano y me conduce al centro de la estancia:

—¡Para la juventud y la belleza un nuevo aplauso! —y me señala el cabrón.

Ovaciones... Se me subió el rojo a la cara y lo advirtió uno de los malditos:

—¡Ay qué tímido, qué encanto, qué pudor!

Tras de lo cual Salvador anunció un regalo sorpresa para el invitado de la noche, el joven huésped, yo. Y con gesto de prestidigitador contundente, que saca del aire un conejo, quitó la segunda sábana y se abrió un closet y del closet ¿qué sale? ¿qué aparece? Vestida de romano ¡la olleta indígena!

El colorete de la vergüenza se me subió a rojo subido de furia e indignación. ¡Venirme a regalar a mí sobrados míos, del mes pasado, de mi remoto ayer! Y tomando la tranca inmensa para cerrar la puerta arremetí a trancazos contra el palacio de cristal. En mil pedazos, en mil añicos, como fuegos de artificio del frenesí, volaron los mil espejitos hexagonales que encerraban en sus seis picos de seis brillos lustrosos, todo el cuidado, todo el esmero, todo el ensueño de Salvador. Y aniquilado el mueble inefable la emprendí con la misma furia y la misma tranca contra la concurrencia. Me sacaron maniatado, arrastrado, echando espuma. Voces dispersas me llegaban como del más allá:

—No lo pueden volver a invitar.

Reincidieron. A dos o tres fiestas más me invitaron, tras de las cuales se me cerraron todas las puertas y ventanas. La última fue lo que se dice espléndida y digna de rememoración. Pero antes debo consignar un episodio que aunque pasa en Medellín está con ella ligado por un lazo sutil. Pasa, para variar, bajo aguacero. Iba yo en mi Lambretta a entregar a su casa un muchacho, por uno de esos barrios nuevos de mi ciudad que pululan como países africanos, cuando rompió a canturrear una lloviznita menuda, tenue, que sin más ni más alzó el tono insolente y se volvió chaparrón. Chaparrón denso, cerrado, que impedía ver de aquí allá. Así que sin ver fuimos a dar a lo primero que se topó la moto, una iglesita de cemento nueva, recién pintada y abierta al público pero desierta. Y sin el más mínimo, mínimo, mínimo interés. Con decir que no tenía Señor Caído, Divino Rostro ni Madre Dolorosa... Sentados el muchacho y yo, uno junto al otro, en una banca de atrás, dejamos ir nuestros pensamientos callados, mientras afuera repiqueteaba la lluvia. El mío, como murciélago, se fue de un par de aletazos enormes, inflados de viento, por entre la luz de la tarde hasta la penumbra del altar del Señor Caído, allá en la Puerta del Perdón, allá en la iglesia de la Candelaria. Ante el altar, el lampadario de las veladoras que los fieles encienden, una por un peso, dos por dos, echando las monedas en una alcancía voraz. De ciento treinta y cinco veladoras que conté, en diez hileras sobre el soporte oblicuo ferroso, sólo había cinco ardiendo y el resto calladas, mudas, esperando. ¡No podía ser! Salvo que a un lado, ávida, con su ranura oscura, me miraba la alcancía siniestra... ¿Cómo iba yo a permitir que una moneda, que existe y pesa y tintinea, se fuera por esa ranura estéril, sedienta, al vientre seco del No Ser? Imposible. Así que acallé la voz interna cortando el nudo gordiano por lo sano. Tomó mi mano fervorosa la larga mecha para encender veladoras, y acercándosela al pabito de una de las prendidas le contagié la llama y fui pasándola de una a otra, otra, otra, hasta que las ciento treinta y cinco chisporrotearon prodigando la luz por los cuatro reinos de la oscuridad y el silencio. ¡Fiat lux, y que pague el municipio! Unas en las hileras de

arriba, otras en las hileras de abajo, las ciento treinta y cinco voces espléndidas entonaron en contrapunto un «Gloria in excelsis Deus» en alabanza del Señor. Y el Señor Caído, oh milagro, a su llamado purpurino se levantó.

Volví de sopetón a la iglesia nueva para encontrar mis piernas, sin mi permiso, entrelazadas a las del muchacho, y las bocas juntas igual, en un incendio frenético, desesperado, trémulo, abriendo las manos ciegas, uno tras otro, para apagarlo, los necios botones de esas antiguas y demenciales braguetas. Me empezaron a zumbar los oídos, y en ese templo desangelado rompió un vuelo de querubines entre un repique de campanas.

—Ah condenado impío, pervertido, malnacidos, desgraciados...

Era el sacristán que venía de la torre de tocar las campanas: un hombrecito minúsculo caído de Liliput justo a espaldas de nosotros, empinado, con una poma de Adán roja, brotada, y la cara roja en un incendio de furia e indignación.

—¡Los voy a hacer excomulgar!

¿Excomuniones a mí? ¡Pero a mata candelas! No me haga reír al payaso ni le eche polvo al terregal. Levanteme cuan alto era y lo miré incrédulo, como mira un gran danés a un chihuahuero que le ladra. Volvió a ladrar y ladró tan feo que una improvisada descarga de adrenalina me electrizó un circuito apagado y sin yo querer, salió una mano disparada y le propinó un bofetón seco, rotundo, contundente pero mal graduado pues el hombrecito se tambaleó, perdió el aplomo, se fue de espaldas con todo y rabia, contra el filo de una banca, y descalabrado por el occipucio se desplomó.

—¿Muerto? —preguntó el muchacho.

No, respiraba. Extendido en toda su dimensión sobre cinco baldosas, la rabia le seguía bombeando sangre verde biliosa al homúnculo con estertores en las venas del cuello. Pero del trancazo que se dio escampó, y secos pudimos salir al aire libre, a correr, a volar en la Lambretta, a romperle al arco iris el alma por su mero centro.

—Padre, he pecado.

—¿Cuándo?

—Siempre

—¿Cómo?

—Por los cuatro costados.

—¿Con quién?

—Solo y con todos.

—¿Dónde?

—Por doquier.

—¿Te arrepientes, hijo?

—No.

Separó de la mía su cara sudorosa y me miró derecho a los ojos. Vio en ellos un brillo ausente, cansado. Sintió una gran compasión por mí, y yo una gran compasión por él.

Presidía la casa de Salvador doña Anita, una anciana todo dulzura, todo decencia, todo bondad. ¿Qué hacía el ángel extraviado en esa casa de suciedad, en ese infierno de perversión, en esa mansión de locura? Los pisos de tabla rancia acumulaban una mugre pulgosa de años, y en el aire estancado, atávico, se hacía polvo la luz. En el cuarto grande de abajo vivía Salvador; en uno de arriba Adonáis; en otro doña Anita; en otro una lesbiana flaca, ausente, Siboney; en otro no sé quién, en otro no sé cómo, en otro no sé cuándo, en otro el doctor Segovia, un dentista viejo y en su profesión desahuciado porque la mano, firme para alzar la copa, al empuñar la fresa de escarbar temblaba.

Llegué a la última fiesta de Salvador como Cristo a la cruz, entre dos ladrones: Santa Isabel de la Sierra y un muchachito de dieciséis años, el gangstercito, hijo de Caco, saqueador de apartamentos, apropiador de limpiabrisas, raponero de relojes, dueño y señor de todo lo ajeno, cuya corta vida tan ocupada aún no conocía el baño, pero que ese sábado memorable, a nuestros ruegos insistentes de toda la semana, por la mañana lo conoció. Llegó bañado, perfumado, hecho un capullo. E igual y sobrios los tres.

—¿Qué van a tomar? —pregunta Salvador en anfitrión, muy obsequioso—. Hay aguardiente.

Pero no bien cruzamos el umbral de la segunda puerta y nos vamos a empujar el mencionado cuando qué vemos: quebrado, entablillado, desastillado, Adonáis el inefable. En el filo de un murito estrecho, de un patio estrecho, bajo los tejados vecinos, se había instalado el animal a broncearse al sol. ¡Al débil sol de la sabana! Se durmió, rodó, cayó, se partió en cuatro.

Tarata-ta-ta-tán, tarata-ta-ta-tán, tarata-ta-ta-tan, tan, tan, tan, táaan... Estoy tarariando «Boquita salá», la cumbia más hermosa que parió la tierra. Y la estoy bailando entre el viejerío con el gangstercito contra mí apretado, mientras bendigo la fortuna y el sol que me ilumina.

—¿Quieren un seconal? —pregunta Santa Isabel de los Páramos.

—A ver.

Al quinto seconal y vigésimo aguardiente me llevé al gangstercito a uno de los cuartos de arriba.

—Quítese esa ropa —le digo, seco, cuando no le veo muy buena voluntad—. Y los pantalones también.

Sin que pueda decir por qué, todo se estaba atrancando, ¡y que se me bota la chispa del encendedor! Saqué la navaja vieja y se la puse en el cuello, contra la vena esa grande del cuello.

—¿Qué pasó, hijueputica, con qué me vas a salir!

—Con nada, con que quería ir al baño.

—¿A qué?

—A orinar.

—Orina ahí —y le señalé la pared, una pared verde oscuro de mugre lustrosa—,

que esto es un chiquero y nosotros somos los cerdos.

Orinó y dócil vino a mí, me abrazó, y en sus dientes que querían quebrarse contra los míos sentí que toda la gran ruindad de la vida, el hondo abismo con que a los dos nos separaba se hacía tierra firme, continua, por donde la llama que me incendiaba a mí cruzó a incendiarle el alma.

Y mientras los dos pimpollos, los dos palomos se arrullaban arriba, ¿qué pasaba en la cumbia de abajo, entre el viejerío? Pasaba que en semejante ciudad fría, helada, el aire del interior se recalentó y a alguno se le ocurrió abrir la ventana y claro, vieron los vecinos, y claro, llamaron a la policía, y claro, vino la policía, en dos patrullas, a ver la fiesta de hombres solos, la rara conjunción de planetas, el fenómeno sideral. Irrumpieron en la sala como gato en ratonera, ¡y a volar invitados por todas partes en desbandada! Ante el estrépito y el vocerío salí del cuarto a ver, a ver la estampida de maricas: agentes de seguros, agentes de drogas, agentes viajeros, farmacéutas, tinterillos, negociantes, tenderos se precipitaban atropellados hacia el murito de Adonáis para escapar por los techos vecinos. Caían unos, brincaban otros, y yo pensaba en el destino del pueblo elegido: en Moisés y los suyos cruzando por una faja estrecha de tierra el Mar Rojo. Entre los que alcancé a distinguir y alcanzo ahora a recordar, veo a un conocido mío agente viajero a quien llamaban La Parca, y no porque recordara a la pelona sino por su discreto obrar y callar. Veo también a los dos hermanos Child, de la alta sociedad bogotana (el vicio nivela), jovencitos entonces, de cincuenta años. Y a otro conocido mío, antediluviano, precámbrico, que decía el muy mimoso:

—Mi jefe conoce mi enfermedad.

Y yo, en desentendido:

—¿Cuál?

Y el enfermito:

—La misma tuya, no te hagás.

Y su servidor:

—Yo no tengo ninguna, yo estoy bien de salud.

—¡Pero qué están haciendo, desgraciados! —dije irrumpiendo en la sala semiempelota, y el gangstercito siguiéndome igual—. ¿No ven que están violando la constitución?

Diez, veinte tombos con su uniforme de paño verde de billar y los garrotes desenvainados habían invadido la sala.

—¿No saben que hay un artículo que consagra el derecho de libre asociación, el sesenta y nueve creo?

No, no lo sabían. Entonces ¿para qué pasó Bolívar el páramo de Pisba, para qué se ganó Boyacá? ¡A qué tanto fragor, tanto polvo! ¿Y el general Uribe para qué murió? ¿Para que al primero que se le ocurra irrumpa e interrumpa, haga y deshaga? ¡O qué! ¿La sangre mártir derramada era estéril? ¡Qué iba a decir el Ministro de Justicia, la Charry, amigo mío, cuando se enterara del atropello contranatura,

anticonstitucional! ¿Quo usque tandem abutere, Catilina, patientia nostra? Y el gangstercito atrás de mí, apretando en su bolsillo mi navaja:

—Sí, yo lo respaldo a él.

—¡Pero cómo un baile de hombres solos! —seguía alegando el cabo.

¿Y doña Anita qué? ¿No veía el señor oficial la cabeza blanca, el porte, la distinción, la dignidad, la decencia? ¿Quería más? ¿No le bastaba como garantía la anciana? Y todo el mundo acobardado, menos yo, tratándolo de convencer. Entonces que se le ocurre al doctor Segovia subir a sacar de su cuarto a Siboney, a despertarla, para que viera la policía si había o no había una mujer. Bajó la lesbiana pálida, los ojos hundidos, negros, semidormidos, amoratados, cortado su pelito corto al cepillo, y en camisión blanco sucio, deshilachado, que patentizaba sus formas planas. La verdadera imagen de la desolación.

—¡Qué! —dijo el cabo—. ¡No me vengan ahora a mí con que esto es mujer, no me crean tan pendejo!

—¿Qué eres tú? —le pregunta entonces el doctor Segovia a Siboney—. Dícelos ya.

Y ella, sin entender muy bien, entredormida:

—Soy liberal. Del partido liberal.

—No es cuestión —volví a terciar yo iracundo— de lo que sea o no sea la señorita, ni de medio cromosoma de más o de menos, es cuestión de la Carta Magna y los Derechos del Hombre.

—¡Cuál hombre! —dice el maldito cabo.

—El que vea o no vea aquí. Y se restaura el statu quo ipso facto y se les devuelve a estos ciudadanos las garantías conculcadas, o se incendia el país. Introibo ad altare Dei, ad Deum qui laetificat juventutem meam.

Ahogado, convulso, asfixiado, dándome tumbos el pecho, hipo, arcadas de indignación me llevaron a la sombra, a una silla del comedor, y mientras Salvador, Santa Isabel, el doctor Segovia y demás caballeros seguían negociando con la Ley, otros me daban aire con un periódico, El Espectador. Trajeron una botella de alcohol para untarme, que les arrebaté y de un trago me tomé media. Me la arrebataron ellos y la otra media me la untaron en la sien.

Con mil zalamerías me sacaron a la calle una vez que la policía se marchó. «Sí señor, así hay que hablarle a estos esbirros, ¡fuerte!» le iba diciendo mi yo borracho a mi yo drogado por la Carrera Séptima, abrazados tambaleándose, y Santa Isabel atrás a cien pasos, a prudente distancia pues si se me acercaba lo estrangulaba. Amanecí nublado y con dolor de cabeza pero satisfecho de mi actuación, esperando la gratitud de todos, ¡y qué resulta! ¡La gratitud de nadie! Que nadie me quería hablar. Que dizque por culpa mía le habían tenido que pagar a la policía una coima inmensa, que gracias a ellos yo estaba libre, que me fuera a la quinta porra, que no me volverían a dirigir la palabra, que no me querían ver. ¿Y el gangstercito? Vuelto a la realidad y al claror del día, entreviendo el abismo a que lo había bajado me tomó un odio ciego, y

aunque no lo intentó sé de buena fuente que me quería matar. Primero el Gusano de Luz, luego la montaña de Santa Elena, luego la iglesita nueva, luego la casa de Salvador: un íncubo con cuchillo, un terremoto, un homúnculo rabioso, un rodadero y para acabar de ajustar la policía. Entonces se empezó a temer seriamente el desplome de mi sólida salud mental. ¡Cinco coitus interruptus en veinte páginas! Demasiado para un cerebro.

Odio la pobreza. Por ruin y roñosa, indolente y perezosa, altanera y servil. Y por ignorante además. El pobre no lee, no estudia, no progresa, no se quiere superar. Viven en bidonviles, tugurios, vecindades, favelas, y el trabajo les causa horror. Todo lo esperan del patrón o el gobierno, o de usted o de mí. Otras veces se dan a rezar y se encomiendan a la Virgen del Cobre, y sentados en sus respectivos culos aguardan la lotería, algún milagro alcahueta, o que les hagan la revolución. Por eso no quiero al pobre. ¿Que pinte una pared? Empuerca la alfombra. ¿Que limpie la alfombra? Empuerca la pared. Deja sobre mi tapiz fino y caro, el gobelino, sus dedos pegajosos, pringosos, huellas digitales de criminal. ¿Por qué serán así? Su paladar no detecta el caviar, el salmón, las trufas; sólo sabores burdos: arroz y frijoles. En cuanto al tacto, no distinguen ni el algodón: el lino y la seda se les hacen fibras sintéticas. Y si se les da universidad entran en huelga. La pobreza cohabita con la ignorancia; duermen amancebadas en profusión de olores bajo el mismo techo, sobre el mismo lecho, y se multiplican por diez. El pobre nada tiene y si algo tiene, un cuerpo astroso, lo cuida como si fuera de oro, que ni de rico: con mañas de prevención. Que yo no hago esto, que menos lo otro, que no soy eso, que qué se cree usted. Por eso no quiero al pobre. ¿Por qué serán así?

Vi la otra noche, en calle céntrica, durmiendo sobre periódicos, una mujer del pueblo con sus tres hijitos que parió. Todos tirados en plena acera a la entrada de un banco, ¿me lo pueden creer? Tendió hacia mí sus sucias manos pedigüeñas, y su boca desvergonzada prodigó el nombre de Dios.

—No lo devalúes, infame, inicua, bochorno público, cállate ya. Que si Él existe no existes tú.

Saqué de mi cerebro un machete y ¡zuas! De un solo tajo eliminados cuatro focos de infección. No sé por qué las sociedades ricas que se respeten dejan persistir la pobreza, si es tan fácil de eliminar: con quien la padezca.

No soy de los que presumen de lo que no han tenido como tantos que he conocido en este mundo, en ése, en aquél. Si digo que tuve esto fue que lo tuve, y si digo belleza, belleza fue. Y belleza a la luz del día, no en noche avanzada cuando la necesidad no juzga bien. Se obnubila, se empecina, así esté borracha y bajo una vela y vea a tientas como veo yo desde que me robaron las gafas en plena plaza de Cisneros en pleno barrio de Guayaquil: se fueron como volando por la ventanilla del bus. Por eso no se extrañe si alguna vez le pregunto: «¿Es belleza?» Usted dice que sí, que más o menos, o que definitivamente no. Mas como soy yo el que pago yo soy el que escojo, así que al final de cuentas lo que usted opine o no opine al final no

cuenta. «¿Entonces para qué me pregunta?» dirá usted. Muy sencillo: para confirmar.

No menos de cinco, y entre ellos Salvador Bustamante a quien se lo presenté de lejos, me confirmaron que el chiquillo del barrio del norte era belleza, y hoy como entonces se me vuelve a trabar la lengua ante sus quince años en flor. Por eso no digo más. O sí, que Bogotá se divide en dos: norte y sur. Al norte los ricos, al sur los pobres; al norte los buenos, al sur los malos. De suerte que este pecador que sólo había tenido habitantes del sur dañado cuando vio el prodigio del barrio rico se agarró a una verja para no caer, y subió al colmo de la admiración.

—¿Qué ven mis ojos? —pregunté incrédulo—. ¿Una belleza?

—Sí —respondió comedida Santa Isabel de los Aires.

—Pues ve y tráemela.

Fue por él diligente, y cruzando de ida y vuelta la calle me lo trajo y me lo presentó formalmente, como me gusta a mí. Al punto me entró un sueño atrasado y el chiquillo, con una solidaridad de clase encantadora, de gente bien, se ofreció a acompañarme a dormir. Y no me pregunte, padre, adónde nos fuimos porque lo olvidé. Ni cómo era el niño porque también lo olvidé. Quiero recordar si era de pelo rubio, o castaño, ondulado, si con ojos verdes, rojos, azules... Quiero y no puedo. Pero lo que sí les puedo asegurar es que era un ángel con estructura corporal como se verá por la continuación, y que al ser rico introducía en mi vida plana y monótona algo que el pobre se niega a entender: el matiz. No capta el pobre el tintineo del buen vino ni el timbre del Stradivarius. Sordo a sonidos y sabores, embotada en los registros medios la sensibilidad, ¡cómo va a entender las sutilezas o esfumaturas del amor! Y eso que ya Marx se lo explicó hace cien mil años, en su lenguaje de neologismos, soez, que la clase alta no es la baja, que no son una sino dos. Libre en fin mi camino de la humana envidia, y sin intromisiones de nada ni de nadie, todo fue bien por esta vez hasta llegar a término. Tenso el arco se disparó por fin la flecha, roto el cordel se fue al cielo la cometa.

¿Ven a qué malabarismos obliga Victor Hugo por no haber llevado a cabalidad la revolución romántica? A seguir hablando en perífrasis como cualquier Racine de peluca empolvada. Nada de que al pan pan y al vino vino y a la vaca vaca. No: la lactífera consorte del toro. Y ya que empecé hablando en perífrasis paso a hablar en parábolas. Y que entienda el entendedor y adivine quien adivine.

Algo más que un recuerdo impreciso me dejó el ángel de ensoñadores ojos, y ello se fue poniendo de manifiesto al cabo de una semana, justamente cuando ya creía el héroe haberse librado de la locura. Bajo el cielo límpido, azul, con mar en calma, mi esquife alígero que tantas tempestades y furias había arrostrado empezó a hacer agua: una gotica, otra, otra y a irse a pique sin que el capitán pudiera parar el naufragio. El desafiante edificio de bases carcomidas ante sus propios ojos incrédulos se desplomaba. ¡Cómo! O uno u otro. ¿Era barco o edificio? ¡En qué quedamos! Eran ambos, era yo, era la Dama de las Camelias que se iba, que se iba, que se iba... Mi padre capeando sus tempestades en el Senado; mi madre en su nube; y el héroe

heroico se moría, se moría, se moría... Fui por vez postrera al viejo piano, a acariciar su tejado amarillento con esa sonata Tempestad de Beethoven, que entre nota falsa y nota desafinada sonó a Schönberg. Adiós piano mío... ¿Escribirán mis hermanos un libro tierno para recordarme? Ahora sé que no. El libro lo escribo yo o me tiran al bote del olvido.

Salí a la calle, al cielo azul con una sola nube, negra, desflecada, justo sobre mi casa. ¿La nube de mi madre? No, puesto que al caminar yo una cuadra caminé a mi paso siguiéndome. Era mi nube. Piensa el vulgo que la muerte es una viuda vieja, calva, de luto, con una guadaña. Anda errado. La muerte es una nube negra desflecada que cuando se da a seguirmos es porque va a caer. ¿Cómo? Manda un rayo. Subí al bus y dejé de verla un buen tramo (nadie ve a través de un techo). Adiós busecito mío, adiós rolos y carteristas bogotanos, adiós, adiós. Bajo en el centro y lo primero que hago es mirar hacia arriba: sola en la comba azul, sobre mi cabeza, allí estaba. Caminé hasta la Carrera Séptima: avanzó a mi paso. Me detuve en la reja del ángel: se detuvo. Tomé hacia la Calle Veintiuno: tomó conmigo. Me seguía como un sombrero. Por la Calle Veintiuno cruzando la Carrera Quinta, a mitad de la cuadra, entré a la casa de Salvador dejándola instalada afuera, encima, esperándome.

—Salvador, me voy a morir.

—¿Cuándo?

—Hoy.

—Déjalo para la semana próxima que el sábado tengo fiesta.

Inútil que le explicara, inútil que me entendiera que con el angelito rico para mí la fiesta se acabó. Se enfundó Salvador su saco viejo, ancho y desguarangado, y salió con el moribundo a la calle. Bajamos por la Calle Veintiuno, pasamos frente al Arlequín, doblamos por la Carrera Séptima, y la nube arriba siguiéndonos, siguiéndome. Entonces Salvador, ese hombre de cejas tupidas que venía a mi lado, ex administrador de hoteles, ex agente viajero, ex vendedor de drogas (remedios), ex capitán de corbeta, pensó en sus fiestas arruinadas, en su mueble de cristal desbaratado y en el dulce sabor de la venganza. ¿Y cómo sabe usted qué pensó o qué no pensó si usted no es novelista de tercera persona? ¿Si tanto presume de no andar metido en mentes ajenas? Muy simple, mi querido Watson: por lo que vino a continuación, en la farmacia. Había en el mostrador dos monjitas de ojos azules, un anciano de pelo blanco, una señorita vieja soltera, y una señora beatífica, dulce, embarazada, con sus dos niñitos de cinco y siete años que volvían con sus morralitos inocentes de la escuela. Comprando qué sé yo, aspirina, mentolín, árnica, urosalina... Y el boticario yendo, viniendo, atendiendo. Y que Salvador sin respetar turnos abre la boca y dice y grita y ordena, con ese vozarrón suyo ronco, alto, bajo, profundo, delgado, timbrado, la voz del trueno:

—¡Un benzetacil de un millón doscientas mil unidades para éste, que le pegaron una gonorrea!

¡Me quise morir! Eso: me quise morir y esfumar el cadáver. Los ojos de todo el

mundo se me vinieron encima como moscas sobre un tarro de miel, o mejor dicho: como avispa toriadas saliendo de su avispero.

—¿Qué es una gonosea, mamá? —preguntó el niño de siete años.

Después empezó a transcurrir la eternidad con sus segundos, minutos, horas, días, años, eones: millones de millones, hasta que por fin el boticario, ya despachado todo el mundo, nos hizo pasar a la trastienda. Y allí nuevo oprobio. Ya me estaba arremangando la camisa cuando él, con la jeringa en ristre, desenvainada, que me ordena:

—Ahí no. Bájese los pantalones.

Sigue lo que jamás usted me podrá creer como no me lo han creído médicos, bioquímicos, biólogos, infectólogos, premios Nobel, Nadal, Mors Cabott... Que en el momento mismo en que penetró la aguja y empezó a pasar el líquido me curé. En ese momento mismo: no en el que sigue ni dos días después. Porque lo sentí en el cuerpo, en la sangre, en el alma, y además afuera se esfumó la nube y volvieron a cantar los pájaros.

Para la enfermedad esa que dijeron mi amigo Salvador y el niño hoy ya no sirve el benzetacil: sólo para otra clásica, la que enloqueció a Baudelaire. Los microbios implicados en el primer crimen se hicieron resistentes, se atrincheraron en nuevas cápsulas proteínicas, verdaderos bunkers rabiosos de los que hay que sacarlos con kanamicina, una bala formidable que disparó el doctor Kanamate, japonés. Así que por lo que a ella se refiere no se preocupe, pierda cuidado, no tema usted, si algún problema le resulta me llama a mí.

La Muerte, que me tenía puesto el ojo desde chiquito, en realidad poco más me molestaba. Nada en mi niñez, casi nada en mi juventud. Luego se dio a llamar con toques quedos, luego menos, luego más, más fuertes, más, importunos, insistentes, y ahora arma un escándalo ensordecedor a mi puerta. Bruja le ladra sin dejarse intimidar: «A éste no me lo tocas, maldita». No sabe la pobrecita, la inconsciente, que somos las dos únicas uvas que le faltan de su cosecha; ayer, antier, una aquí, otra allí, ya el resto las arrancó, dejando desolado por doquiera su viñedo de eternidad. Mañana cuando despierte solo, cuando no te vea a mi lado, Bruja, saldré a abrir.

Estuve en el entierro del maestro González, mi tocayo, el primero a que asistí. ¿Éramos veinte, treinta? A lo sumo. Como chiquillos traviosos que en cualquier parte arman parranda, un sol risueño correteaba con la brisa por el cementerio nuevo de Envigado. Se metían a los huecos negros de las tumbas abiertas, los nichos ávidos, para volver a salir, a resbalarse por los mármoles blancos, a despeinar señoras, a sacarle chispas al cobre y al bronce de los floreros, de los letreros: «Lucas de Ochoa: mil ochocientos tantos, mil novecientos tal». La primera paletada de tierra sonó pesada en el silencio. Luego otra, otra, otra, deslizándose sobre el ataúd el montículo de tierra, vaciándose, desmoronándose, nivelándose. Un único orador, improvisado, un espontáneo, trepado sobre una tumba o no sé qué parapeto se echó un discurso estentóreo: que Fernando González, o Lucas de Ochoa, su alter ego, había vivido así

y asá, había ido a este lado y a este otro, y había escrito tales y cuales libros que acaso se los tragara en su voracidad el olvido, pero una frase suya, una al menos, ésa sí no se la iba a tragar, y nos la suelta:

—«Putísima es la vida».

Y se bajó. Y sobre el silencio sepulcral sonó mi carcajada. El maestro, mi tocayo, a quien no conocí, era un solemne cabrón: como en vida escandalizaba viejas saliendo de su Otraparte en pelota, así de muerto todavía tenía ganas de joder. ¡Con razón había ido a decirle mi adiós!

No le dio Dios el don de la palabra al presidente Turbay de Colombia. Ignoro si otros. Él es un hombre de pelo cortado al cepillo, corbatín de punticos blancos y rojos y una voz indescriptible: sólo suya. Por estos días, en el ir y venir de jefes de Estado que se ha desatado por el mundo, anda de visita en el país donde vivo. ¿A qué vino mi paisano? No lo sé ni me interesa, pero una cosa soy yo de día y otra soy yo de noche: sobre mis sueños no tengo el más mínimo control. Se me van por los caminos más impensados. Y así se fueron a la rueda de prensa del presidente Turbay, abriéndose paso a codazos por entre un barullo de reporteros. Me dio la impresión de hallarme ante un muñeco de ventrílocuo. Y sin embargo nadie le movía, nadie le prestaba los ademanes, la voz. El muñeco hablaba solo por su cuenta y riesgo. Luego, para aligerar las tensiones internacionales, se aflojó el corbatín, y se puso a contar chistes: lo dejaron solo.

—Esta espina no se queda adentro —dice—, mañana me la saco.

Y anoche volvió a convocar rueda de prensa: el corbatín se lo puso de pulsera, se quitó la peluca, la dentadura postiza, y quedó hecho una vieja calva, desdentada, despechugada. Para cubrirse las desnudeces me arrancó la sábana con que me cobijo, que está hecha jirones. Con uno de esos harapos a modo de severo rebozo se tapó la cabeza y declaró:

—Yo soy Golda Meir de Israel, pregunten.

—¿Y de los árabes qué? —pregunta el primer periodista.

—Les voy a dar por el Gólam —responde Turbay-Golda Meir, y suelta todo el mundo la carcajada.

Después le preguntan por los palestinos y dice:

—En vez de carne de puerco, me los voy a comer este sábado con ensalada.

Y al bombardeo de preguntas que sigue contesta con una sarta de genialidades: un collar de dos metros de perlas de inteligencia. La multitud, que llenaba una vasta plaza y sus alrededores, riéndose lo ovacionaba. Así salió la foto del periódico, que le mostré orgulloso:

—Ahora sí que se la lució presidente —le digo—, puso el nombre de Colombia por lo más bajo, por lo más alto.

Y él, con su modestia:

—Hacemos lo que podemos.

Habla en pluralidad ficticia como obispo o vendedor de almacén.

Al cementerio de Envigado volví la otra noche con Alfonsito, en mi Lambretta, a constatar: a constatar si no seguía en pie el Ángel del Silencio.

—¿Ves Alfonsito lo que me sospechaba? No está. Alguien lo ha debido de tumbar y lo quitaron.

Dejamos la moto oculta tras unos túmulos y asegurada con dos candados (no fuera a verla algún celador ladrón), y abriéndonos paso con una vela nos adentramos por los caminos de sombra.

—Mira ahí Alfonsito, ¿lo ves? Ahí está enterrado el maestro González, que por capricho se dio en llamarse Ochoa como tú. De suerte que tú eras tocayo suyo por el apellido de su doble: yo por el nombre del original. Pero pasemos adelante que te voy a mostrar la tumba de un muchacho. Mira bien, mira las fechas y saca la cuenta: diecisiete años vividos a caballo de los dos siglos, hace mucho. Por lo cual a Chucho Lopera se le escapó. ¿No se te hace todo el paseo una cabronada? Ven, sentémonos ahora a descansar, a meditar.

Sentados sobre la blanca tumba del muchacho divagando, abrazándonos, estrechándonos para no caer, íbamos en la frágil barquita de la vida al vaivén del hondo oleaje del vasto mar de la muerte que rugía bajo nosotros, cuando surgió la luna curiosa, y paso a paso, pasito, callada, con sus pasos de luz silenciosos se nos fue llegando por nuestra galería de tumbas la muy disimulada y entrometida, indiscreta, a curiosear:

—¡Cómo! ¿También aquí?

—Sí, también.

A quien corresponda o le pueda interesar: El suscrito, con cédula de ciudadanía ocho millones trescientos cuarenta y un mil doscientos noventa y cuatro de Envigado, Antioquia, en uso pleno y cabal de sus facultades mentales y legales, para lo futuro dispone y estipula: Que el cuerpo que deja atrás, que fuera de hombre libre en fiesta permanente de sí mismo, no se meta en ataúd claustrofóbico, cerrado, para festín de gusanos, ni se queme en horno crematorio ramplón: Se ha de quemar, sí, pero a cielo abierto, al fuego de una fogata de excursionista prendida con carbón de leña, en un bosque de abedules (o en su defecto pinos). Las cenizas, para que las disperse, se le confiarán a uno de esos espléndidos remolinos que se forman en las planicies norteamericanas por falta de montañas, y que con la misma facilidad se llevan lo que encuentran, granjas, pueblos y ciudades. ¡Al corazón del tornado!

Violadora de parajes recónditos, mi Lambretta llega adonde no llega el carro o el peatón. De tanto transitar por las carreteritas de este mundo se ha tropezado con una a medio terminar, cerrada, que apenas están asfaltando y que se tardarán varios meses en abrir: sube en espiral por la montaña hacia los paisajes friolentos de Rionegro y Llano Grande. Nosotros, una noche, saltando la alambrada que la cierra subimos por ella. Nosotros somos tres: su servidor y su Lambretta, y otro cuyos rasgos y nombre olvidé, no así las circunstancias íntimas que a él me ligaron esa noche, inútiles de revivir aquí pues se repiten ciegamente, empecinadas, monótonas, desde que bajó del

árbol el animal ese bípedo y criminal, infatuado y efímero.

En una explanada de una curva nos detuvimos a contemplar el panorama: expandida, espléndida, Medellín, la villa, que se ha pegado un estirón como de muchacho de quince años. ¡Y yo que la vi nacer! Bueno, es un decir, ella me vio a mí, pero nos llevábamos poco tiempo: dos siglos en que por esperarme no avanzó nada. Pero aterrizo yo, me ve y le entra la locura: a correr, a crecer, a no dejar lote baldío. Ya llenó el valle, ya llenó las anexas montañas: a uno y otras los ha empedrado de luces. Que ahora, a mis pies, palpitan de intimidades. Mi mente sucia, que no se conforma con lo que mi cuerpo tiene entre manos, se da a divagar por el barrio de Boston, por el barrio de San Javier, por el barrio de Manrique... Cuánta pasión contenida allá abajo bajo esos techos, encerrada, aprisionada por un carcelero indetectable, implacable, quemándose sola. En San Javier vive Jesús Lopera, mi amigo, y en mi locura que desvaría pienso en un redentor. Nos subimos los pantalones, volvemos a la Lambretta y emprendemos el descenso. ¡Cómo puedes ser de bello, Medellín, de noche! ¡Por qué amaneces!

El fluoroacetato de sodio es uno de los raticidas más potentes con que cuenta el hombre: estable por períodos prolongados y uniformemente letal, no sólo para los roedores a quienes va dirigido, sino para cuanta especie se le atravesase en el camino incluyendo al presuntuoso *Homo sapiens*, el envenenador. Pruébelo y verá. Es un polvito blanco, fino, soluble en agua y sin sabor. Como quien dice la muerte insípida. Aspirado su toxicidad umbral límite es de cinco centésimas de miligramo por metro cúbico de aire. Tomado, con un cuarto de gramo disuelto basta. De modo que ya sabe las cantidades. Si cree que oliéndolo le causa tos y lo prefiere en líquido, tómese lo con un brandy fino, o mejor coñac, o mejor champaña y de Champagne que la ocasión lo amerita.

Con aguardiente se lo han debido de tomar los muchachos de Envigado que desataron la epidemia de suicidios: cinco o seis en una primera ola. Después vinieron otras en marejada. Entre tanta insensatez (la juventud tiene prisa), los iniciadores tuvieron al menos la buena idea de irse a tomar el coctel al cementerio: al viejo cementerio nuevo de Envigado, donde a falta de tornado yo quiero estar. A las familias les evitaron el acarreo. ¡Cuánto quisiera en cambio ya ir yo en carreta! Pero al descubierto, sin la camisa de fuerza de un ataúd, boca arriba, respirando, viendo pasar las nubes tras las copas de los árboles, sin respirar, sin ver...

Se mataron y nunca supe por qué. Tal vez por la suprema razón del hombre, que es de los niños: porque sí. Se fue en el primer viaje un hermano de Alfonsito, de dieciséis años que aún me pesan. No lo conocí. De haberlo conocido lo habría llevado al mismo sitio pero con mejor intención: a vivir.

Tomado el polvito blanco, fino, insípido, soluble en agua, sigue un período de latencia de treinta minutos a dos horas, tras el cual se inicia el cuadro clínico: irritabilidad y hormigueo nasal que se extiende a la cara, a las extremidades, calambres, vómitos. Luego convulsiones generalizadas y depresión neurológica hasta

llegar al coma. Si se hiciera el electrocardiograma, manifestaría un aumento en la amplitud de la onda t y ritmo irregular junto con contracciones ventriculares prematuras que progresan hasta la taquicardia y fibrilación ventricular. El mágico tambor para entonces su redoble y se paran las ambiciones, las ilusiones, los sueños...

Solía ir con Adolfo, la olleta indígena, a las mangas de donde arranca el cerro de Monserrate, abriéndonos camino a tropezones por entre la perra oscuridad de la noche y sus rastros. Se arrodillaba él sobre la tierra fría y húmeda, y mirándome con mirada oblicua, suplicante, como elevada a un dios de bruma, me abría la bragueta y se daba a hacer lo que le dictaba su marica gana. Y mientras hacía lo que quería, lo que le saciaba, lo que le tranquilizaba, como Dios mandaba, yo miraba las estrellas y la iglesia encendida allá a su lado en el pico de Monserrate y pensaba: «Vida inmunda que me das nada más esto perdiéndose tanta belleza en los barrios del norte». Pero era al menos un muchacho, no otro viejo más entre el viejerío que en cada esquina me resultaba como perras en celo. Algo después, mirando siempre al vasto cielo, perdiéndome por su Vía Láctea le encharcaba la cara. Aunque llevaba conmigo un pañuelo blanco, limpio, de blancura inmaculada me abstuve de dárselo. Así que se tuvo que limpiar con la manga de su chaqueta.

—Piensa en la infinidad de hijueputas que se van ahí —le dije—, de los que se escapa el mundo.

Lo que más he querido es mi abuela. La he querido de aquí hasta la estrella Alfa Centauro, y de ahí al confín de la última galaxia. Una vez más, como ven, el sistema decimal no me alcanza. En cuanto a ella, sé que también me quería, y más que a ninguno de sus numerosos hijos y nietos. No más, sin embargo, que a mi abuelo, su esposo, a quien le había entregado desde hacía mucho el corazón, su corazón de paloma, humilde, manso, plácido... Y así era su amor por mí frente al mío por ella desesperado. Yo la quería instante por instante, uno a uno, contándolos, sabiendo que se acaban, que se van, que se los lleva la brisa que barre el corredor de Santa Anita soplando traicionera.

Ahora la abuela nos está sirviendo la comida, y el reloj del caballito dice siete veces «Tin Tan»:

—Son las siete, trasnochadores, les queda una hora para el rosario e irse a dormir.

A la mesa del comedor estamos el abuelo, Elenita, Darío y yo. La abuela, sirviendo, va y viene del comedor a la cocina, de la cocina al comedor, pasando por el repostero, hasta que por fin se sienta. Ya ha callado su alharaca el reloj y comemos los cinco en silencio, en un silencio inusual. Sin que medie razón ninguna nadie habla. Entonces el tintineo de los cubiertos chocando contra la loza adquiere un peso desmesurado, llena con su absurdo el mundo. Sintonizados mi hermano y yo en la misma onda, nos reímos con risitas contenidas. Sintonizados los tres viejos en su onda, nos miran de reojo con extrañeza. Cuando pruebo con mi cuchillo el timbre de un vaso, que dice «¡Tin!», Elenita protesta:

—¡Eh, se embobaron éstos, ni que estuvieran marihuanos!

¿Marihuanos? Fue el bulto de leña seca que enloqueció la hoguera. Prorrumpimos los dos en una carcajada convulsa, en un ataque largo, lívido, espasmódico, que nada podía contener, apretándonos la barriga para no reventar ante la Muerte atónita que se negaba a creer semejante ultraje: que dos se le murieran de risa en su mera cara.

—Se embobaron —decían por todo comentario los viejos, y más leña para la hoguera.

De toda evidencia, la palabra que desató la explosión la captó Elenita en algún jirón del pensamiento nuestro que le llegó en el viento. ¿Cómo, si no, pudo saberla esa pobre vieja enferma que vivía encerrada en esa finca, sin salir, lejos de toda nueva realidad? ¿Y cuando la palabra ni se conocía en Medellín, donde de los nombrados no había más que Santa Isabel, sus atracadores y yo? ¿Y cuando de mí nadie podía sospechar? ¿Y de Darío menos, pues esa noche, justamente, entraba a la hermandad del humo porque yo lo inicié? No, Elenita simplemente leyó en nuestro pensamiento, y sus labios, maquinales, repitieron lo que leyeron, esa palabra cuyo sentido profundo desconocía y habría de morir sin conocer. Una dolorosa barrera se alzó de súbito entre nosotros y ellos, entre mi hermano y yo que nos reíamos y los abuelos que nos observaban extrañados. Pese a mi inmenso amor por ellos los sentí infinitamente lejanos, perdiéndose en la bruma de su realidad, otra realidad, su ajena, muriente realidad.

Un viento polvoso que hacía lagrimear los ojos me impedía forjar el cigarro. Íbamos en un vehículo abierto, montados en la velocidad. El aire denso, vuelto viento a nuestro paso, como perro de carretera nos seguía ladrando, estorbando. Era la noche de los siete toques del reloj del caballito pero algo antes, sobre las seis y media calculo yo pues ya había oscurecido: una oscuridad alígera, polvosa, por la autopista del sur que pasa a un par de kilómetros frente a Envigado. Y autopista es un decir, aunque recta era una carreterita como cualquiera de Antioquia, llena de baches. Mientras algún muchacho me servía de rompevientos, de pantalla, yo limpiaba de semillas la hierba inefable. Y se las iba dando al viento loco rabioso para que se contentara, como quien yendo en trineo por la nieve polar les tira a los lobos su mujer. El viento, impredecible, las recibía con beneplácito y las depositaba suavemente, a su capricho, cual pólenes preciosos con domo de pelusas o paracaídas a la vera del camino. Es la hermandad de los hachidis como la Iglesia y el comunismo: proselitistas. Siembran para cosechar. Germinarán las semillas, se expandirán, se abrirán en hojas lanceoladas de un verde impúdico.

En ese papel deleznable de los cigarrillos Pielroja, su blanca sábana, luchando contra las impertinencias del viento mis dedos torpes armaron el cigarro que mis labios sellaron con saliva. Lo encendí, y tras de aspirar a golpes secos su humo antiguo que ahoga el alma, antes que a nadie se lo di a mi hermano:

—Trágatelo todo, que no se pierda.

La secta de los hachidis cuida el humo como Santo Tomás el esperma: como si

escaseara. Supongo que dejamos la autopista doblando hacia Envigado y Sabaneta, pues estábamos en Santa Anita, sentados a la mesa del comedor, al dar las siete. No sé de quién era el vehículo abierto, ni por qué no íbamos en nuestro Studebaker, ni quiénes venían con nosotros, ni quién manejaba. Sólo sé que en el instante fugaz, que por esa carreterita recta, indefectible, se iba rumbo a las siete campanadas de un reloj demente a velocidad endemoniada, por virtud del genio que se expandía hasta el cielo en el humo del alma arrastraba a mi hermano a mi destino.

Llegaba a las cinco a Junín, pasaban las bellezas... Puesto que en copretérito acaba siempre el repetido presente, la cotidianidad, que es lo que uno es y no otra cosa, el copretérito debiera ser el gran tiempo del recuerdo. No es así. Es el tiempo del olvido: el fondo opaco del cuadro, la trama repetida de la tela sobre la cual, aquí y allá, resaltan engañosos unos cuantos toques de luz. Los toques de luz son el pretérito: Abrió Clodomiro con su manajo de llaves la puerta y entré con Rodrigo al cuarto. Cuánto se traiciona la verdad escribiendo en toques de luz, en pretérito, según la vieja fórmula del relato que reduce la vida a sus solos momentos radiantes, los que del pantano de la repetición y la costumbre rescató la memoria. Es que el pretérito hace creer que la vida es luz, y más que luz la vida es fondo. Cualquier vida: la de Don Juan, la de Casanova, la de Jack the Ripper. Monótonos y repetidos, aman y matan como reza la monja de clausura. El recuerdo entonces, al no conservar las infinitas variantes de la monotonía, de una burda pincelada traza el fondo: A las cinco solía llegar a Junín... Toda mi vida por años cabe empero en esa frase. Lo demás es memoria, presunción.

Cuánto quisiera saber decir cómo atardece de distinto en los barrios de Medellín: en Manrique, en Aranjuez, en Prado... Cómo se marcha de distinto la luz. Cómo pesa de distinto el aire. Cómo se van de distinto por el aire las palabras. Cómo en su quietud sonámbula, ya en la última frontera de lo real, a un paso de la revelación, en el lindero, al límite, desafiando el enigma, la tarde se me vuelve sueño de marihuano.

Mi amigo Florencio Sánchez despanzurraba las palabras. Las inflaba hasta la hipérbole o las minimizaba hasta la aniquilación. Decía «pobretón» y hablaba de un millonario, y llamaba «genio» a cualquier medianía de su vecindad. Sus límites de significado no eran los míos, los de usted, los de todo el mundo. Haciéndose así el loco poco a poco lo logró, y paseaba su locura por un inmenso jardín: a veces, no siempre... Su mal, creo, era semántico pues su sintaxis andaba bien (hacía la concordancia de género y número como manda la Academia), pero en cambio, sin ser daltónico pues veía el verde verde y el rojo rojo, manejando uno que otro carro robado se detenía en los sigas y arrancaba en los altos, a velocidad endemoniada: «Mi mamá es mi papá». Por sus descripciones minuciosas («Las palabras me entran por aquí, doblan por allí, salen por allá») logré localizar su mal en la tercera circunvolución frontal izquierda del cerebro.

—¿Y qué sientes ahí? —le pregunté.

—Siento una broca —y hacía con el dedo índice el movimiento tembloroso de un

taladro.

¿De dónde sacó la palabra «broca» este ignorante animal? Váyase a saber. También sin hablar portugués llamaba «rua» a la calle... Para acallar tantas voces desviroladas, para no oír más el taladro agujereándole ese caos de adentro, una tarde en que yo soñaba, con sendos tacos de dinamita metidos en sus dos oídos Florencio Sánchez se voló al más allá. Aunque no soy novelista de tercera persona, sí les puedo asegurar que lo último que oyó mi amigo fue la explosión.

La tarde esa del gran ruido se iban mis sueños en pos de los relatos de Aristóteles y sus griegos violadores de cadáveres, volando mi vasto vuelo sobre el campo de la extinta batalla, descendiendo, descendiendo en círculos trémulos, midiendo a ras del suelo la devastada discordia, burdos bronces de brillos filosos que hieren mis ojos de buitre, de zopilote, la coraza, el broquel, la greba, la lanza y el casco de crin del impúber guerrero, hacia él, hacia él, el más hermoso de la Hélade santa, cálido aún por su último ímpetu, a apagar en su cuerpo a picotazos el mío, contra el sudor y la sal y la sangre entre el brillo dorado. Sobre el ritmo de sus formas, silencioso, en la áspera quietud, vuelto el último eco del combate rumor de mar salobre, el viento acre hincha la clámide y mi turbación se embriaga. Miran mis ojos de carroña sus pies en las sandalias inmóviles, que jamás volverán a transitar la tierra. Hijo de la gran puta quien me meta en un ataúd y a mi libertad soberana. Que lo que no ató el tabú, ni el amor, ni el dogma lo dejen libre, que se aniquile libre sobre el montículo agreste adonde puedan bajar compasivos, piadosos, voraces los gallinazos. Entonces podré volar. Me iré con ellos en su vuelo ancho, plácido, el más espléndido que surcara los aires, que soñaran mis sueños, vuelo negro, preciso, impecable contra mi cielo azul.

Aquí el viento pulsa estas persianas como un virtuoso el cordaje de su laúd. Pero no modula, siempre en do mayor y do mayor, y me impide recordar.

La otra tarde (hace cincuenta años), vino Lorenzo Hervás y Panduro, de la Compañía de Jesús, a visitarme, a mi casa de Laureles, esto es de mi familia, su manicomio. A visitarme pero como le llegaba de visita a la mujer de mi tío Argemiro san Nicolás de Tolentino, convocado por ella para que le trajera el mercado: yucas, papas, plátanos, panela y si puede carne, san Nicolás, que está carísima. Si bien a mi invitado lo llamo yo por diverso motivo, por caprichos del alma.

Ya va para dos siglos que Lorenzo Hervás y Panduro se marchó de este mundo, y dos siglos bien contados desde que, con su orden jesuita, hubo de salir del reino expulsado por Carlos III, expulsado de su España cerril. Pero ¿España cerril? ¿No es un pleonasma? No sé, hoy la lengua se me enrevesa con el viento. Pero pase, pase reverendo padre y siéntese donde se encuentre a gusto menos en ese sillón que es el de san Nicolás, que como es invisible no se sabe si está o no está. Echado pues usted de España se fue a Roma, donde el Papa le nombró bibliotecario del Quirinal (corríjame si estoy desbarrando), y entonces se embarcó en su locura, de una magnitud tal que me desafina el tímpano bueno de admiración: la Idea del Universo, en veinte tomos, donde iba el catálogo de las lenguas de las naciones conocidas.

Trescientas registró usted, de las que compuso las gramáticas de cuarenta. Otras más se le quedaron inéditas o inconclusas, pero lo cierto es que en esa cantidad de gramáticas está la clave del asunto, la novedad de lo suyo. Antes que von Schlegel, que Humboldt, que los Grimm, que Schleicher, que Bopp, que Pott, que Rask, usted trascendió la gramática y vislumbró la lingüística. Jesuita y todo y así lo hayan olvidado, es pues usted un personaje de la dimensión que a mí me gusta, desmesurado. ¿Qué quiere tomar? ¿Un café? ¿O un vino de consagrar? Del que toma Fausto, el loro que ve ahí en su parra, para que se le suelte la lengua, es decir la física, no el idioma que es cosa más sutil. Es él un loro monocorde, que sólo sabe berriar y arriar la madre, no modula. Y lo que ve en ese extremo es un piano de doble teclado en que estudia mi hermana Gloria, un instrumento de tortura.

Ahora vamos a lo que vamos, a lo que le quiero decir: el proverbio. ¿Sabe lo que es? Es el sustituto del verbo, su reemplazo. Lo que es el pronombre al nombre lo es el proverbio al verbo, y ahí va un ejemplo: «Pensaba yo matar a mi vecino mas no lo hice, se me olvidó». Ese «hice», que suple a «matar», es el proverbio. ¿Otro ejemplo? ¿Quiere otro ejemplo? No lo hay. «Hacer» es el único proverbio que conozco en español. Pero, me dirá usted, ¿toda una categoría gramatical para una sola palabra? ¡Claro! Un solo salesiano justifica el Infierno.

Lo que le quiero decir en suma, reverendo padre, es que el idioma es como una anguila: escurridizo, inasible. De los gramáticos nuestros Andrés Bello, el que mejor dio cuenta de este idioma, no la dio ni del diez por ciento. El resto se le escapó como se le escapó a Nebrija, a Valdés, a Salvat, al «Brocense», y como se le escapará a todo el mundo —togas, levitas, birretes— porque la lengua cuando quiere, y en casi todo momento quiere, es irracional, y la gramática no: es necia. Y hablo de la gramática particular de un idioma, que de la general ni se diga. No conozco mayor cerrazón, después de la de Marx y los escolásticos, que la de los monjes de Port Royal con su sueño de una gramática universal y eterna, lo cual usted bien sabe que es una aberración. Aberrare, ir errante como voy yo, y por el cielo mi estrella fugitiva. Pero están por dar las cinco y debo irme a Junín. Le dejo con el vino, para que se entretenga, un pequeño rompecabezas: «Un niño lo más de lindo», que debe de resultar de «Un niño de lo más lindo», o sea «de lo más lindo que hay». Dígame si ese «lo» neutro y el probable desplazamiento de la preposición y la probable elipsis no son una locura. ¡Al diablo con los gramáticos! En cuanto a los niños de Colombia, de la ciudad o el campo, lo mismo da, son irrespetuosos y altaneros. Sin más inocencia que la del cuerpo, que les ayudaremos a perder, tienen de odio roída el alma. Soy y son y somos un país de rencores. Dionisio, Apolonio, Donato, Macrobio, Prisciano, Varrón, Reuchlin, Clénard, Ibn Barun y Beda y Alcuino y Aelfric y Sibawaih de Basra, gramáticos del griego, del latín, del sánscrito, de todas las lenguas y todos los milenios y todas las palabras... Torre de Babel, ruega por nosotros.

Grandes diferencias había entre Chucho Lopera y su admirador. Él no tomaba: yo sí. Él esperaba: yo no. Tenía su sobriedad la paciencia de aguardar un muchacho un

día, una semana, un mes, un año, hasta que al fin, así fuera en el lindero de la vejez, a todos los lograba. Por veinte barrios de Medellín se extendían sus cultivos de bellezas. Así, claro, podía darse el lujo de esperar: hoy cosechaba lo que sembró ayer. Yo en cambio, ajeno a la agricultura y sus paciencias, me he pasado la vida entera dándole bofetones a la realidad. Con ese pensar alicorado de que es mucho lo que se tarda en cambiar de disco el traganíquel, y que a nadie se puede aguardar más de una copa, lo que dura su canción... ¡Equivocadamente hasta el umbral de las sombras!

Don Juan al revés, Jesús Lopera sólo vivió para conseguir muchachos. Ni el alcohol, ni la fama, ni el saber, ni el poder, ni el dinero le tentaron. Tan sólo, simple y candorosamente, los muchachos: los de Medellín y la tierra. Era su mal el ansia del absoluto. ¿O de lo absoluto, padre Lorenzo? ¿Cómo prefiere usted? Porque las cifras de su paisano Don Juan frente a las de mi amigo las veo ridículas. Ya contaba Chucho en millares cuando le conocí, y no llegaba a los veinte años. Después muchos años pasaron y le perdí la pista y le perdí la cuenta. Después, una noche, en un tiempo ajeno y un país ajeno, me encontré en un bar a José, alias Don Camilo, de sopetón, y de sopetón me dio la noticia, la del surtidor ese rojo que brotó y fue a romperse contra el techo. En ese instante decidí escribir su vida de santo. Sé que jamás lo haré. No quedan documentos. Y el viento no responde, y ruge si responde. Bienaventurado, en fin, Jesús Lopera y quien como él es hombre de un solo empeño. Sólo la gula, sólo la soberbia, sólo la avaricia, sólo la lujuria, no todas juntas. Bienaventurados ladrones, borrachos, lascivos, prevaricadores, marihuanos, que no abarcáis en la estrechez de vuestro espíritu todo el exceso de la tierra, porque de vosotros es la paz del cielo.

—Por Chucho —le dije a Don Camilo, y apuré la copa con que me encontró en la mano—. En su recuerdo.

¡La libreta! ¡La libreta! ¿Te acordás, José, de la famosa libreta? ¿Con sus incontables nombres que le rememoraban los más exuberantes pormenores? ¿Y el alarde y el oprobio exultante? Éste es así y se consigue así. E iban desfilando blancos, negros, indios, zambos, rolos, mestizos, mulatos, y todas las combinaciones de la mala sangre que en tu país se dan, saltando alegremente hacia atrás rumbo al simio original.

Y sin embargo, al final de cuentas Chucho Lopera no era más que un solemne granuja, falto de maneras, envanecido, insolente, que jugaba con usted, conmigo, con el señor rector, con el señor cura, y a todos nos ponía a trabajar para sus fines, que eran los nuestros. El cura le prestaba la casa cural, yo la moto y el rector el colegio. Sí, un solemne granuja. Pero no podía ser de otro modo; los caballeros están bien en los torneos donde se puedan sacar a gusto uno que otro ojo y romperse la espina dorsal o la crisma, en el Metropol y el Miami de Junín no. ¿Qué van a hacer? ¿Qué polvo pueden levantar donde no hay pista? En Medellín además les roban la armadura y para ajustar los remata un carro; uno de esos carros rabiosos que por allí circulan sin tarjeta del antirrábico. No, en la capital de la granjería no sobrevive

caballero, se lo digo yo que me tuve que marchar.

El año que anduvimos juntos hacía Chucho el primero de derecho y ya sacaba a cuanto pícaro podía de la cárcel a asolearse al sol del día: rateros, atracadores, violadores, cuchilleros, muchachos todos que su generosidad encartada después repartía entre sus amigos. Esto es, los aún vivos: Óscar Piedrahíta, Jaime Ocampo, Pacho Roosevelt, los Jorge Valencia, Alberto Valderrama, nombres que a usted nada le dicen pero a mí sí: una vida. Aunque alguno a mí me tocó de ese reparto de ex presidiarios, ésta es la hora, sin embargo, en que no sabría decir si fue de esos regalos de Chucho, o de los de Santa Isabel de la Sierra, de los que surgió mi fascinación por el hampa. Mi fascinación fascinada. Vuelvo tan sólo a lo ya dicho, a lo postulado, al matiz. Al reino del timbre y el bouquet, que es el mío. No es lo mismo, y Marx lo sabe, un muchacho de Laureles que un muchacho de Aranjuez, porque si en Laureles no amanece igual en Aranjuez atardece distinto, y en éste, con todo y su bello nombre, la luz brilla de pobre mientras que en aquél brilla de rico. Chucho, mensajero de la paz social, instalaba su ecuménica paciencia una semana en las cantinuchas de Aranjuez, otra en las heladerías de Laureles. Y le iban llegando los muchachos. Unos le traían otros, y otros otros. A unos les daba discos, a otros aguardiente, a otros camisetas, a otros calzoncillos, a otros marihuana. Y a todos y con la misma convicción amor eterno. A alguno que se nos acercó, no sé dónde y no sé cuándo, a reprocharle tanta promesa mentirosa y traicionera, oí que le contestó: «No existe el amor: existen momentos de amor». Es la única frase textual del santo que recuerdo. Con eso de que no soy Funes el memorioso ni novelista sabelotodo... Aquí la consigno para la posteridad. O para la historia de la zarzuela.

Cuando Glorita cumplió cinco años decidí que puesto que en dos siglos Mozart no se había repetido, ya era hora de acabar con el monopolio y que ella se sentara al piano a tocar. Le jalé con cariño la espiral de sus rizos dorados, le di un par de besos tiernos en la frente y la senté al inefable:

—¿Ves estos grupitos de teclas negras, de dos y tres, sobre las teclas blancas?

Y ella:

—Sí.

—Pues abajo de los grupitos de dos, del lado izquierdo, o sea de éste, donde te palpita el corazón, está el do. Vamos a ver: ¿cuál es éste?

—Do.

—¿Y éste?

—Do.

—¿Y éste?

—Do.

—Sí mi vida, son todos do y tú un prodigio, un genio, y te voy a hacer la mejor pianista del planeta tierra, para que se revuelquen de envidia negra en sus tumbas Liszt y Bussoni y von Bulow, van a ver. Y ahora a aprender la escala.

Después del do sigue el re, después del re sigue el mi, después del mi sigue el fa,

después del fa sigue el sol, y se tocan ascendiendo o descendiendo así, con los dedos en orden como los puso en orden la madre naturaleza. Si quieres seguir hacia arriba tocas el la con el dedo tres, este de enmedio, haciéndolo pasar sobre el uno como un maromero. Luego tocas el si con el dos y el nuevo do con el uno y listo, ya estuvo la escala de do mayor. Y se la hice tocar, subiendo y bajando, con la mano derecha, con la izquierda, con ambas juntas. Y dándole un sonoro beso en su mejilla rosa declaré:

—Basta por hoy, que no se canse el genio.

Cayó en la trampa la niña, la pobre, la ingenua. Creyó que siempre iba a ser así y que se aprende piano con la misma facilidad con que rueda el mundo, de cabezas patasarriba dando la voltacanela. ¡Inmenso error!

Dócil y alegre volvió para la segunda lección al segundo día, y tras de pulsarle el acordeón de sus rizos dorados recomenzamos: tocamos la escala aprendida y pasamos a leer el pentagrama. A la media hora:

—No niñita, la bolita de la primera línea en clave de sol es mi, no fa.

Fue mi primer no, y tras ese no vinieron otros, otros, otros, tiernos, menos tiernos, ásperos, furibundos, y a la segunda clase siguió la tercera, la cuarta, la quinta, y para la quinta era su vida y la mía y la clase y mi casa un infierno.

—No, maldita, te dije que no era la, es si. ¡Si! ¡Si! ¡Si!

Y su servidor, el maestro, el demonio, le mordió el dedo índice, el anular, el meñique para que se le grabara con mis dientes furiosos la correcta ejecución. Lloró y le mordí la cabeza:

—¡Cabecidura!

Y me la llevé al lavamanos a mojarle con agua fría su cabeza caliente, recalentada, para que se le despejara mi ofuscación. Y vuelta al piano y ¡da capo!

—Y no me volvás a cometer el mismo error, maldita, o voy por el cuchillo a la cocina.

Cuántas veces no quise ir a esa cocina por el tal cuchillo para rajarle los dedos y sacarles los huesos y darles soltura, velocidad. ¡Dedos etéreos que pulsaran las teclas como ahora a mi persiana el viento!

Decimaquinta lección:

—Glorita niña: nadie te quiere ni te ha querido ni te querrá como yo. Por eso entiéndeme: las teclas son la prolongación de tus dedos, siéntelas, dóciles, y siente cómo tras de la tecla se va el martillo a percutir la cuerda que te resuena el alma. Porque tú eres el alma del piano, su cajita de resonancia límpida, pura, tintineante. Lo demás, tus dedos, el teclado son materia vil.

Émulo de Edison y compañía, yo soy el inventor del piano de doble teclado, una verdadera genialidad o maravilla que ni sé ni cómo se me ocurrió. Es a saber: por un lado un piano como cualquiera, normal como usted y yo; y por el otro otro, ídem, igual. Pero los dos conectados tecla a tecla por sutiles cables de alta tensión. El primer piano guía, el segundo electrocuta. Aunque ni tanto, electriza nada más: le manda al dedo culpable, el que tocó la nota falsa, una pequeña descarga eléctrica que

lo deja escarmentado, sin ganas de reincidir. El primer piano, claro, lo toco yo, el maestro; el segundo lo toca la alumna, lo toca usted.

—Da capo, Glorita.

Do mi sol si do re do... Estamos tocando ahora la tercera sonata de Mozart, en Do mayor, acompasados, sonrientes, exactos. Sonriente yo y sonriente ella, con su mueca, para probarle a Liszt que nos burlamos de la dificultad. Dedo de ella que no entra a tiempo, que no da justo, al desfasarse del mío correspondiente recibe su pequeña descarga eléctrica, su merecido. Así que lo que más te conviene es ni un error. Total ¡si es tan fácil tocar el clavecín! Ya lo dijo Bach: la nota justa en el momento justo con la intensidad justa... El resto es aire, pretensión.

Severo, cabizbajo, entre el reducido cortejo, iba tras el féretro el maestro González aspirando a pulmón pleno el olor del cadáver. Y el muerto adelante en su ataúd, en su ataúd volador en vilo volando con el viento. ¡A cuántos no describiste así, cabrón asistidor de entierros! Lo que nunca te imaginaste es que yo iba a ir igual, detrás del tuyo, viendo cómo te marchabas en paz en tu caja negra. Paradójica historia el que, sin yo saberlo (lo supe años después, treinta o cuarenta, cuando leí tus libros), el primer entierro a que asistí fuera el tuyo, habitué de esos luctuosos paseos. ¡Hijo de la gran puta quien vaya a mi entierro!

La Bruja tiene un reloj interno de maniática precisión: a la hora de comer quiere comer, a la hora de salir quiere salir, a la hora de correr quiere correr. Y ni un minuto más ni un instante menos, ella con sus manías y su servidor es su esclavo. Otros andan peor, enfermos del absoluto... Los niños se me acercan por el parque a indagar:

—¿Aún no ha mordido?

—Aún no —contesto yo y seguimos.

¡Vaya pregunta, qué idea! Como si para ella el acto trascendental de su existencia fuera morder, su razón suma. ¿Y la de la mía cuál es? Paseándome con la Bruja por ese parque, pensando en Glorita y mi concierto, el único que di, mis ojos de abatida soberbia extraviados por el suelo se encontraron un letrero, escrito con plumón rojo sobre el sardinel blanco que bordea el sendero de adoquín: «Nos vemos luego en la tienda», y firmado abajo unas comillas. ¿Cuándo es luego y en qué tienda y con quién me veo y quién me ve? Todo en el mensaje me intriga y me inquieta. A juzgar por la caligrafía y la ocurrencia de dejarlo en el piso (¿por qué no mejor en el viento?) diría que lo escribió un chiquillo de unos doce años, explorador. ¿O no mi querido Watson? Esas letras mayúsculas, de imprenta, como aprenden a escribir hoy los niños... Si ignoran la minúscula manuscrita, ¿cómo pueden alcanzar velocidad? Ha vuelto el hombre a la escritura en mayúsculas del latín antiguo. ¿No se les hace una locura avanzar dos milenios para retrocederlos de un tirón?

En la sala de conciertos del Instituto de Bellas Artes fue el mío, el primero, el último, el único que di: un mísero concierto de fin de curso en que tocaban otros, y que yo cerraba con un estudio de Chopin y un impromptu de Schubert del opus

noventa, en Sol menor. Saludé, me senté al piano, al Steinway espléndido, y toqué el estudio que llaman revolucionario a velocidad endemoniada: notas secas, cortas, parejas, ejecución impecable, sin una nota falsa, sin alma, como debe ser. ¡Pum, pum! se acabó. Aplauso cerrado mas no me levanté a agradecer, no se me fuera a ir la buena suerte. Y atacué el impromptu de Schubert igual, como un dardo, una saeta, derecho al alma. Ovación. Tal ovación que se soltó el aguacero. Sobre el techo de teja y lata, fervoroso, con un repiqueteo unánime el cielo también se dio a aplaudir. Me incliné una sola vez, mirando a todos de reojo con una mirada ingrata que quería decir: «¡Ingenuos!» y salí del escenario. Todo había sido una doble carambola de cinco bandas, un irrepetible chiripazo... Adentro Annamaría, mi maestra italiana, me dijo:

—Vuelve a salir que siguen aplaudiendo.

Y yo:

—No.

Y ella:

—Sí.

Volví a salir y el inmenso aplauso se me vino encima como una ola bañándome hasta la coronilla. Me incliné, sonreí, fui al piano y lo cerré. Y dándole la espalda a su negrura reluciente de prisioneras teclas blancas me volví a retirar, para la eternidad.

—¿Qué hiciste? —preguntó Annamaría.

—Nada —le contesté—, que esto se acabó. Si no tengo música propia en el alma me retiro, me voy al diablo. No nací para repetir lo que escribieron otros. Que lo repita un loro y que lo grabe un disco. Y adiós.

Tal es la historia de mi soberbia, de mi fracaso. Lo que sigue son variaciones sobre el mismo tema, sueños vueltos humo y humo recuerdos... En cuanto al piano de doble teclado que conoció el padre Hervás y Panduro y que usted oyó, también se fue al demonio: cuando mi padre, madre, tíos, hermanos, abuelos, el populacho ignaro, me quitaron a Glorita de las manos. Y así Mozart se quedó sin continuación.

Era un galpón inmenso repleto de muchachos. Cientos, cientos de muchachos de Manrique, de Aranjuez, de San Javier, de La América, reclutas que nos presentábamos a ver si servíamos (o mejor, si no servíamos) para el servicio militar. Un cabito arrogante (¡cuál no!) ordenaba a gritos con voz chillona: que en fila, que marchen, que esto, que lo otro, que fuera ropa. Y a obedecer, rebaño. A desvestirse todos poniendo la humilde ropa sobre el humilde piso frente a los pies descalzos, en montoncitos. ¡Qué espectáculo deplorable! El ser humano se devalúa mucho en pelota y en tanta cantidad. Se le quita la ropa y se le quitan de paso los signos. En fin, todas las estaturas, todas las contexturas, todos los colores, todos los tamaños, y todos acobardados como pollos mojados, y en el aire un sentimiento penoso de incomodidad y pudor. Y para acabar de ajustar, el ridículo: que lo que la santa madre naturaleza hizo para mirar al cielo mirara al suelo... Verdaderamente y de veras lamentable.

Dos filas se formaron: una larga larga larga, de los que no tenían impedimento; y otra corta corta de los que sí. «¿En cuál me formo?» pensé. En la corta, claro, no iba a pasarme un año entero de servicio militar oyendo rebuznar los burros. Así que en la corta me formé. El cabito nos fue revisando uno a uno, inquiriendo áspero, insolente, con su voz chillona:

—¿Usted qué tiene? ¿Qué alega?

Uno dizque sufría ataques de epilepsia, otro dizque era hijo único, otro dizque tenía la columna vertebral rota, otro dizque no veía de aquí allá. Y así de pregunta en respuesta el cabito se llegó hasta mí:

—¿Y a usted qué le pasa, qué tiene? —preguntó.

—Yo soy marica, mi general —contesté.

Un bofetón sonó sobre la carcajada unánime. Me tambaleé mientras adentro, en mi cerebro, vibró una infinidad de neuronas. Bajo los incontables armónicos mi oído absoluto reconoció el acorde: ¡Tónica! ¡Do mayor!

Luego, pensando en Cristo y en su otra mejilla añadí:

—Además en una guerra con Venezuela jamás empuñaría un arma contra un venezolano, porque si el de ellos es un país roñoso éste es más.

La mente obtusa del cabito no comprendió bien la frase; captó sí el desacato, la insumisión, y ¡plas!, otra bofetada en el otro cachete. Entonces, vive Dios, fue el acabose, lo que podía ocurrir ocurrió: de golpe y porrazo lo que miraba al suelo miró hacia el cielo, duro, rígido como riel del Transiberiano, hierro congelado en frío hirviendo. La carcajada general fue soberbia: dos, trescientos muchachos en pelota reventándose de la risa y el cabito y yo en el centro, él con su uniforme verde y la cara roja de ira y bochorno, yo demudado y desnudo en semejante situación. Un balde de agua fría es lo que me hacía falta para apagar el incendio, ¿pero quién lo traía y quién lo mandaba a traer? ¿El cabito? En el mundo de los signos, que es el de los animales de dos y cuatro patas, tras mi rígida respuesta su autoridad se derrumbó. El instante efímero se hizo entonces eterno. «Como no viene el balde, me dije, piensa en tus muertos queridos». «Aún no los tengo», me contesté. «Piensa entonces en tu primera comunión»: «La olvidé». «Trata, trata de recordar». Así volvió a mi mente olvidadiza el momento esplendoroso de mi primera comunión. Yo de siete años, sonrosado, de trajecito azul y corbatica negra, camisita almidonada, y desde el hombro izquierdo del saco, colgando sobre la manga, la alba insignia de azahar. «Colgando está bien, ¿y qué más?» En la mano izquierda el devocionario, y en la derecha el cirio enhiesto, chisporroteando. «Cirio no, no pienses en el cirio, piensa en el devocionario, con devoción». El cirio chisporroteaba encendido, escurriéndome por su tersura resbaladiza la cera candente hasta quemarme gota a gota la mano. Después, arrodillado yo y sosteniendo el monaguillo la patena bajo mi carita inocente para la eventualidad de que la hostia se cayera, saqué la lengua y recibí al Cordero. «¡Cómo te va a caber un cordero en la lengua, animal!»

Vestido y con libreta de reservista de tercera salí del cuartel abyecto. Creo que eso

de reservista de tercera significa que cuando hayan muerto en el frente los jóvenes, los hombres, los niños, los viejos, las mujeres, entro yo. ¡Magno error! Yo por el tal país no muevo un dedo. ¡Ni el pulgar estúpido! Si soy yo el último yo entrego la bandera. O me hago con ella un disfraz.

Me fui al Miami a presumirle a Chucho Lopera de la infinidad de bellezas que habían visto en pelota mis ojos, a turbarle el sueño.

—¿Y por qué no anotaste las direcciones, los teléfonos? —me reconvino.

—¡Qué teléfonos! —le contesté—. Los mejores los dejaron allá adentro. Hazte enrollar.

Sospecho que lo intentó. Era capaz de eso y de mucho más: de hacerse meter preso para predicar en la cárcel, con hechos, su evangelio.

¿Cómo se llama la calle esa ancha donde estaba El Colmado, la que prolonga la Avenida de Mayo hacia abajo, pasando la plazuela de Nutibara y dejando el palacio de la Gobernación? El nombre lo olvidé. Yo soy un memorialista desmemoriado. ¿Y cómo pretende entonces, objetará usted, sacar un libro de memorias de semejante pozo de olvido? Muy simple, es que cuando olvido recuerdo. Recuerdo, por ejemplo, que soplabla la brisa y que íbamos por esa calle ancha Chucho y yo en mi Lambretta una mañana. ¿Hacia dónde? ¿Quiere saber hacia dónde? ¿A la corta, o a la larga? A la corta qué más da, y a la larga hacia donde vamos todos, a la muerte. Me aferro pues a la brisa para seguir, y la brisa me lleva, nos lleva a un parquecito fresco, sombreado de carboneros, donde se explaya la ancha calle. Hay en el parquecito en el momento en que pasamos una barra de muchachos, y disminuyo la velocidad. La barra ¿sabe qué es? Viene del lunfardo y significa «grupo de gente parada en las esquinas a joder». De gente o hijueputas. Los une el barrio y el alma del rebaño. Pues bien, mientras pasamos lentamente frente a los muchachos observándolos Chucho les dice un piropo obsceno. Acelero y como vinimos nos vamos, calle abajo pero a las carcajadas. Recobrados de su sorpresa los de la barra nos gritan en coro:

—¡Maricas!

Y nos arrear la madre. ¿Pero quién oye y quién entiende si el viento sopla en su contra y les rebota el insulto? Acelero, acelero, acelero, y con mi alfanje desnudo, filoso, vuelo en mi caballo blanco a degollar judíos y cristianos, a cortar cabezas. En mí arde el llamado de Mahoma, el fuego del Islam. ¿Saben cómo se llama la calle ancha que hace poco olvidé? Se llama Juanambú.

La araña teje su aviesa tela en un ángulo oscuro, ángulo pétreo de esta torre de prisión. Aquí me tiene encerrado el rey cristiano, el rey hortero, porque han de saber ustedes, como lo saben ellos, que tras este mísero hilvanador de recuerdos se esconde Boabdil, el depuesto emir de Granada, el último abencerraje. Me tienen, o creen tenerme prisionero mas no hay tal. Desde mi alta torre, mi atalaya, viendo pasar las nubes domino el tiempo, domino el mundo. ¿Ven allá en el confín terregoso los olivares secos? Es Galicia, el lindero de Portugal, y tras Portugal sigue la mar. Sepan tan sólo que si se me antoja y quiero rompo la reja y salgo por la ventana y dejo este

encierro y bajo por un lazo que me hago con hilos de recuerdos. Después, ya en el borde donde acaba la mísera tierra, tomo mi blanca carabela y burlo el mar océano.

Bueno pues, sobre la mesa del comedor mientras Glorita toca el piano y Fausto maldice entre las uvas verdes, extendiendo el ancho mapa de las conquistas mahometanas. Manuelito, que ya camina, se me acerca a curiosar, a aprender. Y yo le enseño. Le voy explicando qué es la Sunna y el Corán, y cómo las mujeres no tienen alma. Por eso cuando se mueren ¿ves? se pudren y se las comen los gusanos, y dejan un polvito blanco corriente, que mezclado con barro fino sirve para hacer bacinicas y vasijas de alfarero. Y le explico cómo de la Arabia fulgurante irradia la nueva fe hacia Damasco, hacia Bagdad, hacia Samarkanda, hacia El Cairo, hacia arriba, hacia abajo, hacia el este, hacia el oeste, al nadir, al cenit, quemando, arrasando, decapitando perros infieles y en especial cristianos, que huelen a chivo y sufrirán tormento eterno en los siete infiernos. Y así por todo el África negra y bordeando el Mediterráneo entre bereberes del Maghreb hasta llegar a España roñosa y sucia y con abluciones volverla un jardín. A España de los becerros ¿ves? ¡Rubíes! ¡Cimitarras! Luna de plata sobre el Bósforo, y reflejándose en las aguas Estambul... La mezquita con la torre del imán entre arboles sube al cielo. Cuando crezcas, Manuelito, te llevaré al Jihad, la guerra santa, a despatarrar cristianos, y en camello de la Ceca a la Meca. Sólo Alá es grande y Mahoma es su profeta, y en mi casa y en mi fiesta y en mi libro mando yo.

Esto que toca ahora Glorita no va con Sherezada. Es Scarlatti, piense usted, ¡qué sosera seca! Taca-taca-taca-taca-taca. Notas, notas, una tras otra, huecas, vacuas, vacías. Así que me levanto del mapa para ir a callar ese espíritu polvoso de peluca ambigua, esa vaca horra.

—¡Basta de Scarlatti por hoy, niña, a trinar!

Y a trinar como si fuera un pájaro: un turpial o un canario. El trino, ha de saber usted así no haya ido al conservatorio, es un adorno musical, una fioritura: la repetición veloz de dos notas contiguas, do y re por ejemplo. Con los dedos dos y tres trina cualquiera, cualquier hijo sucio de vecino, pero con cuatro y tres no, y con cinco y cuatro menos. Y en ello radica el chiste, en emparejar lo que la naturaleza hizo disparejo. De suerte que cuando yo digo «Glorita trine», ella empieza a decir con los susodichos dedos: Do-re-do-re-do-re-do-re, y así por toda la mañana, toda la tarde, toda la eternidad. Este dorredorre va muy bien de fondo para leer a Heidegger.

Medellín, ciudad de cantinas, de burdeles y de iglesias. Matadero, puteadero, rezadero. En ti nací y en ti me muero hora a hora, día a día, año a año, divisando lo que sólo yo alcanzo a ver desde mi alta torre: que cruza por mi desierto Lawrence de Arabia, Lawrence el inglés en su camello seguido de sus dos pajes, dos chiquillos: Aúd y yo. Mas he aquí que sopla el viento traicionero del desierto, el viento separador. ¿Dónde te encontraré, Aúd, niño mío? ¿Adónde te ha llevado el simún? Te he buscado por las cantinas, los burdeles, las iglesias, donde me ha tocado vivir. Ahora disfrazado de cristiano entro al templo donde los niños comulgan fervorosos y

los jóvenes oyen misa desde el atrio, templo de esta iglesia enemiga, asesina del amor.

¡Tin Tan! ¡Tin Tan! ¡Tin Tan! Doce veces acaba de decir el nombre implacable el reloj del comedor de Santa Anita. Si el tiempo es algo serio, ¿por qué lo medirá entonces llamando a un cómico? Por absurdas y no muy aparentes razones: porque Tin-Tan navega cruzando la bahía de Acapulco al son del mambo en su yate cargado de cocaína. Y en vez de la clepsidra o del reloj de sol o del reloj de arena, que miden con sus chorros silenciosos y su girar de sombras, en este barco loco se burla a Cronos con un polvito blanco, embriagador, que se nos va por la nariz. Amén, así sea.

Pero no divaguemos, no naveguemos. Dieron las doce y a la larga mesa del comedor almuerzan el abuelo, la abuela, Elenita, la madre Evangelina... Perdón, la abuela no, ella está sirviendo. Hay además a la mesa otros viejos: viejos y viejas de la familia cuyos rostros y nombres olvidé. Fantasmas entonces y hoy fantasmas de fantasmas. Yendo y viniendo, duro, seco, inexorable, el péndulo les advertía: «A comer rápido, ciudadanos, que el paseo se acabó». La madre Evangelina, madre de religión, madre paradójica pues, sin un solo hijo, era hermana de mi abuelo. Sesenta años habían transcurrido desde el día de su separación. Él era un niño de ocho o nueve años, ella una muchachita de quince o dieciséis; él se quedaba en su pueblo, ella se iba al lejano convento a tomar los hábitos. Desde entonces no se habían vuelto a ver. Sesenta años se dicen fácil, pero transitados por el doloroso camino... Sesenta años que el destino caprichoso exigió para volverlos a reunir, por un momento, la mañana de que hablo, tan efímera como la tarde que siguió, en Santa Anita. Yo presencié, viví los hechos. Muchos otros años han pasado desde entonces, casi otra vida, la mía, y sin embargo recuerdo el instante privilegiado, hacia las once de la mañana. Bajaron de un carro viejo, ella con no sé quiénes más de la familia. Lo que no alcanzo a distinguir son los rostros. Ni siquiera el de ella. Necesito detenimiento. Pero entonces el rollo en el proyector, pero el fotograma inmóvil se quema: del centro hacia los bordes, con un flamazo. Así que rueda el rollo, que siga la película a ver qué vemos. La monjita descendió del carro y mi abuelo fue a su encuentro: bajó los tres escalones del corredor y avanzó otros cuantos pasos por el sendero de cascajo. Se abrazaron llorando. Yo, huyendo de tanta lágrima, desvié la mirada; entonces vi llegar al viejo naranjo que daba las naranjas ombligonas un pájaro furiosamente rojo, rojo de sangre, rojo de llama, a posarse sobre las ramas. ¿Un cardenal? ¿Un cardenal in pectore? ¡Evangelina! ¿Era su nombre de pila? ¿O el nombre que adoptó en el convento? No lo sé ni queda a quién preguntárselo. Sé que llegaba de Bucaramanga, departamento de Santander. Evangelina, quien predica el evangelio...

Tras la decimasegunda campanada, cuando calló el reloj, dijeron ellos su oración y empezamos a comer, y Darío y yo a tocar el acordeón y la guitarra: viejas canciones de Colombia y un pasodoble de España que hablaba de Portugal: «Ay besamé, besamé, bésame que tengo frío, porque me falta el calor de tus besos cielo mío...» Y bajaba el bordón resonando hasta el fondo del alma.

Al caer de la tarde se despidieron. Volvía el instante de la separación, la segunda, la definitiva. Otros sesenta años de éstos no se le conceden a nadie. Bajaron los tres escalones del corredor hacia el camino de cascajo, y mientras Darío abría la portezuela del viejo carro, mi abuelo y la monjita se abrazaron por última vez. Yo miré hacia el naranjo y el pájaro rojo, erguido, arisco, alzó el vuelo al sentir mi mirada. Se fue a correr el telón de la noche con su aleteo bermejo. Nos despedimos, se despidieron. Partió el carro y volvió mi abuelo a la casa. Él y ella, los dos hermanos se fueron, ahora sí que cada quien por su lado hacia la muerte.

Si es tan grande mi aversión a Bogotá y tan fácil borrarlo de la cuenta, ¿por qué regreso entonces? Regreso porque no soy el novelista omnisciente que va y viene y quita y pone a su antojo, que baraja vidas y acomoda y miente; soy el que avanza desandando los pasos. Adonde estuvo el espectro ha de retornar. Humilde rastreador de hechos vividos, desvanecidos, me aferro a jirones de recuerdos, al sombrero del ahogado. No pertenezco yo al gremio de los sabelotodo soberbios que entran y salen por las mentes ajenas como Pedro por su casa, como cura por su iglesia, husmeando hasta los rincones más oscuros, olisqueando, olfateando, y para acabar nos escupen un monólogo interior. ¿Cómo puede un señor de dos manos y dos pies, o cuatro patas, saber lo que piensan cinco o diez o veinte personas, así las llame personajes, y repetir por páginas y páginas lo que dijeron, diálogos que no pudo oír porque no lo invitaron a la fiesta, ni menos pasar con grabadora, y contarnos luego lo que hicieron los dos amantes solos en el cuarto, y sin linterna seguirle los pasos al asesino en la oscuridad? A ver, dígame usted... ¿O es que acaso se siente el desdichado Dios Padre Nuestro Señor? Se siente sí porque el lector, desprevenido y crédulo, se deja llevar como burro vendado jalado de la testuz. Que yo sepa hasta hoy no hay forma de leer el pensamiento con rayos X, ni entrar al cuarto ajeno atravesando paredes. ¡Al diablo con el gobierno y con la novela! Pero si eso quieren y el pueblo alcahuetea, que sigan los sabelotodo mintiendo y los rateros en el poder robando, estorbando, legislando, que yo vuelvo, por lo pronto, a Bogotá.

Este Hernando Giraldo de quien la otra tarde les hablé era todo un gran señor. De paraguas, chaleco y sombrero, negro Mercedes Benz con chofer uniformado, Rolls Royce blanco y guardaespaldas más botellita fría de champán. Bueno, así fue después, cuando le sonrió la vida. Antes, cuando yo le conocí, sólo tenía el paraguas, el chaleco y el sombrero, amén de alguna ropita más de vestir que con el primer cadete o soldado, aligerado ya éste de botas y uniforme, de espada y sable, se quitaba él a toda velocidad. Diría usted una de esas películas viejas de cine mudo filmadas a dieciséis cuadros y pasadas en proyector sonoro a veinticuatro. ¡Qué bien se va la vida así, sin larga espera!

Sin el Mercedes pues, ni el británico Rolls Royce, salíamos por las calles céntricas de Bogotá a conseguir bellezas en nuestro flamante coche de San Fernando: unas veces a pie y otras andando. Y andando andando íbamos así: él adelante muy señor, muy recatado, y yo detrás a media cuadra siguiéndolo. Al llegar a una esquina,

con breve gesto de la mano o de la cabeza me indicaba: a la izquierda. O a la derecha. No íbamos juntos, emparejados como hoy en día podríamos ir (pues la vejez empareja), porque dizque yo era muy joven y él muy viejo, y nadie le sabía nada ya que la humanidad, según él, en su optimismo, ni oye ni ve ni entiende. Según yo, en mi pesimismo, abre su inmensa boca, saca su larga lengua y comulga desde el atrio. Dos concepciones caminando juntas tras un muchacho, dos filosofías... Se detenía la belleza en un cine mientras cruzaba otra hacia el sur y seguía otra hacia el norte, y yo de aquí para allá sin saber qué camino tomar. Daba entonces marcha atrás Hernando, y pasando a mi lado sin mirarme, disimulado, mirando a un poste rapidito me reprochaba:

—¡Qué carajos, qué tanto devaneo! Concentrémonos en un solo frente o vamos a perder la batalla.

Mi precocidad para maquinarse perversiones lo mantenía deslumbrado. Y su efectividad para realizarlas me deslumbraba a mí. Era un deslumbramiento mutuo. «Tal para cual» dice el dicho, y «Dios los hace y ellos se juntan» corrobora la bruja de mi vecina. Lástima que con semejante cúmulo de perfecciones, espirituales y corporales, yo tuviera el vicio de la marihuana que me mantenía al borde de cualquier barbaridad. Si no, hasta me haría su amante oficial así tuviera, claro, que pasarme todas las bellezas que se consiguiera por fuera, esto es en la calle y en el cuartel. Y semejante contubernio acaso ya fuera demasiado para la pacata Santa Fe de Bogotá. Mejor no, que siguiera la santa ciudad bien abrigada tomando su chocolate que nosotros, todavía con la borrachera viva, y a las cinco y media de la madrugada, salimos de su apartamento a conseguir promeseros.

—¿Qué son promeseros, Hernando?

Me imaginaba yo unos aprendices de meseros pero no había tal: eran los que los domingos subían de rodillas al santuario de Monserrate a pagar una promesa. Sin ir nosotros muy arriba, en la mera base del cerro, nos llovió del cielo ese amanecer dos especies de asesinos o camajanes que irían de manda por el feliz logro de un atraco: uno para él, otro para mí y a ver si después cambiábamos. Y conversando yo con el mío y él con el suyo, cruzamos el Parque de los Periodistas y regresamos al apartamento. Hernando, no bien entramos, dejome atónito con su efectividad y rapidez: se desabrochó a cien kilómetros por hora los mil botones del abrigo, del saco, del chaleco, de la bragueta y de los calzoncillos en fin, largos hasta dar al suelo. Viendo mi cara de asombro me explicó:

—Es que me entrené en el seminario, m'hijo, abriendo sotanas.

De Bogotá mi más remoto recuerdo es un dolor de cabeza intenso, que me causó la altura y me quitó una ducha de agua fría o el aire puro. Es que el agua y el aire de Bogotá son los más lípidos, muy ajenos a su alma... Llegamos en autoferro al anochecer: yo de desertor de la facultad de derecho, y mi padre, padre mío y de mi infinidad de hermanos, como padre, por añadidura, de la patria: senador por elección del pueblo y con la bendición del cielo, y por el partido conservador nada menos, que

es el que hace llover.

El autoferro, trencito corto de dos o tres vagones, avanzaba zigzagueando como culebra borracha o rumbera por la carrilera tortuosa, subiendo y bajando cuestras, de la tierra fría a la caliente, de la caliente a la fría, de la caldera al páramo y del páramo a la caldera, helechos arriba, platanos abajo, cafetales en medio, volando garzas y gavilanes y los caimanes, con sus barrigas sanas y relucientes escamas, tendidos al sol del trópico de siesta en los playones, viendo pasar el río, pasar el tiempo... ¡Plas! Cerraba el maldito su larga trompa y se engullía dos o tres mil moscos de un solo acorde. Brrrr, ¡qué país! Tiembla el viajero de frío en el calor: es paludismo, mi querido barón de Humboldt, ¡quién lo mandó a venir!

Llegamos, digo, al anochecer: a la pequeña suite que ocupaba mi padre en el Hotel San Francisco.

—¿Y cómo podés pagar semejante lugar? —le pregunté mientras desempacaba el equipaje—. Te debe de costar una fortuna.

—No —me contestó—. El dueño nos hace un buen descuento a los senadores.

En efecto, varios de los senadores y representantes que enviaba al Congreso la provincia allí vivían. Si no éstos, que aquí no cuentan y no me importan, mi solo padre con su presencia le hacía subir una estrella al hotel. Y llegando yo se le aumentaba otra. Así el San Francisco fue el segundo hotel de Bogotá. Después de que mi padre y yo nos fuimos, andando el tiempo y haciendo sus estragos, del segundo puesto ese hotel pasó al tercero, al cuarto, al quinto y perdiendo, perdiendo sus estrellas acabó en lupanar. Así pasa, la vida es así. Hoteles, barrios, personas, a todos nos sucede igual, se nos va volando el momento de esplendor. Y cuando menos pensamos (o «acatamos», diría mi abuela), otros ya se instalaron y nos bajaron del pedestal.

Cierro por lo pronto los ojos y recobro el Hotel San Francisco, de alfombras relucientes. Y vuelve a transitar por su vestíbulo, por sus pasillos, por sus salones, ágil y próspero, el dueño: ¡Manuel Corrales! El nombre, que ni me va ni me viene, se me escribe de un solo trazo en el recuerdo, como raya de relámpago en la oscuridad. Ya lo ves, vejez hijueputa, de tus infinitos males uno no me roza al menos: el olvido. En campo mío, en mi terreno, en la memoria no te metas que te seguiré infligiendo las más resonantes derrotas. Y me sigo meciendo en mi mecedora y vuelvo, porque así lo quiero, a vivir la noche que acompañé a mi padre al Senado, la primera. Miro y vuelvo a mirar desde las barras y oigo: abajo, en el amplio recinto de curules de cuero (¡cuánto no han ambicionado tantos sentarse en una de éstas!) resuena una voz clara, timbrada, mientras desde su vasto fresco desvaído, entre caballos, lanzas y guerreros, dominándolo todo, el Impostor, el Ambicioso, el falso Libertador me mira, me devuelve la mirada. Varios minutos tardé en comprender lo insólito de la situación: quien hablaba, el de la voz clara y timbrada, era un negro: un senador negro por el departamento del Chocó donde aunque llueve día y noche el hombre, que allí es negro, no se destiñe, y sigue como llegó, sin mezclas ni concesiones, como recién

desembarcado de África, negro puro y reluciente y perezoso. Pero el senador negro no hablaba en español: ¡hablaba en latín, y en latín ciceroniano! Se pronunciaba un discurso contra el ministro no sé qué, lo que se dice, *sensu stricto*, una catilinaria. Me restregué los ojos y pensé: ¿Qué oigo? ¿Dónde estoy? ¿Qué veo? ¿De veras son así los sueños de la marihuana? No era sueño, era Colombia: Colombia en mi pleno siglo hablándome en latín desde su mero centro, el gran recinto del Senado. Y en sus playones, afuera, cabeceando los caimanes...

Ahora son las once de la mañana y acompaño a mi padre por los pasillos del edificio del Congreso. Mis pasos se los tragan sus alfombras raídas, y raídos están los visillos que filtran la luz en las ventanas. Por entre sus rasgaduras algo alcanzo a distinguir del exterior.

—¿Cómo se llama el senador que pronunció anoche el discurso en latín? —le pregunto a mi padre.

Y como me contestó contesto ahora:

—Diego Luis Córdoba.

Afuera, en la Carrera Séptima, rechinaron las llantas de un carro: frenó en seco y mandó al diablo a un peatón. En la plaza, asustadas, volaron las palomas. Roñosa vejez, ya sé lo que eres: un acumularse de detritus en el cuerpo y en el alma de recuerdos. Cuando salimos a la plaza para irnos a almorzar cantaba el sol en Monserrate. Entonces, envidioso, para empañarle su concierto se soltó el aguacero.

Del mar de sombras que se entrechocan abajo, alto, y cada día más alto y luminoso y reluciente, se alza en mi memoria como un faro Laureano Gómez, jefe del partido conservador. Jamás sin embargo lo vi, jamás lo oí. Lo conocí de oídas y en una foto en que aparecía, ya al final de su vida, con mi padre. La foto tras su muerte, con el tiempo, se fue amarilleando, deslavando en un estante de la biblioteca de mi casa, al par que afuera se apagaba su recuerdo. Afuera, no en mí. No en vano había pasado como un vendaval sobre mi infancia su leyenda, la de su palabra de fuego. Laureano Gómez existió para removerle la mala conciencia a su país. Por ello nadie tan odiado en su historia. Quien nunca transigió donde se ha transigido siempre tenía que acaparar todos los odios. Le odiaban los liberales por demagogos, y los conservadores por tartufos. Los unos, buenos cortejadores de un pueblo vil con leyes de viento; los otros, muy dados a hacerles pasar carreteritas a sus terrenos y a sus fincas para valorizarlas desde el gobierno. Y unos y otros y todos por igual, de rodillas bajo la ubre seca de la vaca pública. El partido conservador, el suyo, tan escribano y ruin como el otro, iba a la zaga de su estela, remolcado a su pesar, avasallado. A la primera oportunidad le dio la espalda y corrió a prosternarse, rebaño rezandero, ante el traidor del cuartelazo, el nuevo repartidor de puestos y prebendas: un policía. En fin, para contrarrestar tanto odio en la balanza y terminar el retrato, unos cuantos amores: los más fuertes y duraderos como el mío. Yo no creo en ideologías. Creo en los hombres. En el hombre concreto que actúa así o así.

Amigo mío, qué pena me da oírlo hablar de esa manera, como un arcaico, como

un fanático. ¿Rectitud y honradez en tiempos de revolución? Tan viejo y tan ingenuo... Hombre, piense, recapacite. Si por una apreciación errada de la realidad ha vivido equivocadamente, haga acto de contrición que mientras uno vive todavía hay tiempo. No sea tonto, hágase nombrar. Y valorice el puesto. Cobre peaje. De aquí, de mi escritorio, no sale documento con mi firma impunemente. Vale tanto, y mañana vale más, y si no le sirve así se jode usted, que yo puedo esperar: monto las patas sobre el escritorio y oigo cantar el teléfono mientras cobro mi quincena. «El doctor no está», contesta mi secretaria: «Él está en junta con el ministro». O con el presidente si ya el ministro es usted. ¿Por qué no, si también lo fue el doctor Turbay? Y ya que sea ministro suba más, súbase al solio de Bolívar, que al fin no está tan alto si también en él se encaramó el doctor Turbay. Ya instalado ahí, entonces sí que se va a rascar de gusto la barriga. Nombre y reparta y que le den con la misma generosidad. Y al pueblo hoy dígame que la moneda está muy firme, justo la que mañana se devaluó. Con tanta presión del imperialismo internacional... Mienta que sólo la mentira es firme, sólo la mentira es sabia. La verdad, necia y cambiante, da visos como el terciopelo según le pegue la luz del sol. Tan relativa y efímera la pobre... Respecto al dinerito que recoja, fúndalo en barras de oro y guárdelas en cajas, o mejor, cajones grandes de seguridad. Pero fuera del país, lo más fuera que pueda en el extranjero, ojalá en un banco de Marte o de la galaxia exterior. Y si abre cuentas en ese banco, que no sean a su nombre: a los de su mujer, su querida, su hermano, sus hijos... ¿O qué? ¿Va a dejar aguantar necesidades a algún familiar del santo? Viva y deje vivir, robe y deje robar, y no se amargue, no sea reaccionario. ¡Y al diablo con Laureano Gómez que ha venteado mucho sobre el cebollal!

Suerte común a todos los filósofos anteriores a Sócrates, de lo que escribiera Heráclito nada queda: sólo referencias de autores muy posteriores, aproximaciones, fragmentos pasados de escritor a escritor, de siglo en siglo hasta llegar a nosotros, como el agua de los brahmanes a Alejandro enturbiada en muchos canales. Clase tras clase, instalado con su obstinada paciencia ante el tablero, mi profesor de filosofía presocrática se daba a copiar las diferentes versiones de los fragmentos. La mano se deslizaba sobre el negro pizarrón trazando los caracteres griegos, y en esas letras sensuales, rotundas iba fluyendo la antigua sabiduría: los eternos interrogantes del hombre que no tienen respuesta. ¿Fluyendo? Ésa es la palabra, la gran palabra de Heráclito: panta rhei, todo fluye. Fluye este libro que es remedo de la vida como fluye el río, potamos, donde me baño yo y se baña el hipopótamo, y juntos vamos pasando con las aguas cambiantes. La concisa expresión de Heráclito también subsiste en la famosa imagen del río, en cuyas mismas aguas jamás volveremos a bañarnos. ¿Bañarnos? Es demasiado. Ni siquiera acabamos de descender y ya el río ha cambiado: hundimos el pie y el río se va.

Amigo Heráclito, para mí que su frase se la dictaron los dioses, Dionisos, pienso yo, en una gran borrachera, porque usted no podía saber de qué estaba hablando. ¿Río el Nestos? ¿El Strimon? ¿El Alfeo? ¿O el Aqueloo, también llamado Aspropótamos?

Hombre, éstos no son ríos: son riños, riachuelos. ¡Ríos los de Colombia! ¡Revuelcacaïmanes! Les echo el solo Cauca, y que no es de los más bravos, a todos los ríos juntos de la Hélade. Grecia no sabe lo que es un río. ¡Ríos los de mi tierra a los que no alcanza uno ni a meter la pata y ya se lo llevaron! Primero agarran al filósofo, lo emborrachan y lo revuelcan en un remolino, tras de lo cual lo conservan sumergido entre veinticuatro y cuarenta y ocho horas bien contadas, para sacarlo al cabo a flote, a la luz del cielo, kilómetros, pero kilómetros abajo en cualquier jungla zumbadora de mosquitos, en cualquier berenjenal, empanzurrado, inflado el pobre: aterriza en él un gallinazo y lo desinfla con el pico. ¡Ésos sí que son ríos!

Por una de las fincas de mi niñez, La Esperanza, cruzaba el San Carlos, un río jovencito de aguas diáfanas: no turbias como las del mencionado Cauca, el malhechor. Sólo que la diafanidad era mera apariencia, doxa, mera opinión: también tenía como el otro turbia el alma. El doctor Espinoza, socio de mi padre (justo apellidado como un colega suyo, amigo Heráclito, un judío portugués pulidor de lentes en Amsterdam, a quien por un simple par de milenios usted no alcanzó a conocer), tuvo la irrespetuosa ocurrencia de meterse a bañar una mañana en el San Carlos: el río lo agarró por las patas y lo revolcó en un remolino. ¡Glu! ¡Glu! ¡Glu! Tres veces lo sacó a la superficie a los gritos, ahogándose. Nosotros en la orilla aterrados, viendo la escena. Mi padre corrió hacia una mata de plátano, que allá cuñan con varas de cañabrava, tomó la vara y volvió al río, a la orilla, y desde la orilla se la tendió al aprendiz de ahogado. El doctor Espinoza la alcanzó a agarrar y se inició el duelo: mi padre jalando para acá, y el río para allá:

—A este tacaño me lo llevo.

Hombre sano y sin vicios, ganó mi padre: le arrancó a su socio al río. ¿Ve lo que le digo? En los ríos de Colombia no se baña impunemente nadie. Si le contara, amigo Heráclito, cuántos de mis conocidos han terminado en uno de esos ahogados... Paso de largo para que no vaya a pensar que son exageraciones mías, hipérboles, como diría usted. ¿Ríos plácidos? Jua, jua. Sepa no más que en cuestiones demográficas, en Colombia constituyen la tercera fuente de control. La primera son los asesinos, la segunda los choferes. Pero unos y otros y los tres juntos son asesinos por igual. Como quien dice la Santísima Trinidad de la escolástica: tres en uno y uno en tres.

Que no me vengan a hablar a mí de ríos. Megas rhei, el río baja crecido. Usted Heráclito escribe, si escribió, fluidamente, como escribe mi profesor con una tiza en el tablero. Yo no. Por este libro baja enfurecido el San Carlos con un estrépito de linotipo: aes y bees y cees, atropelladamente. Es que el tiempo de su Grecia era el de un río tranquilo. El de la Colombia mía es el de un torbellino. Con decirle que aún no me muero y ya el San Carlos se secó... No sólo pasa, también se muere el río. Desde la orilla, respetuosamente, en el San Carlos de los buenos tiempos solíamos pescar sardinas. Yo entonces era un niño. Cuando el profesor de filosofía presocrática copiaba tus fragmentos en el pizarrón, ya el niño era un muchacho. Ahora, cerca al mar, vuelvo a contracorriente a remontar el río, y en la barquita segura del recuerdo

pero un instante en el primer año de la Facultad de Filosofía de la Universidad Nacional. ¿Alcanzará algún día Aquiles a la tortuga? Jamás. El espacio que los separa siempre es divisible por dos. Hacia tus tiempos, Heráclito, el hombre empezó a inquirir en el vacío. O sea a contradecirse. Pienso en Parménides, tu coetáneo y paisano que vivió para llevarte la contraria: vino y sostuvo que nada cambia, que nada fluye, que todo sigue igual.

El sol mañanero hoy me enciende la esperanza. Lo que nunca he sabido es qué espero. Aúd, como miraje, hace años que se apagó con las primeras sombras del ocaso en su lejanía de arenas. Pero la esperanza mía se encandila hasta con la luz de un cuarto de luna. O con una vela. En la finca que bañaba el San Carlos, y que mi padre bautizó precisamente La Esperanza si bien era un matorral, en la noche cerrada, viendo cómo revoloteaban en torno a una vela de sebo las chapolas, y oyendo en la cocina renegrada por el humo del fogón de leña chirriar en su paila de manteca hirviendo los patacones y el chicharrón, yo de niño olfateaba a mi alrededor, a menos de dos o tres metros, la felicidad. Preso incluso en el invierno de Siberia, mientras viene y va el tenientico comunista, el carcelero, o se sirve su té en el samovar, aun así la sentiría venir, obsequiosa. ¿Y en una celda del Bronx? También. En la oscuridad a mí me brilla mejor el recuerdo. Y a otra cosa.

«Comunista» para mí es vocablo de sentido dual: me significa burócrata y a la vez carcelero. «Conservador» o «liberal», en cambio, sólo cagatintas. Es que las cárceles de Colombia son jaulas de madera podrida con los barrotes desastillados. Por ellos entra y sale con entera libertad el pájaro. Al anochecer, amparado en alguna sombra, vuela y para aligerarle un poco la pesada carga al juez se lleva bajo el ala su voluminoso expediente. Y a abrirle uno nuevo, fresco, con la nueva luz del día. Así Colombia como anochece amanece, tecleando en su vieja Rémington o Underwood. Luego rubrica, refrenda, alcahuetea, y sella con estampillas el papel sellado, que le encanta. En la ciudad de Medellín, en el barrio de Boston, en la calle del Perú entre Ribón y Portocarrero, a la mitad exacta de la cuadra descendí al río. Allá en el gran país. Lanzaban los vendedores de aguacates y naranjas sus pregones, silbaba el afilador, tocaba su campanilla el lechero. Yo entonces, para cumplir tal vez el plan divino o atando simplemente cabos sueltos me uní al ruido: sin la mínima originalidad bajé al río berriando.

En la Facultad de Filosofía y Letras de la Pontificia Universidad Bolivariana reinaba el padre Tomasino. Voluminoso y obstinado cual abate medieval, se pasaba las horas y las horas combatiendo, en el tortuoso campo de la escolástica, contra un adversario tan poderoso cuanto invisible: Duns Scoto, contradictor de Tomás de Aquino y cabeza de los frailes franciscanos del convento de enfrente: enfrente en su imaginación. Porque él, el padre Tomasino, en pleno siglo veinte era tomista, y tomista irredento. Monjitas y solteronas más su servidor constituíamos la clase silenciosa. Sólo él hablaba, argumentaba, se rebatía. Atrincherado en su convento dominico tras el parapeto del tomismo, mandaba una andanada de argumentos contra

el convento enemigo, y luego él mismo, por su propia boca se refutaba como si fuera Duns Scoto, el del otro lado. Iban y venían los argumentos, los silogismos como pedradas. ¿Que el probabilismo? ¿Que la individuación? ¿Que la inhabitación de la Trinidad en el alma? Ahí les van materia y forma, esencia y existencia, potencia y acto. Y los primeros principios de contradicción, finalidad, causalidad, sustancia, razón suficiente, de aquí para allá, de allá para acá, y el padre Tomasino, alternativamente tomista y escotista, dominico y franciscano, de un lado para el otro tras ellos, saltando de extremo a extremo de la mesa jadeando, de Duns Scoto a Santo Tomás, de Santo Tomás a Duns Scoto, como jugador de ping-pong que juega solo contra sí mismo, sabiendo que no puede ganar porque no puede perder. Dicen que en las noches en la campiña medieval, mientras en el convento franciscano no apagaran la luz, en el convento dominico de enfrente no la apagaban. Así amanecían los monjes adversarios barbados, demacrados, desvelados; así les sorprendía la luz del nuevo día, maquinando argumentos. Pues el padre Tomasino, setecientos años después, revivía en su cerebro, en su corazón, en su alma ante nosotros el mismo viejo duelo. Era conmovedor. A mí, pecador con rabo de paja cerquita a la candela, me conmueve la insensatez humana. *Philosophia perennis*, ¿ven?

—¿Y Heidegger, padre?

—Perogrulladas.

¿Cómo perogrulladas? ¿Venírmelo a decir a mí, a mí que volvía a Medellín curtido de filosofar en las facultades bogotanas donde el susodicho Heidegger era algo así como el non plus ultra, el futbolista estrella? Agarraba el gran filósofo el balón existencial y girando él en círculos concéntricos, de los que salía airoso en espirales y parábolas, haciéndolo rebotar un metro, dos, con golpecitos de pie y cabeza, lo mandaba con gran patada al cielo para volverlo a recibir, cariñoso, y nueva exhibición de virtuosismo, pirotecnia, con el pie izquierdo, con el pie derecho, juegos de agua, impresionismo, vuelo de gallinazo, agotándose el jugador en su propia cuerda, ¿y todo para qué? Total, si jamás chutaba hacia una portería jamás metía un gol. Pues sí. ¿No sabía el padre Tomasino que la filosofía no es ciencia? Es arte, exhibición. Se agota en sí misma como el chorro de agua o el amor. La gran filosofía es, digamos, la vuelta del bobo; el bobo gira y gira, se emborracha, cae al suelo y mira al cielo, feliz: se va el gallinazo con su vuelo espléndido ondeando en los desniveles de la etérea masa, jugando con las corrientes del aire, perforando el viento. Porque han de saber ustedes que en las dichosas universidades bogotanas fui discípulo de dos que lo habían sido, nada menos, nadie menos, que del mismísimo Heidegger, en Heidelberg o Friburgo, ya no recuerdo, pero lo que cuenta aquí, en la fugacidad de estas páginas, es que la sabiduría me llega a mí en directo de la fuente, o casi, y cayéndome en cascada me baña, me aclara la cabeza. Mísera Universidad Bolivariana lambecuras: entré en ella y me despeñé por una grieta del tiempo en el medioevo. Una mañana, a las once, por uno de los túneles que cavan los thugs para salir del río subterráneo, volví a la superficie, y a la Universidad Pontificia

Bolivariana, con todo y su pontificio título la mandé al diablo:

—Ábrame la puerta, hermana —le dije a la monjita portera—, que voy a salir.

«Hermana», «hermano», trato de marihuano...

Y sin embargo al padre Tomasino le debo uno de mis momentos más espléndidos, efímero momento en que creí en la bondad del hombre, que es un perverso animal. Fue poco antes de mi deserción, a mediados de año, cuando se le metió en la cabeza al cura hacer un examen relámpago, y proponiendo no sé qué problema teológico u ontológico, para que lo resolviéramos por escrito nos cedió la palabra. ¡Cuánto quisiera recordar ahora de qué se trataba! ¿Era el asunto del primer motor inmóvil, Dios uno y trino por quien trina el pájaro? ¿O el de la consubstancialidad? ¿O el de los veinte kilómetros del radio de acción de un arcángel? Ya no recuerdo. A lo mejor el tema fuera la necesidad de la idea de Dios por contraposición a la contingencia de la idea de una montaña de oro; es a saber, que uno puede pensar en una montaña de oro y la montaña de oro no existir, pero uno no puede pensar en Dios sin que Dios no exista: su sola idea es ya prueba de su existencia. Algo así, una historia de ésas. Pues a sabiendas de que con mi respuesta iba a perder el curso, no sólo a Duns Scoto sino al mismísimo Santo Tomás, su doctor angélico, a ambos me les enfrenté y en su propio campo, en su terreno, con el silogismo, con la lógica, con la dialéctica por igual los volví papilla. Lo más inesperado resultó: el padre Tomasino me dio la máxima calificación, la que, dicen, jamás de los jamases en su larga vida había dado nunca. Cuando recibí de vuelta mi examen con la mágica cifra se me corrieron las lágrimas. Me sentí solo en el mundo con él, envuelto en su locura.

«Ese tiempo feliz ya no me importa, no estás de moda, hoy no es ayer. Quiero que sepas, cuando oigas estas coplas, que tú ya no soplas como mujer». Eso al menos dice la canción, pero no era para tomarla en serio. Acúsome padre de que soy un despistado: se la cantábamos en serenata a la abuela. Uno aquí y otro allá, uno aquí y otro allá iban los golpes del acompañamiento, el bajo y los acordes mientras la melodía, la letra, fluía aunque equivocada risueña como una fuente. Noche de luna borracha cuando volvemos a Santa Anita de dar y a dar serenata. A Alvarito Restrepo le dimos una y el muy desvergonzado salió a agradecernos en camisón, en el camisón de su hermana.

—¿Serenaticas a mí? —dijo arriba, en el balcón—. Pues aquí me tienen, muchas gracias.

Y se alzó el camisón y mostró las piernas. Un par de policías trasnochados no lo podían creer. ¿Dándole serenatas a un hombre? Y se refregaban los ojos.

—¿Quién le dijo que era hombre, señor agente?

—Bueno, parece, digo yo...

—Dice usted, pero no dice él, o sea ella, pues uno es lo que quiere en la democracia. Si él dice que es mujer, mujer es y no hombre así le salgan pelos en las piernas. Así que ustedes dos despreocúpense y váyanse a agarrar ladrones, que hay luna llena.

Y con el mismo ritmo, golpe abajo, golpe arriba, pasamos a tocar «Las Alteñitas»: «Qué lindas las mañanas cuando sale el sol, qué lindas las alteñas de mi corazón...» ¿Que así no dice? ¿Que ésa no es la letra? ¡Y qué más da! Tampoco lo era entonces. Lo que cuenta es que llenen las palabras los espacios vacíos. No hay cosa más triste que un cantante callado porque se le olvidó la letra. Casi, casi como una página en blanco. Si la letra se le olvidó improvise, invente que así todo sale mejor, la canción se renueva y la borrachera sigue.

La noche de la serenata a Alvarito veníamos de darles la suya a los muertos: en sus cementerios de Caldas, San Antonio, La Estrella, Itagüí, oyendo cada quien, alegre, en su ataúd. En un retén de una carreterita oscura, porque no le paramos la policía nos tiroteó: nos mandó una andanada de balas de fusil y pistola. ¡Pero quién le para a la policía a la media noche en Colombia! O a la luz del día, dígame usted. Para un suicida que quiere morir. Yo no, nosotros no, y como veníamos nos seguimos de largo, en dos carros: nuestro Studebaker y un MG. Quedaron vueltos unas coladeras, y los parabrisas traseros como telarañas, súbitas telarañas formadas por prodigio o magia en un santiamén. ¡Pum! ¡Ya están! Pero la móvil fiesta sana y salva, todos ilesos. Del tanque de la gasolina agujereado, por un agujerito brotaba un chorro de líquido chisporroteante como un surtidorcito saltarín, sangre del automóvil. Si uno prendía un fósforo daba chispitas de colores. Diría usted fuegos de artificio en navidad, luces de bengala. Precioso avanzaba así el Studebaker botando chispas, seguido del MG, horadando la noche con su solo faro, el ojo bueno pues del otro andaba tuerto desde el último choque. Y henos ahí instalados vivos y por milagro ante la ventana de la abuela en Santa Anita: «No me presumas, no me vengas con tus cosas, que por el mundo te me echastes a correr. Quiero que sepas, cuando oigas estas coplas, que tú ya no soplas como mujer».

El trío instrumentista por su lado, iba así: violín, acordeón, guitarra. Y por el otro voces, muchas voces desafinadas. Canción cantada en la ventana de la abuela y canción cantada en la ventana de Elenita, al otro extremo del corredor, una aquí y otra allá, yendo y viniendo los músicos y el lamentable coro pues si no se sentían:

—¿Por qué le cantaste a ella tres y a mí dos?

Avanzando, avanzando por el globo del tiempo ese par de viejas ya le habían dado la vuelta y volvían por el otro lado hechas unas niñas.

—Eh, muchachos —nos reprochó a la mañana siguiente la abuela—, con eso de que tú ya no soplas anoche sí me fregaron.

—Es que, abuela, se nos agotó el repertorio.

—Pues apréndanse otra.

Tenía su ventana gruesos barrotes de madera, y los gruesos tablones de los postigos iban cuñados por dentro con barra de hierro, no se fueran a meter los ladrones. La abuela, de todos modos, los esperaba adentro con su garrote.

Ayer o casi, como si hubiera sido ayer, en un bus, en Bogotá, me robaron la billetera. Venía yo de pie entre el atropello, y un cabrón rolo a mi lado apretándose

contra mí, metiéndome mano. Pensé que era marica. ¡Qué va! Tenía más urgente necesidad. Se me la llevó con cinco pesos y un mensajito que en previsión había dejado adentro: «Que te aprovechen, gran hijueputa».

Y acúsome padre de haberle dado la espalda al amor. Tras de buscarlo tanto, cuando lo encontré di media vuelta y me fui corriendo. Y ni supe cómo se llamaba. Le decían por apodo, por cariño, Joselito.

—Para que te cases —me dijo Chucho cuando me lo regaló—, y no me sigas estorbando.

Era un apartamento vacío que le habían dado a cuidar a Santa Isabel y del que yo tenía la llave. Vacío aunque no del todo: en la sala, al centro, esperando, un colchón relleno de marihuana. De ahí que, supremo bien, valor supremo, celosamente hubiera que cuidarlo. Sólo que quien en el solitario colchón se sentaba, se acostaba, por un agujerito clandestino metía la mano, sacaba un poquito, se armaba un cigarro, y lo que era corpóreo se iba haciendo de puño en puño incorpóreo, etéreo, la paja se convertía en humo y el humo en sueños. Lo que no entiendo aún es: ¿En qué cabeza cupo dejar a Santa Isabel cuidándolo? ¿El gato cuidando los chorizos? Llegué con Joselito, nos sentamos, e instintivamente su servidor por el huequito metió la mano, sacó el poquito, forjó el cigarro, lo encendió, aspiró el humo y en la boca se lo dio al muchacho. Entonces, una vez más, se le detuvo el tiempo. La frágil navecilla empezó a flotar...

¿Adónde vamos, niño? ¿A Arabia donde sopla el simún? ¿O a la costa de Malabar?

—Adonde quieras, contigo me voy al infierno.

Hablaba en burla hablando en serio y sus ojos traviosos, vivaces, no los enturbiaba el humo. El humo simplemente me llevaba, nos llevaba, me llevaba a él, me lo traía a mí en su vuelo envolvente... Vive Dios y es testigo, no había otro como él. Dueño de lo que buscaba en todos y no encontraba en ninguno: la inocencia esencial. Y esa noche, de mi parte, ayudando, solícitas las circunstancias. Las circunstancias, ¿ven? Esenciales en el amor, diría Perogrullo. «Y en el atraco al banco», dice Santa Isabel de la Sierra, del Río, de las Nubes, de los Juncales. Así, perdiéndome en su tibieza palpitante, juntos nos íbamos esa noche por esa sierra, por ese río, por esas nubes, por los juncales gráciles. He ahí el gran problema del amor, que no sabe adónde va. Va en su gratuidad a la deriva. Y el hombre a la postre siempre, pero siempre, quiere llegar.

En el cruce de Caracas con Juan del Corral hay en la esquina, y la esquina es el ángulo que forman al juntarse la calle y la carrera, las dos opuestas formas de ir por la vida en esta intransigente ciudad, hay en la esquina un cine, y tras el cine, por la calle, una cantina con salón de billares, y al fondo un reloj de muro. A la entrada del cine, a las seis, al día siguiente íbamos a encontrarnos. Llegué a las cinco. Pero no al cine: a la cantina, al salón de billares. Dio las cinco el reloj entre un estrépito de vasos y carambolas, y silencioso siguió girando el minuterero: un minuto, otro, otro,

descontándolos de mi riqueza. Y mientras las bolas blancas y rojas hacían y deshacían triángulos, estrellas, rectángulos, vacuos, efímeros sobre el verde de los billares, se iba por el aire deslizándose el tiempo. Las cinco y media, las seis, las seis y media... ¿Estaría Joselito en el cine esperándome? Si estaba me bastaba salir a la calle para volver a verlo. Pero dieron las siete y seguía en la cantina, adentro, entre los billares, retenido por no sé qué a la vera de mi destino. Las siete y media, las ocho, las ocho y media... A pasos rojos, amarillos, azules, pasos de acólito, corría el minuterero seguido del grave horario que va solemne, luctuoso, violeta, con pasos de cardenal. ¿Cómo es que corriendo el minuterero, tan apurado, lo alcanza el lento horario? Es que las dos flechitas que parecen ir en círculo en realidad van derecho y son una sola: hacia mí certera, aviesa, viene por el aire callada la saeta. En un relojito de cartón Liíta me enseñó a conocer el tiempo, el gran enemigo del hombre. Porque yo digo y sostengo aquí, discrepando del padre Astete, que el mundo, el demonio y la carne son sus aliados. Sus pasajeros aliados.

El día, la noche del reloj y los billares, hacia las siete u ocho, con un tiro de un revólver que no sé de dónde sacó, un tiro en la cabeza, se libró Joselito del oprobio de la vejez y de las vicisitudes del tiempo, dejando nuestra historia trunca. Uno de esos carritos de papas fritas que empezaban a transitar por el centro de Medellín, por su realidad plebeya, pasaba por la calle de Maracaibo cuando me dieron la noticia. Así, entre un olor a aceite rancio y a manteca hirviendo, me llegó al alma la sinrazón, la enormidad del hecho. ¿Por qué lo hizo? ¿Cómo pude equivocarme! Ninguna sombra en su alegría traviesa, ningún atisbo que trasluciera en su alma el secreto designio... Sentí una amarga conmiseración por él, una amarga conmiseración por mí. Por mi intolerable aflicción, por el opresivo momento pasó de largo el carrito. No sé si Joselito fue a mi cita, la nuestra. Tampoco sé si de haber ido él y haber ido yo hubiera escapado a su fatalidad dolorosa y no hubiera ocurrido lo ocurrido. La conjetura es necia. La vida no avanza en condicional, va derecho, sin desviaciones, sin titubeos, dejando atrás en cada punto de su línea recta las infinitas encrucijadas de lo posible de las que parte, entre muchos, justo el camino que no tomamos, el que llevaba a la dicha. Así acabamos siendo lo que somos. Bueno, yo hablo por mí, usted piense lo que quiera. Hijos de la vida, del gran tumulto, vivimos juntos el más espléndido, efímero instante. Y ni supe cómo se llamaba, no se lo pregunté. Por apodo, por cariño, le decían Joselito. ¡Joselito! Dicen que criaba perros de raza.

¡Tin! ¡Tin! Tintinea la cucharita contra la copa de metal (¿es plomo? ¿una aleación venenosa?) en que me tomo el helado de marihuana, perdón de chocolate y vainilla, la marihuana fue ayer, antier, el mes pasado, el año entrante, y ahora estoy en este Cisne, heladería de la Carrera Séptima, arteria aorta, vena cava de la ciudad de Bogotá, capital de la mugre, ¿o no?, donde yo lo cité, donde usted me citó. Sí, ahí estás en El Cisne, centro de maricas, refugio de nadaístas, guarida de marihuanos, hacia las siete u ocho tomándote el helado de vainilla y chocolate o viceversa, de chocolate y vainilla, dilatando la noche, el tiempo, que se estira como un caucho,

como un resorte por virtud de un humo prosaico que a otros empendeja. Habrán pasado dos, tres minutos desde que empecé el helado y ya pesan como una eternidad. Padre Tomasino, dígame una cosa, ¿Dios es así? ¿La eternidad inmóvil a la vera del río espejeante de infinitos momentos? Por el río, a contracorriente, sube un caimán abriendo surcos fugaces, cortando la onda en estrías para que el supremo Hacedor, Espectador, tenga un poco de variedad en su eternidad de tedio. ¿Por qué se mató Joselito? Y puesto que se mató, ¿fue antes o después de este Cisne adonde han venido a dar los nadaístas, expulsados de Medellín por sacrílegos? A ver, ¿qué derecho tienen estas ratas, estos cerdos a cruzarse por mi vida? Todo lo escupieron, todo lo insultaron, todo lo empuercaron, y a cambio ¿qué? Dos o tres dizque poemas escribieron en que ponían jirafa con ge y Egipto con hache y jota. ¿Qué tiene que hacer una jirafa con ge en Egipto, animales, como no sea en un circo? En Egipto, bestias, hay cocodrilos como aquí hay caimanes que ahora suben remontando el río mientras de una pared, en el cuarto de mi abuela, en Santa Anita, cuelga la Santísima Trinidad y en el vestíbulo de mi casa de la calle del Perú, la nuestra, Cristo de perfil mira ponerse tras unas nubes la luna, cuya tenue luz le baña la cara. El cuadro es alargado pero más alargado es otro, de Cartagena, abierta, explayada en su bahía, en sepia, y presidiéndola desde lo alto el convento de la Popa. De súbito se llena el mar de fragatas y corbetas, y por entre un fragor humeante de cañones voy, avanzo en mi nave capitana, de pirata, a aniquilarles con su castillo de San Felipe, su fortaleza, el fanatismo a estos españoles cabrones, a romperles, hacerles polvo el alma. Ahora, aquí y allá y entonces, en El Cisne, por ésas me da.

Este loco marica o marica loco de Pepa Puerta o Jairo Pepa, como prefieran, se enamoró de mi hermano. Y el amor y la locura son cosa seria vengan de donde vengan, de arriba o de abajo o de enmedio. Trabada la lengua por las pastillas o pepas, que le dan su nombre, habla enrevesadamente. Pero si uno no entiende lo que dice, tampoco hay mayor cosa que entender. Ha leído miles de miles de libros y los confunde todos. Ahora, mientras conduce su Chevrolet al son de sus pensamientos (en zigzag), sostiene la tesis de que el Papa es un simple jefe de Estado, perverso, maquiavélico.

—¿No se te está yendo un poco la mano, Jairo?

—No, me quedo corto.

—Pues no te vayas a quedar corto en la próxima curva o nos seguimos de largo.

Corto se quedó: se siguió derecho y la carretera por su lado, dando curvas. Contra la barranca fuimos a dar: mi hermano a romperle con su dura frente al carro su parabrisas de una sola pieza que costaba una fortuna.

—¿Todos vivos?

—Todos vivos.

Hombre Jairo, está muy bien que estés enamorado, pero si cada vez que uno se enamora destruye algo ¿qué puede quedar del pobre mundo? Ésa no es forma de demostrar el amor.

Volvíamos de Jericó, ciudad santa, corrupta, en las montañas de Antioquia, del mismo nombre que aquella a que Josué le tumbó las murallas a trompetazos. Alzada en la comba de un cerro sobre laderas de cafetales, Jericó tenía catedral, obispo y seminario, mas vivía y dormía en pecado mortal. Así pasa. Con obispo y barrio de putas en las afueras y en permanente borrachera. En las cantinas de la plaza cantaba Javier Solís y le hacían competencia las campanas. ¡Din! ¡Don! ¡Dan! Unas altas, otras bajas, ebrias las unas de luz, grávidas las otras de profundidades. Hacia la catedral, hacia sus altas torres venía una nube chocarrera; al pasar se enredó, se pinchó en el pararrayos y nos soltó un aguacero. Corrimos con todo el mundo a resguardarnos bajo los aleros, y al punto el aguacero se detuvo:

—Miedosos, es pa que sepan que aquí voy yo y me aprendan a respetar.

Sacando de su falda desflecada el sol la nube se volvió a sorber sus chorros de agua y se siguió de largo rumbo a los predios de las afueras, los cafetales, a regar cafetos y a bañar putas. El pueblo entonces volvió a lo que estaba. Salió el obispo («¿Cómo se le dice, Jairo, Monseñor, o Su Ilustrísima?». «Se le dice cura hijueputa»), salió entre curas y monjas y monaguillos como un resplandor de oro con su mitra y báculo y su pompa antigua, y se congregó la multitud. Luego se fueron formando en larga fila para besarle, de rodillas, el abultado anillo de rubí. Varios angelitos o acólitos embriagaban con sus incensarios.

—¡Incienso! —dijo Jairo Pepa olfateando—. Es la marihuana de la Iglesia, alucina.

—Ve y ponte en fila Jairo —le dijimos— y besa al obispo en la mano como todo el mundo.

—¿Por qué voy a besar en la mano a ese viejo marica?

—Bésalo en la boca.

—¡Cómo se atreven! ¡Si es una cacatúa vieja!

—Contigo sí no se puede, te vas a ir al infierno.

—Mejor, allí está lo que vale.

—Estás muy raro, Jairo, hablando con demasiada fluidez, tómate tu pastilla.

En la primer cantina de la plaza, con una cerveza y un aguardiente doble se la tomó, y volvieron a tartamudearle los pensamientos.

Amplio salón de ventanas de rejas, altas y pequeñas ventanas por las que entraba, tímida, una luz marchita, el refectorio estaba lleno de muchachos: los seminaristas, de sotana, tomándose su sopa del día, sopa de letanías:

—Estrella matutina: Ruega por nosotros; Salud de los enfermos: Ruega por nosotros; Consuelo de los afligidos: Ruega por nosotros.

Torre de David, Torre de marfil, Arca de la Alianza: Ídem, Ídem, Ídem... Desandándole los pasos a mi padre, desertor de cura, habíamos ido en Jericó a visitar el seminario donde estudiara de muchacho, a conocer desde nuestra ociosidad de hombres libres otra cárcel más del alma y de las ilusiones. Casi, casi, pensé, un colegio salesiano, y evoqué a Don Bosco, el taumaturgo, capaz de opacar la

luminosidad de Antioquia entristeciéndola hasta que pareciera un Turín invernal. Salíamos y nos alejábamos del lúgubre edificio, perseguidos mis pensamientos por los padres salesianos y el cacareo, cada vez más desesperanzado y lejano, de las letanías, cuando por la callecita pueblerina sin asfaltar, la callecita estrecha, veloz, a velocidad enloquecida, en una volqueta de acarreo irrumpió la Muerte: surgió del polvo en contra vía y a un niño que montaba una bicicleta (¿diez años? ¿doce?) se le vino encima a cortar su odiado hilo de la vida. Sin detenerse, sin mirar atrás, tras el zarpazo cobarde huyó en su nube de polvo. Así, sin preámbulos, de súbito, dando el zarpazo y huyendo, así la conocí.

Gozando de las prerrogativas del ocio, engordando su gordura, Eladio el hermano de Jairo Pepa se ha parado en la acera del salón Versalles, frente al Metropol, en Junín, a ver pasar la gente. Lunes, martes, miércoles, jueves, viernes, sábado, domingo, allí está. Los días se le han vuelto meses, los meses años, los años décadas, y él igual, tan igual, siempre tan tranquilo. Nada le inquieta, nada le conmueve, nada le perturba. Ni las mujeres, ni los muchachos, ni la plata, ni el aguardiente, ni la política, ni el atropello policial. Nada, nada, nada. ¿Es un estúpido? No, es un Buda sabio. Espanta con breve gesto de la mano, mínimo, un mosquito que le zumba, y se rasca la barriga. ¿Es la felicidad? Usted lo ha dicho. Pasan mujeriegos, pasan borrachos, pasan ladrones, pasan bellezas, pasan maricas y yo con ellos, pasando frente a él y conmigo Junín y sus miserias. Él, complacido, plácido, simplemente nos ve pasar. O sea, envejecer. Ve hacerse las sardinas muchachos, los muchachos hombres, los hombres viejos, y a los viejos se les cae el pelo de donde está bien, les sale donde está mal y les crecen las orejas. Como él es gordo, y gordo que no interviene, no envejece. Sigue tan rozagante como cuando llegó:

—¡Pobre don Miguel Escobar, qué avejentado está: en quiebra y con una hija puta y un hijo marica!

Un día veo un gentío arremolinarse frente al Versalles.

—¿Qué pasó? ¿Qué pasó? —pregunta la multitud ansiosa olfateando una breve dicha en el mal ajeno.

—Que el gordo Eladio se murió.

Así es, en efecto: tendido en su acera cuan ancho es, cuan ancho era, como una mole, miran sus ojos sin ver, abiertos, al cielo. ¡Pum! Al pie del cañón, en su ley, en el mero frente lo fulminó un infarto. Mirón irredento, espectador sin tregua, fue su única actuación. ¿Cuál sería el último que vio pasar? ¿Un viejo? ¿O un muchacho, una belleza? Pasan y pasan y pasan las sardinas, los muchachos, las bellezas, unos rumbo al parque, otros rumbo a la avenida La Playa y yo, sin saber qué me conviene, qué camino tomar, miro desde el Metropol hacia la acera del Versalles y recostado contra el muro, allí instalado, como ayer, como mañana, como siempre, infaltable cual el sol del trópico veo a Eladio Puerta viendo pasar las generaciones...

Con breve inclinación de su cabeza brillante saluda el maestro Matza, raya el aire con su batuta y entra en pleno la banda, la Banda Municipal de Medellín que él

dirige, de Medellín, la bella villa, antigua capital de los arrieros. En Medellín al maestro Matza lo conoce todo el mundo, no necesita presentación. Como ya Medellín no existe, lo presento yo aquí. Él es de Europa Central y músico hasta la coronilla. Un día que ya nadie sabe aquí llegó huyendo de la guerra, de su tierra. ¿De Checoslovaquia tal vez? Tal vez. Tal vez de Hungría... De uno de esos países que uniformó el comunismo, que puso a marchar la misma marcha al mismo paso bajo la misma batuta, la misma tiranía. Marchas también es lo que la banda del maestro Matza toca, y oberturas: de Weber, Verdi, Rossini, transcritas del original sinfónico a versión de cobre y viento: los violines se vuelven clarinetes, y lo que dice el contrabajo lo dice ahora la tuba, pesada y voluminosa como el gordo Eladio, aunque menos fofa y menos perezosa: si bemol, mi bemol, fa natural, oigan cómo se mueve, va subiendo, va bajando, va avanzando con pasos sostenidos, notas largas, toscas, enojadas, que hacen vibrar el pavimento. Notas lo que se quiera pero esenciales: el móvil edificio musical se va construyendo sobre ellas. Si no existieran los bajos de la tuba, ¿qué sería de las flautas, los oboes, el corno inglés, los clarinetes? Se irían cada quien por su lado a dispersarse en el cielo. Es la tuba la que evita la desbandada, la que los mantiene coordinados, aferrados a la realidad de este mundo, volando en formación. Bueno, la tuba y el maestro Matza, quien dio la entrada, quien con ojo severo vigila, fulmina: «Uno de los cinco clarinetes está desafinando: ¡Usted!», dice el ojo y el clarinetista en cuestión se achica, se rebaja, quiere desaparecer pero por lo pronto ajusta el chorro de aire y yo sonrío: claro, andaba mal el maldito, medio tono abajo, no hay derecho. ¿Qué te pasa, condenado, por qué desafinas? Aunque los clarinetes tocan en mi bemol, como los que los tocan son ignorantes y brutos se les escribe en do mayor la partitura para eliminarles, por lo menos en el papel, los bemoles. ¡Qué tal que tuvieran que leer diez notas juntas, verticales, y tocarlas en el piano de un tirón, o transportarlas cuatro tonos más arriba o más abajo porque al cantante que uno acompaña no le da la voz! ¿Clarinetistas? Me suenan a albañil. Pero el maestro Matza los mantiene a raya con miradas fulminantes. De todo el público, el móvil público que a las once, los domingos, sin saber qué hacer mañana con su vida ni hoy qué hacer con la mañana, congrega su desocupación en el parque de Bolívar a oír el concierto, «la retreta», junto a la estatua, yo soy el único, así llegue con la borrachera viva o con la cruz de la resaca, el único que capta esas miradas suyas ora asesinas ora de complacida aprobación, y la inmediata respuesta del músico aludido. ¡Pobre maestro Matza con esta banda y en esta tierra de pacotilla! Músico imperial a la antigua, de un conservatorio a la antigua, de un continente a la antigua, venir a caer él, él que es la disciplina estricta, a la capital de la alcahuetería donde cada quien vive a su aire, como dicen en la península... Aunque no haya cruzado con él ni una sola palabra y todo pero todo nos separe, lo compadezco, lo entiendo y lo aprecio. Meter en cintura a cincuenta insubordinados haciendo que le suene la flauta al burro es cosa seria. Tras el acorde final de cada pieza se inclina para agradecer: breve inclinación de cabeza para un tibio aplauso. E indefectiblemente termina el programa con un

pasillo o bambuco que recibe una ovación. Ni nos mira: mientras los músicos empacan sus instrumentos, da media vuelta y se marcha, nos manda al diablo. Bajito y de testa reluciente, el maestro Matza parece una figurita de terracota. Tiene oído absoluto. Como yo.

Sólo Smetana, Grieg, Sibelius, y el ruido del chorro del agua. Bach no. Ni su diarrea de notas. Por el Moldavia, por los fiords, por bosques de abedules, partidario como soy de la curación por el agua, permítaseme adelantar en tanto, en tanto voy con la Bruja hacia la gran fuente del parque, mi tesis sobre el tirano.

Algo íntimo en él daba la impresión de que, en efecto, como el rumor decía (¿sugestión del apellido?), lo hubiera aligerado de ciertas partes fundamentales la policía de Batista. Esa cara oval de eunuco oculta tras de la barba, y el cacareo gesticulante, chillón, de su voz demagoga... Pero no, no era cuestión de castrado o no castrado, la cuestión va más allá, mucho más de lo que usted se imagina. Si se dejaron montar los comités de defensa de la revolución (yo lo espío, usted me espía), si dejaron aherrojar la libertad y volver una cárcel la isla, y enseñorearse de ella la verborrea y la mentira, allá ellos. Que cargue con su negra suerte el pueblo imbécil si se dejó embaucar. La gente decente por lo menos alcanzó a salir, y el que se quedó se quedó, a mí no me preocupan. Lo que me preocupa es él, que hable mi idioma. Y que si le hablo, directamente me entienda. Que puedan tener eco en su cerebro de energúmeno asesino, sin intérprete ruso, mis palabras. ¿Cómo concebir que por los mismos cauces mentales por los que ando yo ande él? Simple cuestión de lingüística, vaya. No lo soporto en mi idioma. La ficción general fue creer que era de la misma especie que usted y yo. Con el pasar de los años, mientras Cuba era menos Cuba y más cárcel, ¿la negra barba no se le fue haciendo blanca? ¿No envejecía, pues, como todo el mundo el tirano? He ahí el error de todos, lejanísimo de la terrible verdad del monstruo: era un embrión congelado. Lo fecundaron in vitro y lo congelaron varios años, en que se contaminó con huevos de mosca, y después lo insertaron en una vaca portadora.

¿Estudiar medicina? ¿Montar una fábrica? ¿Construir casas? O mejor, ¿hacerle la revolución al pueblo paridor? Joven, si tiene sesos, lo último es lo que le conviene, lo que le aconsejo. La revolución, y se lo digo yo que he vivido tanto y tan errada aunque arrepentidamente, la revolución es fina operación que mata al paciente pero salva al médico. El paciente son ellos, el médico usted. Séalo con vehemencia. ¿Que le quitaron el porvenir? ¿Que los conservadores no lo dejan progresar ni lo dejan progresar los liberales? Métase a líder, a redentor, mienta con el ideal y con la generosidad abnegada. Recete, opere. Al paciente hipnotícelo, duérmalo y póngale su anestesia dialéctica, convulsiónelo y convulsiónese usted, cerebro perturbado, y según enseñan los métodos, probados y requeteprobados en la práctica, de Vladimir Ilich Lenin, infiltre al ejército, ponga bombas, apodérese de las emisoras, lance proclamas, divida, socave, pinte paredes, y con el apoyo de estudiantes, intelectuales y obreros (con el campesino no hay que contar), tómese el poder y presérvelo para

usted y su hermano, o sea el pueblo, y que cuando el gran hombre muera le hagan su buen entierro. Subido al balcón de tabla y bahareque, tribuna de la Historia, arengue con los puños cerrados, manotee, gesticule, vocifere, que el pueblo aplaude. Si se le va el hilo del discurso diga «porque»: Porque la agresión imperialista... ¡Tal cosa! Porque el capitalismo yanqui... ¡Tal otra! Porque, porque, porque, aunque se le destiemple la voz hasta llegar hablando en maratón cerrada, cerrada consigo mismo, a las dos, tres, cuatro, cinco horas, días, cinco mil kilómetros, y acuérdesese de que su país es pueblo soberano y que la humanidad les debe todo: el motor de combustión interna, la máquina de coser, la luz eléctrica, el carro, el avión, el jet, los antibióticos, e incluso el molino de mano para moler maíz de tortillas y de arepas. Todo, todo nos lo quitaron, nos lo saquearon. Si se le seca la garganta, pase con algo la incontinencia de palabra. Comandante, ¿no se le antoja una Coca Cola? ¡Cómo no!

De cantina en cantina rumbo a La Quinta Porra en los linderos del cielo, sube el Studebaker por la montaña horadando la niebla. El haz de luz de sus faros flota sobre los abismos brumosos. A la vera del camino en un remanso del tiempo, atrás, en una curva se quedó una cantinita de puertas y ventanas rojas, liberales. De pie, de prisa, allí en el mostrador nos tomamos un aguardiente, y dejamos al partir sonando en el traganíquel las quenás bolivianas. Vueltos al carro, serpenteando por la carreterita sinuosa, se me iba la ensoñación en pos de ellas hacia los Andes distantes. ¡Cómo distantes! ¿Soñando con las brumas andinas y la mole colosal de los Andes bajo las ruedas del carro? Bogaba el timonel del sueño en plena realidad, color de niebla.

Quien a nuestro Studebaker sube, entra como quien dice a una distinta dimensión, dimensión cerrada donde el invitado de turno deja de ser amo de sí mismo, dueño de sus mentiras. El dueño soy yo de mi verdad. En el mínimo interior de ese carro reina el presente, no hay espacio para otra cosa. El pasado, el futuro, lo que el mundo pueda decir o pensar se van al diablo, lo tiramos por la ventanilla. Ascendiendo, ascendiendo, íbamos así arrastrando inadvertidamente el ahora, en cumplimiento de la condición primera de la felicidad: ser sin saberlo.

¿Pero a qué demonios acarrear las víctimas (quiero decir muchachos) tan arriba en la montaña? ¿No era demasiado excéntrico del diseño? Así es, en efecto, usted lo ha dicho: «excéntrico», fuera del centro. Los sacábamos a la periferia para cortarles todo vínculo con lo conocido, para aligerarlos del tabú, de la ciudad, de ropa. Subir a lo más alto para caer a lo más bajo, diría una moral antigua.

Ondeando por el filo de la cordillera el Studebaker disoluto se detuvo:

—Basta ya que estoy muy viejo, traquetiado, ya no camino más —dijo y con resoplido de mulita cansada se paró.

Del tibio interior salimos a escrutar el panorama y el humor del dios del trueno, y a diagnosticarle al paciente. ¿Sería una bujía floja? ¿O acaso el carburador? La batería no, porque daba luz: formaban los faros encendidos un alargado oasis en la oscuridad envolvente. Ahí, en lo real irreal, en ese páramo de líquenes, reino de ráfagas adonde si acaso, aleteando en el ulular del viento, ebrio de horizontes llega el

cóndor, ahí y entonces, estremecido bajo la caricia de la escarcha, colmada el alma, en esos abismos flotantes se me queda anclado el recuerdo. Paradójico ascenso pecaminoso rumbo al cielo de las liberaciones. Y que no llega. No siempre va el pecado barranca abajo, amigo mío, a veces sube. Pasajero de la noche en la montaña perenne, subo, subo hacia el pico más alto, donde canta en su traganíquel La Quinta Porra, la última de las cantinas... A la que no he de llegar. En una curva del camino, siguiéndome, difusas, suenan las quenenas. Las quenenas, eco de brumas.

Me he quedado sin conocer el cóndor, ave en extinción. Supe de su vasto vuelo por los versos de un poema que empieza: «Nací libre como el viento de las selvas antioqueñas, como el cóndor de los Andes que de monte en monte vuela». Pero no hay tal, amigo Epifanio, usted nació esclavo, prisionero, y como nació murió: esclavo y prisionero de una moral antigua, encerrado en la locura. Cuarenta años lo encerraron en la casa de locos, que con usted inauguraron, cuarenta años con uno que otro visitante compasivo por década, cuarenta años que aún me pesan, hasta que por fin pasó al humilde cuarto, a liberarlo, la última visita.

Nadie supo por qué enloqueció Epifanio, por qué quería matar a su mujer y a sus hijos. Era su locura para su tiempo un enigma. Recientemente un psiquiatra, especulando aquí y allá lo aclaró; recientemente, cuando salvo a mí ya a nadie el asunto le importaba: Epifanio Mejía quería matar a su mujer y a sus hijos porque en su Medellín pacato, su Medellín de arrieros, eran un obstáculo para su libertad. Si el día en que enloqueció Epifanio, en que quitándose las ropas corrió al río yo me lo hubiera encontrado, le habría dado un consejo: Mándelos al demonio y por ahí derecho al cura párroco y al señor obispo, y lárquese con la primer puta que pase y que se le antoje. Así de simple. No sé por qué ha de ver el hombre tan confuso lo claro. Bueno, digo yo, yo que veo desde la orilla pataleando al ahogado.

Resguardando su pureza en la locura, transparente cajita de cristal, el poeta enmudeció. La negra barba se le fue haciendo blanca, blanca, enmarañada, y él soñando con que había compuesto la creación del mundo en no sé cuántas cargas de versos, que pronto habrían de embarcar, camino de Medellín, en el Puerto de Carpintero, adonde las habían llevado en sus mulas los arrieros. Diciéndoselo a quien lo quisiera oír, es decir a las paredes...

La otra noche soñé con Jesús Lopera. Un sueño nítido. Tanto como pueden ser confusas mis palabras para recobrarlo. El idioma es una red de trama tan burda, tan ancha, que deja colar la realidad. En fin, qué le vamos a hacer, era uno de esos sueños insidiosos en que nada pasa aunque todo pesa. Lo voy a contar como pueda. Él, el protagonista, y ellos, los comparsas, no se mueven ni me muevo yo, el espectador. Simplemente existimos, en plenitud. Yo aparte, silencioso, y en la antesala Chucho a un lado y a su lado una fila de muchachos esperando entrar al consultorio del doctor o a la cárcel. Muchachos entre los dieciséis y los diecinueve años, y entre el delito y la nada. Chucho, dueño de la situación, con su alegría optimista burlándose. Eso, feliz como siempre, burlándose. Todos le pertenecían y todo Medellín por supuesto: desde

lo eterno se lo habían escriturado. ¿Supo de Epifanio y su locura? Lo dudo. Dueño de la felicidad y la sabiduría era sordo a la necesidad del fracaso ajeno. Sólo oía lo que le incumbía. Y nada más. En cuanto a mí, suelo dormirme oyendo el ruido interior y afuera las cigarras, esperando soñar un día que soy un cóndor, que es el último sueño y que libre me voy. La otra noche soñé con Chucho Lopera. Por primera vez, a fuerza de tanto evocarle.

Roberto Pineda, como Berlioz, sin tocar ningún instrumento componía para todos. Y con la misma desatada grandilocuencia. Sólo que, a diferencia de Berlioz, Roberto Pineda era sordo: sordo del oído y del alma, sordo total.

—Don Roberto, ¿que nota es ésta? no mire.

Y le tocábamos en el piano un do. Y él:

—Será mi bemol...

Sabía, claro, que el registro del clarinete va de aquí hasta allá, y que si a una soprano se le pone una nota de más en lo alto, en lo alto del techo, se descuerda. Y ese conocimiento de los registros y el pentagrama le permitía componer para orquesta sinfónica y le alborotaba la soberbia. Escribía unas partituras sordas, ciegas, complicadísimas, llenas de punticos negros y patas de mosca.

Veinte sinfonías compuso, tres conciertos para violín y piano, otros para flauta y clarinete, más un réquiem y un te deum, fantasías, variaciones, tríos, cuartetos, sonatas... Pero su obra máxima es la cantata a Edipo Rey, *(Edipus Rex)*, para orquesta de doscientos instrumentos y coro: un estadio de voces desafortunadas. De la cual, la susodicha, oí diez minutos: duraba dos días y medio, vale decir tres y medio menos que la creación del mundo si se tiene en cuenta que Él el séptimo descansó. Que se los resista su madre...

Roberto Pineda fue mi profesor en el Conservatorio de Bogotá. Venía de un pueblo frío de Antioquia, Marinilla, donde los niños nacen blancuzcos, descoloridos, como un tubérculo que allí se da y que se usa en el sancocho de tierra caliente, la arracacha. Nacido en zona tan prosaica, aspiraba él sin embargo a lo más alto. Como yo. Era mi profesor de armonía. Especializado en encontrar quintas y octavas paralelas, obstinada, meticulosamente las buscaba en todas partes.

—Vaya búsqueselas a Debussy —le dije el día en que lo mandé al carajo.

Por donde se me mire, por donde se me busque no puedo ser un buen músico. Con tanto mal ejemplo... De un lado la simpleza del pasillo y el bambuco; del otro Roberto Pineda, un Schönberg a la décima potencia. O tónica y dominante o el pandemónium total. Cierro los ojos, veo a Roberto Pineda y se me exacerba el tinitus.

De curva en curva, de recuerdo en recuerdo, entre este ir y venir de gente que a nada lleva voy llegando a Santa Fe de Antioquia, un pueblo a la orilla de un río. El río, turbulento, se llama el Cauca, y entre tantos secretos de sus honduras tiene una «u» en el medio. No tiene, en cambio, caimanes. Si desde el Magdalena, donde el Cauca desemboca, se pasa un caimán desprevenido, el Cauca lo revuelca, lo pone patas arriba como pone a las canoas: las hunde con sus pescadores, les corta la

respiración. Especialista además en llevarse niños: los que se arriman a sus riberas o le caen del puente colgante que lo atraviesa, maná caliente para la culebra. Va el puente de orilla a orilla sin un pilote, balanceándose. Aquí y allá, en el piso, un hueco: por ahí se va el imprudente que camina viendo el paisaje sin ver al suelo. ¡Uuuuuh! ¡Plas! Cayó, se hundió, no se volvió a ver. En cuanto a nosotros, pasamos en nuestro carro, el Ford, con infinita precaución.

—Papi, ¿y si nos caemos qué?

—Mejor no.

A las cuatro o cinco de la madrugada nos habíamos despertado, esto es «levantado», porque lo que fue dormir no dormimos. ¡Quién duerme cuando va a hacer un viaje a Antioquia lejana, el primer viaje! ¿Qué tan lejana? Muchisisísimo: cinco o seis o siete horas o días a cuarenta kilómetros por hora, a toda velocidad. Éramos cuatro; mi último hermano, Silvio, acabado de nacer, iba en una canasta: papas, plátanos, yucas sacamos de ella y entre almohadones y sábanas en su interior lo acomodamos. La comida en un portacomidas o portaviandas, ¡y a viajar! Ahí va el Ford, va la carcacha por entre el polvo cortando curvas. ¿Qué fue esa bola blanca que cruzó? ¡Un conejo! Un conejo veloz de tierra caliente que si en vez de día hubiera cruzado de noche lo encandilamos: se queda en medio de la carretera quietecito, empendejado, y uno lo agarra, lo acaricia, le hace una jaulita, lo guarda, y le da zanahorias frescas, que le encantan.

Pero voy muy rápido, demasiado aprisa, saltándome curvas y cosas. Antes de la madrugada hay una noche, lenta noche intolerable de excitación ante el viaje, con un enigma por resolver: ¿Cómo es que vamos a ir a Antioquia si en Antioquia estamos? Hombre, niño, es que Antioquia son dos, hay dos Antioquias. Una, grande, son montañas y llanos y ríos y arroyos que se desprenden de esas montañas y crecidos arman el acabose. Y otra, chica, es un pueblo: Santa Fe de Antioquia, la antigua capital, a la que el tiempo ateo le cortó la parte santa del nombre. Ahí y ahora, ahí debe estar, a la orilla de su río, dejada de la mano de Dios. Era a esa Antioquia a la que íbamos, un pueblo viejo, de casas viejas, de calles viejas e iglesias viejas, deportilladas, y unas viejas de mantilla negra rezando en la catedral.

Perdón, perdón, perdón que el retrato está desplazado, estoy confundiendo dos viajes, dos recuerdos: un viaje hecho de niño, otro de joven; uno en un Ford, otro en un Studebaker. Es al segundo al que pertenecen esas desoladas vejeces. Del otro, del primero, sólo logro recobrar tres cosas: un conejo, un río y un puente.

En el Studebaker, con mi hermano y el consabido acompañamiento de muchachos regreso a Antioquia un día borracho, soleado, desafiando curvas y abismos y el qué dirán. Si con buena voluntad se nos mira somos un par de locos; si con menos buena unos degenerados. ¿Y quién le está pidiendo su opinión? ¿No quiere salir? Se queda usted en casa que yo tomo, por lo pronto, la misma vieja carretera que de niño transité, tiempo ha, y que encuentro igual, rota, ruinosa, destartalada, como la encontraré dentro de cien años, gobierne quien gobierne, el partido conservador o el

liberal, cuando vuelva yo por ella, fantasma envuelto en blanca sábana o salido de su ataúd en su mortaja a desandar los pasos, pero no a pie porque a pie nunca llego: en el carro del recuerdo, más desvencijado que nuestro viejo Ford y más disoluto que el Studebaker.

Dejando atrás las vacas sabias, pensativas, rumiando tras las cercas, embriagado de curvas y de pensamientos iba recordándome de niño por esa misma carretera que ya una vez olvidé y que volvería a olvidar, acercándome, acercándome al pueblo que hay al final de ella y del primer viaje, largo viaje lejano que se tragó el olvido en una nube de polvo pero que empezó limpio, despejado, al amanecer. Y hoy apuesto lo que quieran a que la carretera sigue igual e igual el pueblo, Santa Fe de Antioquia que no ha cambiado. El que ha cambiado soy yo, el niño, el hombre, el viejo, de curva en curva dando tumbos por los baches del camino de su ilusoria continuidad. Regresamos a Medellín anocheciendo, por la bajada de Robledo, rompiendo brumas. La bajada de Robledo, por donde sale el sol o se pone, lo mismo me da.

¿En qué mundo estoy? ¿En qué año? ¿Vuelvo acaso con la hermandad del humo por las calles en pendiente del barrio de Boston? Adviértase que si voy con ellos, los hachidis, los parias, oyéndoles sus historias de cárceles y atracos, arrastrando el tiempo, es por el mero sabor del humo: no buscando la distorsión de la realidad. ¿Para qué iba a buscarla? Siempre la he encontrado de sobra distorsionada.

Los ojos turbios, vidriosos, inmóvil en su mecedora, la abuela espera a que le llueva del cielo, compasiva, la bendición de la muerte. Pero no la quiero ver así, es una imagen esa entre muchas. También la puedo ver, por ejemplo, en el corredor posterior de Santa Anita: feliz, limpiando café entre sus animales. Tiene vacas, gallinas, cerdos y el café lo seca en unos costales viejos que extiende sobre las baldosas rojas del piso. Es el café de Santa Anita dorado, impecable, sin un solo grano negro. Yo a escondidas, muy callado, me le acerco por detrás y la abrazo.

—Ay muchacho —dice—, me asustaste, estaba pensando en el abuelo.

El abuelo es Leonidas, su marido, y es abuelo mío y no de ella, y ya hace años que murió. Pero lo recuerda como si ella fuera uno más de sus nietos. De súbito, por una de esas maromas o burlas que me hace el tiempo, dejo de ser un muchacho y vuelvo a ser un niño, y en el mismo corredor, y en la misma situación, con la abuela limpiando café, de súbito irrumpe un estruendo. ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? Era la gallina saraviada, o sea con manchitas de plumas amarillas sobre el fondo pardo y negro, su gallina preferida que pone, día a día, sin faltar, religiosamente un huevo y a veces dos. ¿Y ahora qué se trae ésta? Brusquedades, sacudidas, coletazos desprendiéndose de plumitas, pelusitas tiernas, la gallina saraviada se baña ante nosotros en un charco de polvo, en el oasis de la dicha. ¡Eh carajo, qué alharaca! ¡Ni que se fuera a bañar Luis XIV!

Un día de buenas a primeras, sin decir pío, la gallina saraviada se esfumó. Y nada se volvió a saber de ella. Por el monte, por el bosque, por el platanal, por el cafetal, por rastrojos y matorrales siguiendo las acequias y meandros de los cauces de agua

que vienen de lo alto y que todo lo empantanan, inútilmente, en vano, por toda Santa Anita la buscamos. ¡Qué se le va a hacer, se la robaron! No había tal. En el escondrijo más escondido en que se pudiera esconder, burla y desafío al empeño de cinco niños, la gallina sa raviada estaba empollando. Y otro día de improviso, sin aviso, muy segura de sí misma, orgullosa e infatuada, transfigurada en el esplendor de la mañana apareció seguida de una infinidad de pollitos.

De trajecito azul y corbatica negra, engalanado, quien no hacía mucho aún era un niño, yo, entraba al caer de la noche al paraninfo de la Universidad de Antioquia a recibir mi diploma de bachiller, el único que he alcanzado. Al paraninfo ¿ven? lo más solemne de la vasta tierra. Y he aquí el cuadro: abajo los estudiantes y familiares, padres, novias, primos, hermanos, y arriba en el estrado de honor de caoba vieja, reluciente, presidiendo el acto el señor rector, monseñor obispo, su eminencia no sé qué, mi general no sé cuántos, y altos dignatarios de la corte celestial y el reino de este mundo. Llegué acompañado de mi padre. Cuando nos vieron llegar a él lo hicieron subir al estrado, y entre una sotana negra y el gran pájaro amarillo de anillo y báculo lo instalaron. Por algo era él toda una figura del partido conservador que es católico, apostólico y romano, como el liberal y como el liberal tan burócrata y ahora, dicen, con estos tiempos que corren tan distintos a los de antes, como el otro tan ladrón. Bueno, dicen, yo no sé ni me importa.

Arrancaron con el himno. «Alma mater de la raza», así empieza. La Universidad de pie cantándolo, a mí chorreándoseme las lágrimas y la orquesta del Conservatorio acompañando, con esos bajos de la tuba que me remueven las entrañas, y del nido de los malos pensamientos, el centro mismo de mi pobre corazón hacen salir, sale volando, una palomita blanca.

El himno de la Universidad de Antioquia, por si no lo saben, lo compuso el maestro José María Bravo Márquez: lo copió de un coral protestante, dice la maledicencia con su larga y filuda lengua que comulga desde el atrio, y van a ver por qué. Porque yendo de gira una delegación de la Universidad de Antioquia por los Estados Unidos, cuando se presentó en la primera universidad y empezó a cantarlo, la universidad norteamericana en pleno, sonriente, con ellos en inglés siguió cantándolo. Vaya sorpresa. Lo que digo yo es que con siete notas no se puede hacer nada nuevo. Do, re, mi, fa, sol, la, si, do, sube la escala y ya repitió el primer escalón. El hombre, animal viejo de viejas mañas, se repite creyendo que se renueva. No hay tal: es siempre el mismo viejo y mañoso animal.

El profesor de geografía (mísera materia para quienes ya estudiábamos física, química, metafísica), el más humilde, a nombre de la Universidad pronunció el discurso. Yo siempre he dicho, dijo, en esas clases mías que Colombia es un gran país, y que nos cupo en suerte toda la suerte y las riquezas: bosques inmensos, ríos inmensos, montes inmensos de donde se desprenden cascadas portentosas capaces de mover turbinas, capaces de arrastrar la tierra. Afortunados nosotros con semejante maravilla de país: nosotros, la patria y la esperanza. Que jamás lo fuéramos a olvidar.

¡Qué diablos lo iba a olvidar! Pasa el tiempo y el tiempo y comparo y comparo, cotejo sus palabras con la adusta realidad ¿y qué veo? Que los bosques ya los talaron, los ríos ya se secaron, las montañas no eran arables y la capa vegetal de los inmensos llanos era tan mísera, tan ínfima, tan mínima que daba, si acaso, lástima y para alimentar matorrales y culebras. Sueño de ingenuo, ilusión de pobre, Colombia nada tiene: sólo el partido conservador y el liberal, o sea: tampoco tiene futuro. Pero Colombia que nada tiene es lo único que tenemos. ¿No es un consuelo?

Ciento sesenta muchachos nos graduamos esa noche de bachilleres. A unos les entregó el diploma el rector, a otros el general, a otros el cura, a otros el obispo. A mí mi padre. La vida avara, que poco da, de cuando en cuando me distingue con uno que otro privilegio entre el montón. Venía el diploma reluciente, recién sacado del horno: con no sé cuántas estampillas de cien pesos y las firmas de Raimundo y todo el mundo: de profesores, de directores, de rectores, de alcaldes, de gobernadores, de ministros, de presidentes y de Dios Padre Nuestro Señor. Y sellos.

Subiendo en la pendiente de la calle del Perú lindábamos por arriba con una casa que era a la vez farmacia: la Farmacia Amistad cuyo dueño, Arturo Morales, tenía un sello: «Farmacia Amistad» decía en círculo, y llenando el centro la dirección y el teléfono. De niño cada vez que los curas salesianos me exigían un certificado, yo mismo lo escribía a máquina y con firma ininteligible lo firmaba, y colándome a la Farmacia Amistad sobre la firma le aplicaba el sello para darle el peso contundente de la verdad. La noche de mi graduación, de regreso a casa con la corbata aún puesta y el sagrado diploma, antes que nada pasé a la farmacia:

—A ver, don Arturo —le ordené—. Présteme el sello.

Lo tomó como para protegerlo: el sello de la Farmacia Amistad (como cualquier sello) era sagrado. ¿Para qué lo quería su vecino? Se lo quité de las manos dudosas, extendí sobre el mostrador mi diploma, y tras de refrendarlo con la última firma, Perico de los Palotes, sobre la misma le chanté el sello. Así quedó mi diploma de bachiller, mi único diploma, engalanado: firmado por don nadie y sellado con la nada. Hoy cuando entro a un lugar ambiguo y vergonzoso donde tengo que firmar, firmo con la firma del presidente de Colombia.

Va mi camión de escalera por la carretera de Medellín a Envigado, de Envigado a Santa Anita remontando el tiempo. Mas no sé muy bien dónde voy. ¿Ya pasamos la finca del maestro González, Otraparte? Aún no. Ni siquiera hemos cruzado la quebrada Ayurá, arroyo limpio y manso de mansas aguas pero turbulentas porque en él se bañan los seminaristas del Seminario Mayor. Del Seminario Mayor no, hombre, de un Seminario Menor, uno cualquiera, de los que hay varios: se bañan en camisón de señora y en pecado mortal. Mayor o Menor, algún día he de ver este de la carretera a Envigado en bancarrota vuelto taberna o burdel, se lo digo yo que soy brujo. En medio de la ladera y de la oscuridad de la montaña, a estas horas de la noche anda apagado, pecando con el pensamiento, pero ya lo veo con los ojos de la anticipación ardiendo de foquitos rojos y adentro, entronizado en el lugar de María Santísima,

iluminado de verde y amarillo, un cromo de Gardel. Y en vez del *Tantum Ergo*, sonando desde el coro un tango, un tango en su traganíquel, que arrulla con sus acordes nostálgicos a ciertos habitantes antediluvianos escapados de Sodoma y refugiados aquí. Yo para entonces habré desocupado el lugar y no gozaré del triunfo de ver derrumbarse el ídolo y vueltos el Seminario Mayor y su vecina Basílica Metropolitana inmenso zoco árabe, abigarrada tienda de mercachifles donde te venden, a falta de rosarios, falsa pedrería, cuentas de chaquira y abalorios. Claro que no, no lo alcanzaré a ver.

¿Y ya sí estamos en Otraparte? No. Aún no. Atrás dejamos, apenas, la finca Oviedo, con su blancura que desafía la noche, y vamos hacia la gran gruta de la Virgen donde de niño presencié un choque espléndido. ¿Apenas? Apenas. Viaja mi camión de escalera como en un sueño rodando quieto, avanzando sin avanzar, empantanado en el lodazal del tiempo. ¿Habré de ver una de estas míseras noches en que regreso, desolado, del café Miami a Santa Anita, habré de ver al maestro González paseándose frente a su finca de Otraparte por la carretera, en pelota, escandalizando viejas? Claro que no. Vivo no lo habré de ver. Muerto lo conoceré en una foto: lleva puesta una boina vasca. Filósofo chocarrero, viejo payaso en esta tierra de payasos, te me fuiste la otra tarde en tu Otraparte sin avisar, sin esperar mi visita, sin que alcanzara a llegar a preguntarte lo único que me interesa: «Maestro, ¿qué opina de esta raza hijueputa?». «Joven, usted lo ha dicho», me habrías contestado. ¿Y si sé para qué preguntó? Pregunto para confirmar. El maestro González, quien se paseó por este mundo a su gusto: en pelota y con un nombre espléndido: Fernando. Fernando... Resuena con ecos de reyes de España, y en un entrechocar de armaduras y lanzas se me va yendo por campos abiertos y colinas soleadas. Espléndido de verdad. Pero esta noche mi camión de escalera no llegará a Santa Anita: se ha atrancado en la desolación.

Eran las arrieras unas hormigas grandes, disciplinadas, magníficas, que en orden y largas colas acarreaban hojas de naranjo picadas en pedacitos. Subiendo, bajando, avanzando, bordeando charcos, unas con carga, otras sin ella, como por autopista de dos carriles iban y venían en dos filas paralelas: hacia un polo serpenteaba una línea café, hacia el opuesto una línea verde. Debieron su nombre, sin duda, a los arrieros. Luego, por algún parecido con ellas, se llamaron arrieras unos buscecitos que, compitiendo con los camiones de escalera, empezaron a hacer el trayecto de Medellín a Envigado: en mi plena juventud. Nada perdura, todo cambia. Cambia el inestable idioma y se truecan unos por otros los significados y estallan en sus significados las palabras: revientan incapaces de contener tanto viento.

Del gran naranjo frondoso que daba las naranjas ombligonas, su terminal de camiones, partían las hormigas arrieras en su ordenado viaje. Lo que nunca pude saber es adónde iban. ¿Iban, con su lento peregrinar, a Santiago de Compostela, a llevarle su humilde ofrenda al santo? Rebasados los linderos de Santa Anita, la cerca divisoria que nos separa de Avelino Peña, se marchaban ignorando patrias hacia allá,

más allá, el lejano más allá, a medir el vasto mundo. Dizque las van a fumigar para salvar el naranjo. Dizque. Tantas cosas dice el abuelo que nada cumple. Es pachucho, o sea lento, y del tiempo de los arrieros. Cuando nació no había carreteras, sólo caminos de herradura y ya es decir: culebriando por la tortuosa geografía de Antioquia iban a dar, a desembotellarla, al Magdalena, un río solemne como primate del partido conservador pero con más chiste: de cuando en cuando, orquestado de mosquitos, sacaba su boca inmensa y ¡plas!, se zampaba un pescador con dentellada de caimanes. ¡Y ojos que te volvieron a ver! Las arrieras, los arrieros... Paso a paso, incansables, empeñosos como esas hormiguitas viajeras, iban y venían los arrieros con sus recuas por los caminos de Antioquia, y en ese ir y venir se les agotaba la vida. Viejo oficio de la arriería que nunca volverá. ¡Arre! ¡Arre! Arrea con todo el tiempo.

He vuelto a ver la raya luminosa: surgiendo, como antaño, del fondo de la oscuridad del ojo y diciendo lo de siempre: «No, no, no, no...» Haga de cuenta usted un limpiabrisas de carro pero rutilante y suspendido en el aire, o mejor, en lo más oscuro del vacío. No es luz que exista afuera y que perdura en la retina unos instantes antes de desaparecer. No, ésta brota de la nada. «¡Fiat lux!» como quien dice y la luz se me hace, sola, sin que medie la Divina Providencia. Recta, con engrosamientos como de pluma de pavo real aquí y allá, centelleando, fibrosa. «No, no, no» dice pero no sé qué niega. En ausencia de la abuela, en Bogotá, recuerdo, se me exacerbaba enfurecida. «No, no, no, estoy diciendo que no». Diríase el canto penetrante de la cigarra en noche tibia, palpitante, silenciosa aunque no en sonido: en luz. Arrullado por ella, embriagado en su vaivén al cabo me dormía. Ahora, de nuevo, he vuelto a ver la raya luminosa y me dice «No». Mal signo porque se me había apagado desde niño.

—Vieja, fea, pobre y anónima y con el pipí chiquito, tráiganme la escopeta de cañafístola que me voy a matar —decía el mamarracho ese encaramado sobre la mesa, y en torno ardiendo el Armenonville.

«Y por añadidura marica», pensé yo. Una verdadera calamidad. Para ser marica hay que ser rico porque los muchachos cuestan mucho, quitan tiempo y no dejan trabajar. De lo demás olvídense que la vejez empareja y anónimos al cabo acaban los más célebres, pasto de gusanos. Así que siéntese y tómese un aguardiente. Aceptó, se sentó a mi mesa, se lo tomó. Y borracho además...

Era el Armenonville una cantina, galpón enorme y bailadero, de putas y camajanes, matadero. Uno de los más empeñosos mataderos de Medellín, que a su vez lo era, alegremente, en su conjunto. Otros, entre muchos, fueron el Pakistán y el Crillón, frecuentados, con riesgo de su vida y sin objeto, por este servidor. Dieron las once, dieron las doce, avanzaba la noche, firme, hacia el filo de la navaja. Envolvía la bruma, la muerte, el sueño en su deshilachado manto a Medellín.

La cara empolvada, pintarrajeada, sombra azulosa sobre los párpados, decrepito, el hombrecito apuraba unos tras otros los aguardientes dobles.

—¿Cómo se llama usted? —le pregunté.

—José Güepo —contestó.

—Carajo —dije—, hasta con el nombre se lo jodieron. Usted sí acumuló en uno solo toda la sal de la tierra.

—¡Qué va! —replicó alegre en la borrachera—. Hoy soy el más afortunado porque te tengo a ti.

Me hablaba de tú como sólo se le habla en Antioquia a Dios y a la novia.

—Bueno, si le sirve de consuelo...

Al Hotel Guayaquil nos fuimos, el más antiguo y más mísero, el más roñoso del roñoso barrio de su mismo nombre, de putas y fantasmas, que costaba un peso más benzetacil. Llevado yo del carajo y haciéndole obras de caridad a la noche...

Del Crillón lo que recobro en cambio es un tiro: resonó seco, contundente, en el bullicio, sobre la quejumbtería de los tangos. Blanco equivocado, borrado de la cuenta, silenciado, uno de los serenateros se desplomó con su guitarra. Entonces, de la frente, se dio a brotar, a gotear, como un rosario, la sangre. Los misterios que vamos a contemplar esta noche son dolorosos... Una gota, otra, otra sobre el embaldosado frío del piso en el repentino silencio, abismales...

Bajamos del carro la caja de cervezas frías, cruzamos el parque, y de camping nos instalamos a la sombra de la estatua. Vuelos sombras, el héroe y el caballo se proyectan, fugitivos, sobre el asfalto, con los rayos tempraneros del sol de la mañana. El conjunto, de bronce, es deforme: demasiado grande el hombre para el caballo. Y sin embargo en vida era un hombrecito chaparro, achaparrado por el peso de tanta gloria. Tal vez el escultor lo quiso agrandar entonces en su estatua, a la medida de su ambición, pero se le fue la mano, se le fueron las patas: poco falta para que el guerrero toque con las botas el piso, y así cuatro patas del caballo y dos de él son seis. Libertador le llaman y yo me pregunto: ¿De qué nos libertó? Jamás cruzó su espada con nadie y murió en la cama, pero cabalgando sobre la hecatombe y ríos de sangre, de tanto cabalgar le salieron ampollas en las nalgas. Él es el padre de la patria. O mejor, la madre de esta mala patria que en mala hora parió, malparió: le resultó un monstruo de dos cabezas, mongólicas, siamesas, una liberal a la izquierda, otra conservadora a la derecha, pero mirando ambas, con las mismas miradas abotagadas, grasosas, al mismo punto convirgiendo: la Presidencia de la República, el solio vacío que él dejó, donde sentarse a joder, a mentir, a estorbar, a robar. ¿Y si enlazáramos a este Libertador como enlazamos otrora, en el cementerio de Envigado, al ángel, con fuerte lazo atado al bumper del Studebaker? ¡Qué espléndido vuelo haría! ¡El Libertador volador en su Pegaso, rampa de lanzamiento el pedestal y libre él, por fin, de las amarras de la ambición de esta tierra! Blandiendo su espada oxidada de bronce se iría entonces el héroe tras las palomas desvergonzadas que a mañana, tarde y noche le dejan en la cabeza, en el hombro, o chorreando por la espalda la muestra de su desprecio. Se iría tras ellas a escarmentarlas. ¿Pero cómo meter el Studebaker al parque?

Estando en estos pensamientos se nos acerca un toambo, policía con garrote y vestido de billar, y pregunta:

—¿Qué hacen aquí a estas horas?

—Lo que ve —contestamos.

—Tomando cerveza...

—Sí. Vio bien.

Duda un instante su cabeza pachorra: ¿Será pecado? O delito... ¿O ambas cosas a la vez pues son la ajena felicidad? Mira en torno buscando apoyo, otro toambo como él. Mas no lo hay. Y aprovechamos la irrepetible ocasión y por detrás, a traición, a mansalva, le aplicamos un botellazo formidable en la testa. Como un nazareno se derrumbó el maldito encharcando en sangre el piso: sangre de culebra. ¡Y a correr! Dejando la caja de cervezas frías y las huellas digitales esfumándose sobre la escarcha, irradiamos como chispas, nos dispersamos por los veinte rumbos para reunirnos luego, pronto, en la calle, en el Studebaker. ¡Y a volar! Parte el Studebaker como una flecha, como una bala de cañón y en él nos vamos, montados en la impunidad. ¿Que anotaron la placa? Está falseada: con tiritas de esparadrapo. Y mientras subimos y bajamos, subimos y bajamos, jubilosos, cabalgando las montañas, yo me pregunto lo de siempre: ¿Qué hará sobre un caballo un cerdo?

Descalabrada la Ley, heme pues huyendo como un cabrón, como un rufián, como un granuja. Como narrador de primera persona, vaya, respetuoso del lector y de quien le favorezca. Al atardecer, instalado en el Miami, oigo a Iván Saldarriaga perorar, pontificar. Nos está exponiendo su vindicación del incesto. Cuando menos en los años que nos quedan registrados en el papiro y la piedra, dice, la humanidad ha vivido bajo su oscuro terror. Tétrico y sombrío terror que la genética hoy día, rompiendo la bruma del tabú con su cruda linterna, nos explica con decepcionante claridad. Todo resultó ser cuestión de un conjunto variable de genes defectuosos que los seres vivos que se reproducen por el sexo arrastran y transmiten a cada nueva generación, y que en el juego de los cromosomas, que van en pares, entre extraños se compensan pero entre parientes cercanos no. Eliminado por la revolución proletaria el amor burgués y sus miserias, su maniática procreación, el incesto devastador se convierte entonces en un fantasma desflecado, en un perro desdentado, y Edipo puede acostarse a gusto con su madre, con su abuela, con su tía, con su hermana, con su mujer, con sus hijas.

—¿Y con los hijos qué? —pregunto tímidamente yo.

—También. Todo cabe dentro de la doble hebra del ácido nucleico y el pensamiento de Marx.

—¿Es ortodoxo?

—Lo es. ¡Qué! ¿No has leído La Sagrada Familia de Marx y Engels? Niño, hay que leer...

Decía «Jengels», con jota sonora, morosa.

—Al paso que vas, le digo, pronto podrás compaginar a Chucho Lopera con Marx

y Santo Tomás.

—¡Claro! Tanto enfría el hielo que quema.

—Pues a mí se me hace, Ivancito, que se te está yendo la mano. No te vayan a mandar, cuando aterrices en Rusia, a que se te queme, se te congele el culo en Siberia.

—¡Qué va!

Pelele de sus disparates Iván se fue al monte y se enroló en la guerrilla: murió de mordedura de serpiente mapaná. Mejor. No tenía pinta para marica, y ya le empezaban a zumbar las abejas invernales... En una selva oscura lo enterraron, sin bombo ni discursos. Y sin embargo pertenecía él a las más conspicuas corporaciones de su tiempo: los Hijos de Baco, la Hermandad del Humo, los Fugitivos de Sodoma, y el marxismo-leninismo, claro: falso, iluso e internacional. Requiescat in pace, amén.

¡Y pobre Alcides Gómez también! Quebró. Vendió la casa, vendió el carro, vendió el almacén, y arruinado por sus innúmeros amores fue a dar a un tugurio de la colina de las Brujas, pasando un arroyo, pasando unos cámbulos, pasando un cerrito que en su recuerdo la posteridad llamó Cerro de Quitacalzón, donde terminaban todos, tan desprovistos de ropa como su madre los echó al mundo.

¿No es ese Alcides Gómez que usted dice uno que tenía un Volkswagen que hizo papilla un camión? ¿Muy alto él y demacrado, amigo de Pedrito Villegas, el maniquí, que también se mató? No hombre, ése es otro. Ninguno de los que aquí se dice es el que allá se cree. Son homónimos. Homónimos en este mundo tan repleto de gente que los nombres y los genes y los vicios se repiten. Como un rosario ¡no faltaba más! Tiberio emperador romano, aquí y ahora no llega ni a marica descolorido de Junín. ¡Pero pobre Esteban Vásquez también! Murió. Lo mató la Industria Licorera de Antioquia, más vieja y asesina que el tren.

Por el oído izquierdo, que es por el que mejor oigo, me trajo el viento la palabra «ministra». Torné a mirar y por el ojo derecho, que es por el que mejor veo, en la luz difusa del Metropol me entró un desvergonzado marica: hablándole a otro y mirándome a mí. Aludía, claro, al alto y sagrado cargo que ocupaba mi padre, y con el femenino a su servidor.

—Ministra tu puta madre —le grité y le aventé la botella.

Esquivó el maldito y fue a dar la maldita, ciega, sin control, contra el traganíquel a hacerlo añicos.

—¡Al piano no! ¡Al piano no! —gritaba Hebert, el dueño, abriéndose de brazos en cruz cuan ancho era, como un crucificado para protegerlo, y llamando piano al traganíquel como lo llaman las putas de los barrios de Lovaina y Las Camelias.

¡Qué confusión! ¡Qué necesidad! ¿Por qué será? Pero vaya a ver José qué pasa allá que tanta hoja podrida de tanto otoño amenaza desplomarnos el invernadero.

Cabalgando Medellín por sus montañas se prodigaba en nuevos barrios. Es a saber: Toscana, Moravia, Santo Domingo, San Pablo, Nuevo Horizonte, Villa del

Socorro, Manrique Oriental, Brisas del Oriente, Granizal, subiendo, bajando, El Bosque, El Hormiguero, El Pomar, Loma Hermosa, La Esperanza, Los Caunces, Los Arrayanes, El Vergel, subiendo, rodando por las laderas de las montañas. Y en tanto más crecía más era la desmesura de mi amigo Jesús Lopera en su empeño de abarcarlo. Al fin la ciudad lo rebasó, y ya Chucho se convertía en un solemne desconocido, en otro más del montón cuando lo apuñalaron. Así la muerte emparejadora vino tan sólo a ponerle, sobre el anticipado diploma, su último sello de olvido.

Pero de esa turbamulta que pasaba por Junín, óigame usted, algunos después sonaron mucho: a mediodía, a las tres, a las seis, a las nueve en los noticieros cacaraquientos de la radio. De alcaldes ellos o inspectores, procuradores, directores, gobernadores, contralores, personeros, tesoreros, cada quien con su codiciado cargo público y su mujer, privada, un adefesio, sus hijos, el radio que ahora suena y el televisor, y esos dobles apellidos ramplones de Antioquia, Restrepo Olarte, Muñoz Duque, Peláez González, Jiménez Gómez, Mejía Isaza, Vélez Escobar, Escobar Vélez y la soberbia infinita de la ignorancia. Que el alto funcionario dijo, que informó, que declaró... ¡Si vive Dios por qué no mueren estos hijos de la gran puta! Partió mi mano enfurecida con la varilla de hierro, y adiós radio, adiós televisor, adiós piano, adiós casa mía y casa ajena, adiós lámpara de techo. En casos así, claro, para preservar la integridad del mundo tan dificultosamente construido interviene la policía. E intervino. Me maniataron, me esposaron, me encamisaron, y en camisa de fuerza me hundieron en la oscuridad.

Voces huecas resonaron de súbito en los espacios vacíos:

—¿Está loco? ¿O endemoniado?

—Si esto fuera iglesia, señora, lo segundo. Como es hospital psiquiátrico lo primero pero pierda cuidado que de todas formas se lo vamos a exorcizar, aunque no con agua bendita: con los últimos adelantos de la ciencia.

Afuera un árbol en el viento, quejumbroso, tras los cristales sucios. Adentro, en el sombrío cuarto, tiritando de frío la mañana. Los doctores ¿cinco? ¿seis? de blanco. Blanco impoluto disimulándoles el alma puerca, estúpida.

—Bueno —dijo hablando por todos el director del negocio—, como vemos las cosas usted no tiene remedio. Usted es lo que es sin atenuantes, ciento por ciento. Y el mundo no es así. ¿Sabe cuánto es el mundo?

Hizo una pausa profesional, miró el reloj finísimo y con voz pausada, fatigada, se contestó a sí mismo:

—Un uno por ciento.

Nueva pausa mirándome a los ojos:

—Así que usted decide. Cambia usted o cambia el mundo porque juntos no pueden seguir, no pueden coexistir.

Miré la pared y la vi tan indefensa, tan frágil, tan débil, y yo tan fuerte, tan duro, tan terca mi cabeza que me sentí capaz de abrirle su gran boquete a cabezazos y a

cabezazos derrumbarles la clínica. Con voz de ultratumba contesté:

—Pues que cambie él porque yo no pienso cambiar.

Fue lo último que dije. Tendieron hacia mí un vaso de agua y una pastilla que maquinalmente me tomé, y quedé a su merced. Lentamente, silenciosa, fue avanzando la gran máquina oscura, a través de la cual, en un silencio devoto, me conectaron al vacío: me aplicaron la primera inyección de insulina y empecé a caer, a caer. En los días sucesivos siguieron otras, otras para romper, en la tierra de nadie del coma, a las puertas mismas de la dulce muerte, entre la noche y el día, siempre al amanecer, mi empeñosa, mi rabiosa unicidad. Caía, caía en la espiral sin fondo de la muerte.

Un león, un caballo, una zebra, un tigre, y sobre el león, el caballo, la zebra, el tigre, niños. En el tigre, enorme, de Bengala, voy yo, veloz, espoleándolo, sujeta la brida fuerte no se me vaya a escapar dejándome sentado en el viento. Es el Bosque de la Independencia, domingo, y en el tablado del gran kiosco vecino bailan negros y sirvientas, baila la horda, baila la chusma. Y en tanto giro y giro, dándose cuerda en su propio ímpetu como el carillón que lo acompaña, gira, gira, alegre, ciego, el carrusel. Pero no hay tal. Ni hay carrusel ni Bosque de la Independencia ni hay pueblo ni hay domingo: es el pozo negro de la muerte al que voy cayendo.

«El camino de las perversiones, m'hijo, va en pendiente barranca abajo: jalan la inercia y la fuerza de gravedad». Es Hernando el inefable el que habla, reconozco su voz. Llueven sus consejos como llueve la lluvia. Llueven suavcito. Porque ha vuelto a llover, se ha vuelto a soltar el aguacero. Frente al cine Granada llueve y llueve. Llueve y pasa corriendo, alzándose la falda, la sotana, el padre Slovez. Llueve a chorros, llueve a cántaros. En su furia, en su delirio, orina el cielo al gran cabrón.

La mañana amaneció fría y enlutada y en mi cuarto, a mi lado, en otra cama, un hombre temblando de terror. Incapaz ya de oponérseles mi vecino suplicaba, prodigaba el nombre de Dios aferrado, lamentable, a la impudicia de existir. Oscura y sorda la máquina se fue acercando con sus resortes, con sus cables, con sus tubos hacia él. Vi al hombre sacudirse en espasmos silenciosos, hundirse en la inconsciencia, y cambiando de rumbo, imperturbable, dirigirse la máquina hacia mí. Jamás le resistí. Anudado el brazo con el resorte la aguja buscaba la vena resaltada, y no bien empezaba a correr el líquido extraño por el torrente de la sangre yo emprendía el largo viaje, la larga caída interminable, sin fondo, del vacío.

Amigo, viejos se harán los jóvenes y viejos los nuevos dogmas como hasta ahora ha sido. De su Epifanio Mejía con quien inauguraron en Medellín la casa de locos ni quien se acuerde. Así que ante esta Santa Inquisición de doctores aquí reunidos díganos quién es usted.

Mire no más el gavilán de irisado plumaje volando desde una cerca, volando desde mi infancia. Vuela, vuela con un pichón ensangrentado en el pico y me aturde con su chillido el caburé. Nada, nada. Ni el trino de los pájaros, ni la voz del mar, ni la caricia del viento. Nada hasta que el filo del cuchillo se haga romo cortando la

piedra. Nada a pasos agigantados hasta el final de las sombras.

Me habían traído uno de esos pasteles disparatados que hacía Lía, pero no bien se marcharon, en silencio se lo di a mi vecino, el hombre que iba a morir. Lo recibí agradecido y en un esfuerzo supremo, articulando dificultosamente las palabras me reveló su secreto. Su olvidado, recobrado secreto que a él ya de nada le servía: por una silla, tras de tal árbol, por tal muro oculto del jardín...

Salí al jardín por entre guardias y enfermeras: con tal naturalidad de fantasma, de moribundo que me dejaron pasar. Bajo un débil rayo de sol, ante sus ojos vigilantes, en la silla más visible del centro me senté. Fue desplazándose el rayo, rodando el tiempo. De súbito, sin mirar a nadie, sin mirar en torno me levanté, tomé la silla y tan seguro como que se me llegaba la muerte me dirigí al árbol, al muro, y escalándolo por la silla lo salvé. Era la última mañana desolada. Atrás se quedaba la muerte, el punto sin retorno.

De una esquina, en un entrechocar de botellas surgió un carro tirado por caballos. El lechero... La palabra fue ascendiendo del inmenso hueco remoto hasta la claridad de la mente, como una burbuja del fondo del agua y arrastró la pregunta:

—¿Dónde estoy?

—Ahí —contestó cuando pasó a mi lado, entre hijueputa y cara de asombro.

Ahí... Esto es: en ese lugar.

—Y Boston, el barrio, ¿dónde está?

—¡Quién sabe! —gritó apurado yéndose en el trote de sus caballos.

El barrio de Boston, me contesté, está en mi infancia.

«Dónde estoy» es una pregunta espléndida, de película, pero en este caso encerraba otra: la que no lograba formular. Por calles desconocidas de una ciudad desconocida, deambulando en la cotidianidad de sus transeúntes irreales iba tratando de precisar la verdadera pregunta, la detestable pregunta que pesaba con la enormidad del mundo: «¿Quién soy?» Lo que pregunté en cambio fue otra cosa:

—¿Cómo se llama esta ciudad?

En los ojos de la mujer que tenía enfrente vi reflejarse el recelo. Pero su niño, con la más rápida naturalidad, respondió:

—¡Bogotá!

Claro, Bogotá... Bogotá eran esas calles y yo por fin era nada. Luego, paso a paso, de barrio en barrio por entre oscuridades de abismo, se fueron abriendo camino hasta la luz exterior los primeros recuerdos, restos, fragmentos del empeñoso pasado: tablas del naufragio.

A mi paso, a mi lado, como siempre, viene la Bruja conmigo por el parque. Ha descubierto una paloma ciega: inmóvil bajo el sol despiadado, al borde del sendero. ¿Cuánto llevará así, esperando la muerte? Enormes tumores le cerraban los ojos y sentí sed. Fui a la fuente a traerle agua en una tapa de cerveza. No la quiso tomar. Dio unos pasos vacilantes para apartarse de mí. Nada que hacer. Me marché con la Bruja dejando en la paloma ni más ni menos el peso que no puedo soportar, todo el dolor y

el fracaso de la tierra.

Viendo las cosas con la objetividad que da el tiempo, no andaban tan errados mis doctores ni tan mala era su fórmula. Al que está en guerra con el mundo porque no está en paz consigo mismo hay que aflojarle el yo obstinado. ¿Cómo? Muy simple. Puesto que el yo no es otra cosa que recuerdos, borrándole el recuerdo. Así la cinta queda limpia y lista para grabar de nuevo. Ahora un hombre trae un niño de la mano por el parque y la Bruja se le acerca a inspeccionarlos.

—¡Uy! —exclama el niño—. ¡Echa aire por la nariz!

—Sí m'hijo —le explica el hombre—: respira.

Días, semanas, meses acaso había pasado en la clínica y jamás pensé en la abuela. Por las calles desconocidas volví a recordarla de repente y empecé a orientarme. Como bandadas de infinitos pájaros empezaron a aletear los recuerdos. Llegué a mi casa, toqué y abrió Lía.

—¡Ay niña, qué ingenua has podido ser con tantos hijos! ¿No ves el crimen que es perpetuar la vida, el dolor, el horror?

Me hizo entrar y con suavidad me llevó al comedor y me sirvió un chocolate. En ese instante sonó el teléfono. Contestó, algo dijo y luego, tapando la bocina para que no la oyeran me informó:

—Es de la clínica. Que te escapaste. Que si no volvés vas a acabar de suicida o asesino, que es peor. ¿Qué les digo?

No contesté. Destapó la bocina y les comunicó:

—Resolví que el muchacho no regresa. Se queda aquí. Mándenle a mi marido la cuenta, muchas gracias y adiós.

Y colgó. Luego, volviendo a mí, a la mesa:

—De todas formas tu papá, aunque es ministro, como no es ladrón no es rico, y si bien no estamos en la miseria tampoco tenemos fortunas para despilfarrar en psiquiatras. Así que tómese su chocolate m'hijo.

—Este chocolate está frío —dije.

—Sí, ya sé. Pero no se puede calentar: se fue la luz.

Después volví a Medellín y en el Miami conocí a Jesús Lopera. Hubiera querido consignar aquí, tal cual fueron, ese hervidero de momentos que con él viví. Hubiera... La vida está llena de condicionales. He dado cuenta, si acaso, de lo que dijo el doctor: un mísero uno por ciento. El resto, por una razón o por otra, se me escapa. La literatura es así, e igual la vida: uno no es, ni vive, ni escribe lo que quiere, sino lo que puede.

En el Miami, con Jesús Lopera, pasé la que creo fue mi última noche de juventud. Cantaba «el Jefe» en el traganíquel cuando ocurrió el apagón. Don Juan, el dueño, a quien la Marquesa llamaba «Juana la Loca» por atender tanta loca, fue de mesa en mesa encendiendo candiles de petróleo. Alguien preguntó por la Marquesa y alguien le informó:

—Se fue con Lucas a San Andrés.

En ese instante me levanté para marcharme y el candil de mi mesa se volcó. Un reguero de petróleo, de llamas, se fue extendiendo apurado por el piso y se llegó a las paredes. En la confusión nadie lo supo, y por si aún no lo saben, aunque ya no importa, así empezó el incendio. Del Miami pasó al Metropol, y saltando por sobre el pavimento de la calle se apoderó del Salón Versalles y la acera de enfrente. Poco después ardía, espléndido, Junín, y con Junín el centro. Por cuadras y cuadras iba dando cuenta el fuego de todas esas viejas construcciones de tapia y de bahareque de otros tiempos, de otros dueños, limpiándolas de recuerdos. El fuego purificador que todo lo borra, que todo lo iguala.

Lo último que vi fue el parque, y en el parque, en llamas, el Libertador, la estatua. Ardía el mármol, ardía el bronce, ardía el caballo, ardía el héroe. ¡Adiós gran hijueputa!



FERNANDO VALLEJO RENDÓN. nació en Medellín, Colombia. Estudió filosofía y letras en universidades de Bogotá y dirección de cine en el Centro Experimental de Cinematografía de Roma. Ha vivido gran parte de su vida en México, donde ha dirigido tres películas y escrito la totalidad de sus libros, algunos de los cuales han sido traducidos a múltiples idiomas. El gran amor de su vida son los animales, y su única causa es su defensa.